

Bianca®

Salvada por el jeque

Jane Porter

Salvada por el jeque

Jane Porter

Eran muchas las mujeres que habían disfrutado de los beneficios de ser amantes del jeque Kalen Nuri, pero él se había aburrido de todas ellas. Kalen le había proporcionado a la bella e independiente Keira todo tipo de lujos, pero ella seguía negándose a que la hiciera suya... Sin embargo, era la elegida para convertirse en su virginal esposa...

El jeque había elegido esposa.

SALVADA POR EL JEQUE, N° 1625 - 2.11.05
Título original: The Sheikh's Virgin

Prólogo

CASAR a una chica por la fuerza?

¿Arrancarla de su casa? ¿Arrastrarla a través del Océano Atlántico como rehén? ¿Aislarla de su familia y amigos hasta que finalmente se rinda a los deseos de su padre de que se case... a pesar de que el hombre en cuestión tenga veinte años más que ella?

El Jeque Kalen Tarq Nuri había oído cosas peores.

Apuró su martini y apartó el vaso achicando los ojos.

Había ido a Nueva York para cerrar un importante negocio y en aquel momento estaba celebrando la adquisición con los jefes máximos, los que habían ejecutado la malévola compra. Los de la otra empresa no habían querido venderla, pero el jeque Nuri había forzado la adquisición.

Y había conseguido lo que quería. Siempre lo conseguía.

Kalen Nuri sintió una punzada de deseo; el deseo de un cazador, el de un depredador. Como los halcones que solía tener en Baraka, los feroces halcones, Kalen estaba preparado para cazar.

Había cosas peores que forzar a una mujer a casarse contra su voluntad.

Existía la traición. Los intentos de asesinato. Y la revelación de una trama de asesinar no sólo al Sultán de Baraka, sino a los jóvenes hijos del sultán. Los sobrinos de Kalen.

El Jeque Kalen Nuri achicó los ojos con rabia. Nadie tocaba a su familia. No permitiría que nadie hiciera daño a Malik o a sus hijos. A nadie. Ni siquiera a Omar al-Issidri, el jefe del gabinete de su hermano; y agitador secreto.

Kalen había oído que Omar tenía planes, grandes planes para consolidar su poder en Baraka casando a su hija con Ahmed Abizhaid, un fundamentalista radical. Un hombre que además era el crítico más despiadado del sultán.

Omar era peligroso porque era débil. Ahmed era

peligroso porque era violento. Los dos juntos podían destruir a los Nuri. Pero Malik, sincero, honorable, el noble Malik, se negaba a creer que Omar fuese algo más que un abnegado sirviente público.

Kalen apretó los puños. El matrimonio entre la joven de veintitrés años, Keira al-Issidri y Ahmed Abizhaid no podía tener lugar. Era una relación peligrosa. Una alianza que daría a Ahmed respetabilidad y acceso a palacio. Así como proximidad al sultán y a sus hijos. Motivo por el que Kalen no quería que el matrimonio tuviera lugar.

Keira al-Issidri volvería en avión a Baraka la noche del día siguiente y se casaría.

A no ser que Kalen hiciera algo inmediatamente. Tenía que organizar algo para estar seguro de que la boda no se llevaría a cabo. Personalmente. Y dadas las circunstancias, era exactamente lo que tenía intención de hacer.

Capítulo 1

A ELLA le habría gustado empezar todo de nuevo, si hubiera podido.

Rebobinar la cinta hasta el momento en que las cosas habían empezado a ir mal. Hasta aquella noche. Aquella fiesta. Hasta la semana en que había cumplido dieciséis años.

Si jamás hubiera desobedecido a su padre...

Si nunca hubiera asistido a un lugar que le estaba prohibido...

Si no hubiera ido adonde las buenas chicas de Baraka no debían ir...

Pero de todo eso hacía años. Y ahora tenía que ocuparse de otro problema...

Keira Gordon apretó la mano que sujetaba el teléfono nerviosamente.

—No voy a casarme con él. No puedo casarme con él, padre. Es imposible.

Omar al-Issidri dejó escapar una exhalación de impaciencia.

—¡Lo único imposible es que tengas veintitrés años y que aún estés soltera! ¡Es una vergüenza para nuestra familia! ¡Estás ensombreciendo nuestro nombre!

Keira sabía que en Baraka las chicas se casaban jóvenes para proteger su reputación, pero Keira no era una persona de Baraka. Nunca lo había sido. Pero tampoco era inglesa, aunque hubiera pasado la mayor parte de su vida en Manchester con su liberal e intelectual madre.

—Es un hombre prominente, Keira. Con contactos. Poderoso, influyente...

—No me importa.

Hubo un silencio en la línea telefónica.

—Debes comprender, Keira, que esto es importante. Es importante para todos nosotros. Tienes que casarte. Sidi Abizhaid te ha elegido. Deberías sentirte halagada por su interés.

Su padre no la estaba escuchando. Pero, según su madre, su padre nunca escuchaba a nadie. Al menos a ninguna mujer, que era una de las razones por las que su madre hacía años que lo había dejado.

Keira se pasó la mano por la frente. Su padre le importaba, sinceramente. Pero su padre no tenía ni idea de lo occidental que era ella, de lo alejada que estaba de la vida de Baraka, un reino del norte de África, lleno de montañas y dunas doradas y hermosas ciudades con puertos que eran más europeas que del continente africano.

—Vivo en Dallas, padre. Tengo un trabajo aquí. Tengo amigos maravillosos aquí, gente a la que de verdad le importo...

—Pero no tienes marido.

—No quiero un marido —dijo Keira, irritada—. Apenas he terminado de estudiar, ni siquiera he empezado a establecerme en mi profesión.

—¿Profesión?

—Sí. Quiero una profesión. Tengo un buen cerebro...

—Esto es cosa de tu madre... Jamás debí permitir que te llevara fuera del país. Debiste quedarte conmigo, aquí. Tu madre no era adecuada para ser madre.

Abrumada por un ataque de rabia, Keira se mordió la lengua. Sus dos padres habían jugado con ella en la guerra que habían mantenido entre ellos.

—El matrimonio es un honor —agregó su padre—. Y una buena boda nos llenará de honor a todos.

«No a mí», pensó Keira.

—No tengo deseos de casarme —repitió—. No es algo que haya deseado nunca para mi vida.

—Pero es algo que yo he deseado para ti. Tú eres mi única hija. Eres mi futuro.

—No.

Su padre resopló.

—¡No me avergüences, Keira al-Issidri! ¡No avergüences a la familia! —la advertencia fue clara.

Keira sintió frustración. Jamás sería lo que quería su padre.

Sólo podía ser ella misma. Y lo que era, en lo que se había convertido, era inaceptable en Baraka.

Pero su padre no lo sabía. Nunca lo sabría.

Miró su reloj de pulsera y vio lo tarde que era. Sintió pánico al pensar en el tráfico, si no se marchaba inmediatamente.

—Me tengo que marchar. No puedo llegar tarde al trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo haces un domingo por la mañana?

Otra cosa que su padre no sabía. Al parecer, su padre no sabía nada de ella y de quién era.

—Bailo.

Hubo un silencio incómodo en la línea de teléfono.

Su padre nunca había aceptado que hiciera ballet. Pero su oposición había ido en aumento a medida que se había adentrado en la adolescencia. A los doce años, había querido que dejara las clases, pero ella no las había dejado. Y un año más tarde, cuando su padre había descubierto que no sólo asistía a clases con chicos en la Royal Ballet School, sino que participaba en la representación de Navidad, había amenazado con llevarla de regreso a Baraka. Inmediatamente. Para siempre.

«Ninguna hija suya iba a llevar unos leotardos en público», recordó Keira que había dicho su padre. Ningún miembro del sexo opuesto tocaría a su hija. Y su madre, que siempre lo había desafiado, que nunca se sentía intimidada, se había desmoronado.

Había sido su madre, su radical y feroz madre, quien había hecho que Keira dejara de bailar. Le había explicado que su padre no era como ellas. Y que sería capaz de hacer cualquier cosa si lo provocaban.

Después de ocho años de clases diarias en la escuela de danza, después de años de amar, de vivir, de respirar el ballet, ocho años de suavizar suelos de madera y de disciplina de barra, había dejado las clases de danza.

—Creí que habías dejado la danza —dijo su padre por el auricular.

—La dejé.

Lo que había roto su corazón.

Pero sus padres nunca habían tenido en cuenta lo que ella quería, lo que ella necesitaba. Las peleas de sus padres estaban basadas en sus intereses

personales. En sus propias ambiciones.

—Tengo que irme —repitió.

Nada de lo que dijera su padre la haría cambiar. En América finalmente había encontrado paz, aceptación. Y de ninguna manera volvería a Baraka.

No era que Baraka no fuese bonita, con aquella mezcla de culturas, bereber y beduina, árabe y europea, y sus magníficos paisajes. Pero en Baraka las mujeres aún estaban protegidas, marginadas, y ella había pasado muchos años en Inglaterra y en América para volver a vivir de aquel modo.

—Keira, no puedes ignorar tu responsabilidad.

Ella sintió que le caía un peso, el peso de las diferencias culturales, la infinita distancia entre ellas.

—Lo siento, pero no creo en los matrimonios pactados. No son aceptables para mí.

Hubo otro silencio. Luego Omar al-Issidri habló:

—Veinticuatro horas, Keira. Es todo lo que te doy.

—No.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy ordenando. Volverás en veinticuatro horas, o yo haré que te traigan —y colgó.

Keira se quedó mirando el teléfono. No era posible que su padre pensara llevarla por la fuerza.

Turbada, agarró su bolso y se dirigió a su coche. Le temblaban las manos. ¿Casarse con un líder de Baraka sólo porque lo quería su padre?

Con un ojo puesto en el tráfico y otro puesto en su teléfono móvil, llamó a su padre.

—No puedo creer que hables en serio —dijo en cuanto su padre contestó—. No puedo creer que me amenaces con semejante cosa. Nunca he vivido en Baraka. Y llevo siete años sin visitarla...

—No obstante eres de Baraka, lo quieras o no. Ya he tenido demasiada paciencia contigo. He dejado que termines tus estudios en los Estados Unidos. Pero ya has terminado tus cursos. Es hora de que regreses a casa.

—¡Baraka no es mi casa!

—Has nacido en Atiq. Has pasado tu niñez aquí.

—Hasta los cuatro años.

Aunque hubiera nacido allí, era inglesa, pensó.

Baraka sólo era el recuerdo de sus visitas allí para ver a su padre.

A medida que había ido creciendo, Keira había ido temiendo más su viaje allí cada verano. Cada año significaba menos libertades, menos oportunidad de tener relaciones sociales, de ser ella misma. Su padre estaba decidido a transformarla en una mujer de allí: hermosa, hábil, callada.

—No volveré nunca —dijo Keira—. Antes me moriría.

Su padre se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Ten cuidado con lo que dices —y colgó otra vez.

Omar al-Issidri no se alegraría de saber cómo su hija pasaba su tiempo libre.

Al sonido de la música, el Jeque Kalen Nuri observó alinearse en formación a las delgadas y elegantes chicas, vestidas con ajustadas camisetas que marcaban perfectamente sus pechos, diminutos shorts blancos y botas blancas hasta las rodillas. Kalen las miró una a una, y descubrió a la hija de Omar en la última fila. Morena, cabello largo del color de la obsidiana.

Su padre se había puesto lívido cuando se había enterado, hacía cuatro años, de que su hija iba a dejar el Reino Unido para ir a estudiar a los Estados Unidos. Inglaterra era mala. Pero Estados Unidos era peor.

¿Qué pensaría Omar si supiera que su hija estaba agitando sus encantos delante de sesenta mil personas?

Keira al-Issidri tenía problemas. Y más de uno.

Estaban a finales de septiembre, pero Keira sentía que era el día más caluroso del verano.

En medio de la hierba, bajo el sol de Texas... Se iba a enfermar.

Pero no era el calor del sol lo que la iba a hacer enfermar. Era la idea de que no conocía a su padre. Su padre era un hombre muy poderoso, y si como había prometido, estaba decidido a llevársela de allí, no tenía escapatoria.

Su padre tenía mucho dinero, muchos contactos.

Su padre, mano derecha del sultán, tenía todos los recursos a su disposición. Si quería que

volviera a casa, la llevaría.

Keira intentó concentrarse en el baile, pero no podía borrar la amenaza de su padre, aunque su cuerpo actuase con independencia de su mente, y se doblase, girase, se moviera graciosamente.

Horas más tarde, mientras sujetaba un vaso de vino apoyada en la baranda del balcón de un ático, Keira intentaba relajarse.

No había querido ir a la fiesta. No estaba de humor como para hacer relaciones sociales con gente a la que no conocía, pero uno de los dueños del equipo de fútbol americano la había invitado, le había dicho que daría una fiesta para un invitado muy importante que estaba en la ciudad, y que esperaba que ella asistiera.

El dueño del equipo, que era quien también le pagaba su trabajo de animadora, casi nunca le pedía nada, y Keira, reacia, se había vestido y se había encaminado a la fiesta.

Desde el balcón veía las luces de Dallas. Intentó relajarse. Pero la amenaza de su padre aún la perseguía.

¿Qué podría hacer? ¿Dónde podría marcharse? ¿Quién se atrevería a ayudarla sabiendo que su padre era Omar al-Issidri?

Estaba cansada. Había sido un día agotador, y encima tenía que estar allí, soportando el calor, la humedad, la música alta, y a gente muy variopinta.

Nunca le habían gustado las fiestas. Y aquel día no era el mejor para soportar una.

—Espero que no se te ocurra saltar —una voz masculina con acento inglés, levemente exótico, le advirtió.

Keira sintió el hormigueo de su voz en su cuello, pero no se dio la vuelta.

—No tengo intención de saltar —respondió ella.

—¿Aunque te sientas atrapada?

Keira intentó ignorar la punzada de adrenalina.

—¿Un poco presuntuoso, no crees?

—No, si sabes tanto sobre una persona como yo sé sobre ti.

A ella no le gustó su tono ni su actitud. Los hombres arrogantes la enfriaban. Y aunque su instinto le decía que se marchara dentro, no quería

darle el placer a aquel hombre de mostrarse amedrentada.

—El farol se te ve de lejos... —dijo ella.

—El tuyo también, Lal-la Keira al Issidri.

Era árabe, pensó ella. Y no sólo árabe, sino árabe de Baraka.

Conocía a su padre. Tenía que conocerlo. La había llamado por su nombre.

Lentamente, se dio la vuelta.

—¿Quién eres?

—Un amigo de la familia.

Ella se quedó sin aliento. Cerró los ojos. Su padre no había esperado ni ocho horas.

—¿Qué quieres?

—Darte opciones.

Ella no se fiaba de ningún hombre, y menos de uno de Baraka.

—No comprendo.

—Yo creo que sí.

Había algo en su tono que le ponía los nervios de punta, una familiaridad que le producía cierta ansiedad.

—Ven a la luz. Quiero verte —dijo ella.

—¿Por qué?

—Quiero ver al cobarde que disfruta intimidando a una mujer.

—En ese caso... —él se quitó de la sombra y se movió hacia la luz que salía de la puerta de cristal.

—¿Mejor así? —puso las manos en los bolsillos—. ¿Puedes ver al cobarde ahora?

Ella respiró profundamente, y apartó la vista, pudorosa.

—Quizás las sombras sean mejor —dijo Kalen, moviéndose hacia las sombras otra vez, acercándose a ella.

—Sí. Así puedes hacer lo que quieras, sea lo que sea.

—¿Y qué quiero hacer? —preguntó, intrigado.

—Llevarme de vuelta a Baraka.

—Ah.

Aquel sonido fue seductor, admitió ella.

Kalen se detuvo muy cerca de ella y se apoyó también en la baranda del balcón.

En la oscuridad, ella intentó adivinar su rostro. Notó su mandíbula alta. Le resultaba muy familiar aquel contorno. Demasiado familiar, a pesar de que hacía años que no veía aquel sueño, aquella fantasía que la había perseguido de niña...

Cerró los ojos. No quería recordar. Era demasiado doloroso, Ningún sueño debía romperse de aquel modo como había sucedido.

Sin mirarlo, pero muy consciente de su presencia, Keira agregó con amargura:

—Mi padre me dijo que me daría veinticuatro horas, pero mintió, porque no ha podido esperar.

Hubo un momento de silencio. Ella hubiera podido jurar que él había sonreído.

—No soy el emisario de tu padre.

—Entonces, ¿quién diablos eres?

—¿No me recuerdas? —preguntó él con tanta suavidad que ella sintió un escalofrío.

Ella sabía quién era. Lo había sabido desde el momento en que había hablado, pero no había querido creerlo. No podía creerlo. Después de tantos años...

—Estoy seguro de que me recuerdas —dijo él.

—Vuelve a la luz.

—No seas tonta...

Entonces él encendió una cerilla, y ella lo vio, a la luz de la pequeña y brillante llama.

Y ella lo miró directamente, decidida a ver lo que no se había permitido ver antes: sus cejas oscuras, sus pómulos salientes, sus ojos ámbar con un círculo negro.

La cerilla se apagó. Keira desvió la mirada. Hubiera querido agitar la cabeza, borrar aquella imagen.

Keira podría haber olvidado su cabello, sus pómulos... Pero nunca sus ojos. Ojos dorados, ámbar, rodeados de pestañas negras. Ojos serios que penetraban directamente en su alma.

Nadie tenía ojos así. Nadie la había mirado nunca así. Sólo Kalen Nuri.

Su infantil fantasía del desierto.

Sintió ganas de llorar. Apretó el vaso de vino fuertemente. ¡Qué colada había estado por él! ¡Qué cuelgue tan tonto!

—Jeque Nuri —Keira dijo su nombre.

—*S-salamu alikum* —él inclinó la cabeza.

Era el tradicional saludo de Baraka: «Que la paz te acompañe».

Kalen Nuri estaba allí, a pocos centímetros de ella. Era un shock.

Hacía años que no lo veía. Y ahora aparecía allí. Pero no era su amigo. De eso estaba segura.

—No me digas que mi padre no te ha enviado. No puedes mentirme —dijo Keira, enfadada.

Él se encogió de hombros.

—Yo puedo decirte la verdad. Pero eres tú quien decide creerla o no.

—Quiero la verdad.

—Sé lo que tu padre intenta hacer contigo.

No perdió el tiempo. Fue tan directo que ella no pudo desviar la mirada. Y mientras lo miraba le ocurrieron las cosas más disparatadas, aunque su mente racional le decía que él era más peligroso que su padre.

—Mi padre trabaja para tu hermano —comentó Keira.

Kalen hizo un gesto, restándole importancia, y agregó:

—Tu padre trabaja para sí mismo.

Ella achicó los ojos.

—Tú no confías en mi padre.

—No —la miró intensamente—. ¿Tú confías en tu padre?

—Es mi padre.

—Cándida juventud.

—¿Cándida? —repitió ella.

—Es mejor que llamarla estupidez —respondió Kalen.

—¿Qué quieres? —preguntó bruscamente Keira. Su repentina rabia no evitó el cosquilleo interior.

—Como te he dicho, darte opciones.

Ella no dijo nada. Simplemente lo miró.

La boca del Jeque Nuri se curvó.

—No tienes que casarte con el señor Abizhaid.

Ella se puso tensa. «No, claro. Con quien quería casarme de cría era contigo», pensó Keira.

—¿De verdad? ¿Y qué tiene de malo Ahmed Abizhaid?

—Es viejo y peludo.

—¿Y?

—Tiene hijos de su primer matrimonio que son

mayores que tú.

Ella no dijo nada.

—Se lo conoce por su fanatismo.

Keira intentó callarse. Intuía que el Jeque Nuri estaba disfrutando a su costa.

—Y tiene cuestionables ambiciones políticas —agregó Kalen. Luego alzó los brazos y agregó—: ¡Pero si todo esto es atractivo para ti...!

Ella desvió la mirada, y dijo:

—No es atractivo y lo sabes.

—Necesitas mi ayuda.

—No quiero tu ayuda.

No quería nada de ningún hombre. Una vez había confiado en uno. Pero ya no era la niña del pasado.

—¿O sea, que vas a cortarte la nariz por salvar la cara?

—Tú no sabes nada de mi nariz, Jeque Nuri.

—Sé que esa bonita cara va a llevar un velo si no me permites que te ayude.

Keira no pudo contestar. El terror se apoderó de ella. Conocía la vida que el jeque estaba describiendo, los aposentos de las mujeres, el secreto mundo de éstas... Y no lo quería. No podía soportarlo. Nunca había pertenecido a Baraka. Había terminado la universidad con honores, había sido contratada como directora de comunicaciones de Sanford Gas y Petróleos, una empresa internacional con base en Dallas, y viajaba, trabajaba, tenía éxito. Más éxito del que había pensado nunca.

¿Cómo iba a permitir que le cercenaran la libertad? ¿Cómo iba a volver al lugar del que había escapado?

—No vivo en Baraka desde los cuatro años.

—Tu padre ya ha enviado gente para que te lleve.

Keira tembló.

—Hay tres hombres esperándote en tu casa en este momento —Kalen hizo una pausa. Luego continuó—: No se irán sin ti.

—Entonces no iré a casa.

—Tu padre tiene infinitos recursos. Te encontrará dondequiera que estés. Y sus hombres irán a buscarte.

—No.

—Sí. Y sabes que es verdad.

Ella cerró los ojos.

Kalen tenía razón. Su padre siempre conseguía lo que quería.

—Enfréntate a la verdad. O ellos, o yo. Elige tu veneno.

Capítulo 2

ELIGE tu veneno? ¿Su padre o él?»

Disgustada, dijo:

—No voy a entrar en este juego, Jeque Nuri.

—Es posible que no quieras. Pero tu padre, sí. Te esperan tres hombres en tu casa. Tienen un coche, un avión que te llevará a Baraka. Si vas a tu casa, eres suya.

—¿Y por qué tengo que creerte?

—¿Y por qué iba a mentirte?

Kalen parecía razonable. Pero nada de aquello tenía sentido.

Seguramente se trataba de intereses, negocios. Y ella no quería ser parte de ellos.

—Tienes otras razones para estar aquí, estoy segura.

—Sí.

—Has sido tú quien ha querido que viniera esta noche, ¿verdad?

—Tú eres la única razón por la que estoy aquí —él extendió un brazo en dirección a ella—. ¿Qué te parece si nos vamos y nos ocupamos de ese asunto?

Ella lo miró intensamente, y de pronto sintió que tenía dieciséis años otra vez.

Había estado perdidamente enamorada de un hombre diez años mayor que ella. Sus vidas habían sido completamente diferentes, pero no obstante había querido ser parte de su mundo.

—¿«Asunto»? —repitió ella.

—El asunto de los hombres que están invadiendo tu casa.

El Jeque Nuri tenía un coche esperando. Era oscuro por fuera, permitiendo que apenas le llegase la luz exterior.

Ella se sentó en un extremo del asiento.

Aquel espacio pequeño compartido con él la ponía nerviosa.

Intentó tranquilizarse.

Se lamentó de haber dejado su coche. Se habría sentido más segura en su coche que con aquel hombre al que ya no conocía.

Pero nunca lo había conocido en realidad. Sólo lo había imaginado. Habían sido fantasías.

Fueron en silencio durante el viaje en coche. Luego Kalen abrió una ventanilla.

—Estamos casi en tu barrio, ¿no?

Keira reconoció las pulcras casas de su vecindad con sus prolijos jardines.

—Sí —respondió ella.

Le encantaba su pequeña casa, algo que sentía que era suyo, algo que nadie podía quitarle.

—Tu casa —pronunció él, frenando el coche.

Paró frente a su casa.

—Sí —ella sintió un nudo en la garganta. Lentamente se dio la vuelta y miró a Kalen Nuri intensamente. Luego dijo, angustiada—: Dímelo otra vez. Dime que no eres un emisario de mi padre.

—No soy un emisario de tu padre.

Ella notó el tono burlón en su voz, y notó la fuerza que emanaba de su ser.

Podría haber sido el sultán. Podría haber llevado la corona. Era orgulloso, seguro de sí mismo...

—Pero, ¿has hablado con mi padre, verdad? —insistió ella.

—No. Tu padre y yo no nos tenemos mucho aprecio. Tiene que aguantarme porque soy el hermano de Malik, y él a mí no me gusta. Y lo sabe. Créeme, a él no le gustaría saber lo que estoy haciendo.

Ella no contestó.

La tensión llenaba la atmósfera de electricidad.

El estar tan cerca de él la mareaba.

Keira intentó aclarar su mente.

—Has dicho que estás aquí para que elija mi veneno.

—Sí.

—Tú o ellos, has dicho.

—Así es.

—¿Por qué son ésas mis dos únicas opciones?

Kalen se calló un momento. Luego contestó:

—Porque, ¿qué otro va a enfrentarse a tu padre? ¿Qué otro puede impedir este matrimonio?

Ella no comprendía. Había algo que se le

escapaba.

—No quiero un hombre. No lo necesito.

—Necesitar y querer son dos cosas distintas. Es posible que no me quieras. Pero me necesitas —hizo una pausa—. Hay cosas peores que aceptar mi protección.

—¿Te refieres a tener que casarme con Abizhaid? —Keira se rió forzadamente—. Abre la puerta. Yo arreglaré esto a mi manera. Voy a salir.

Él abrió el coche.

—¿Sabiendo que tienes visitas en tu casa?

Ella miró hacia su casa. Kalen había hablado de tres hombres. Pero ella no veía nada.

—No veo a nadie.

—No van a ponerte un cartel de bienvenida, *laeela.*

Laeela. Quería decir «querida. Amada». Un tratamiento que era como un beso de las arenas sedosas del Sahara. Nadie la había llamado de aquel modo jamás.

—Gracias por traerme a casa, Jeque Nuri —ella salió y cerró la puerta.

La puerta se abrió nuevamente, invitándola a subir.

—Necesitas mi ayuda —insistió él.

—No. Necesito mi coche. Si de verdad quieres ayudarme, ayúdame a recuperar mi coche del aparcamiento del estadio. De ese modo podré llegar al trabajo mañana por la mañana.

—¿Realmente crees que vas a ir a trabajar mañana? —dijo él con un tono que transmitía peligro.

Kalen inspiraba peligro. Cinismo. Desconfianza. A pesar de su ropa cara, era un hombre con el viento y el desierto en los ojos. Más bereber que occidental. Más jeque que europeo.

Él era todo lo que ella no conocía, todo lo que jamás había comprendido.

Keira se dio la vuelta. Dio un paso inseguro hacia su casa, y luego otro, hasta que corrió hasta la puerta de entrada. Ésta se abrió tan bruscamente que Keira no tuvo tiempo de ver al hombre que estaba en la entrada, y que la agarró fuertemente.

Sucedió tan rápidamente que ella no pudo ni gritar.

Desesperada, giró la cabeza y miró al jeque. Estaba allí, observándola.

Keira deseó que hubiera alguien que pudiera ayudarla.

Ya no tenía dieciséis años, se dijo. Era una mujer. Tenía que pelear.

Y finalmente recuperó la voz para gritar.

El pánico dio paso a la rabia y empezó a dar patadas al hombre que la sujetaba, buscando rodillas donde pegar.

—¡Bájeme! ¡Bájame ahora mismo! ¡No iré! —gritó mientras seguía golpeando a su oponente. Y le pareció dar con sus rodillas, o sus partes bajas.

La desesperación se apoderó de ella. El Jeque Nuri había dicho que él podía detener aquello.

Pero no decía nada. Simplemente estaba allí, observando la escena. Y lo único que ella sabía era que no iba a volver a Baraka, no iba a ser devuelta a casa de su padre contra su voluntad.

Entonces sollozó su nombre:

—¡Kalen, Kalen! ¡Ayúdame!

Fue suficiente. Él no necesitó más.

—¡Bajadla! —gritó furioso.

El hombre que sujetaba a Keira se quedó helado.

—Su Excelencia...

—Bajadla —repitió Kalen Nuri.

Su autoridad era indiscutible. Era una orden de un miembro de la familia real Nuri.

—Pero... Su Excelencia, nos han enviado para llevarla a casa.

Kalen Nuri se acercó y subió los escalones del porche de la casa de Keira.

—¿Os atrevéis a quitarme a mi mujer? —exclamó.

Hubo un silencio espeso. Nadie se movió ni habló.

—¿Su mujer? —el hombre repitió.

—*Mi* mujer —tronó la voz de Kalen con tono amenazador.

Los brazos que sujetaban fuertemente a Keira se relajaron. Ella sintió que la bajaban, que sus pies tocaban nuevamente el suelo. En el momento en que los brazos la soltaron, Keira corrió al lado del Jeque Nuri.

Kalen extendió un brazo, pero no la tocó.

—Lal-la al-Issidri está bajo mi protección.

—Pero a nosotros nos han ordenado que nos la llevemos —dijo otro de los hombres, que había aparecido desde dentro de la casa.

En algún otro sitio estaba el tercero.

—*Sidi* al-Issidri fue muy claro —dijo el hombre.

—Dejadme que sea yo quien os hable claro: ella es mía —contestó el jeque.

Kalen miró a Keira, y ésta sintió una corriente, mezcla de temor, horror, excitación.

Mirándola con aquellos ojos ámbar, calientes, posesivos. Nuri agregó:

—Keira al-Issidri es mi mujer. Me pertenece.

Y entonces los tres hombres se marcharon.

«Como por obra de magia», pensó Keira, al ver a los hombres subir a un coche y desaparecer. Kalen debía de ser un mago, como Merlin, en los tiempos del rey Arturo.

Pero no se trataba de magia. Se trataba de poder. Y él tenía mucho poder.

Keira miró a Kalen desde los escalones del frente de la casa mientras el coche se alejaba calle abajo. Ninguno de los dos habló. Pero el silencio era incómodo. Se notaba que Kalen estaba enfadado.

—Hemos empezado, entonces —dijo el Jeque Nuri, rompiendo el silencio.

Ella hubiera deseado poder decir que no sabía a qué se refería. Pero no era tan ingenua como él la había imaginado, y sabía perfectamente qué quería decir Kalen.

Lo que acababa de suceder en su porche era algo importante.

El Jeque Nuri acababa de desafiar públicamente a su padre. El Jeque Nuri había usurpado la autoridad de su padre. Pero podía hacerlo, puesto que era el tercero en la sucesión al trono, detrás de su hermano y de sus dos sobrinos.

Su padre se pondría furioso. Y se sentiría humillado.

Keira se tocó la frente. Acababa de rechazar a su padre. Había aceptado la protección de Kalen Nuri. En unos minutos ella había puesto sus vidas patas arriba.

—Debería llamar a mi padre —dijo ella con voz sensual.

—Estoy seguro de que ya debe tener noticias de lo sucedido.

Keira agitó levemente la cabeza.

—Al menos, debería intentar hablar con él.

Kalen Nuri dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ellos. Él la miró tan intensamente y con tanta insistencia que ella tembló, y desvió la mirada.

—Después de todo, es mi padre —agregó ella a la defensiva.

—¿Y qué lograría tu llamada?

Keira no podía contestar, y Kalen tomó su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Qué resultado crees que tendría? Si tu padre tuviera intención de escucharte, ya lo habría hecho.

A Keira le disgustaba lo que Kalen estaba diciendo. Pero lo peor era que tenía razón. Entonces intentó apartarse, pero Kalen no la dejó.

—Tu padre iba a usarte para satisfacer sus propias ambiciones políticas —agregó él—. Para un hombre como tu padre, tú eres sólo un objeto, una posesión con la que comerciar.

Cada palabra la hería más.

—Pero tú eres igual que él, ¿no es cierto, Jeque Nuri? —Keira sintió un nudo en la garganta al pronunciar aquellas palabras—. Tú me estás usando también. Me estás usando para desquitarte con mi padre. Al menos, sé lo suficientemente hombre para admitirlo.

Ella oyó un leve resoplido de disgusto de Kalen ante aquel insulto. Algo cambió en él. Sus dedos se movieron, se extendieron desde la barbilla hacia la mejilla, acariciando brevemente su mandíbula.

—Te falta el buen sentido de la mujer de Baraka y el control de su lengua —dijo, acariciando levemente su rostro.

Aquello provocó un torrente de sensaciones en Keira.

—No soy de Baraka.

—Sí, estoy empezando a pensar que te mereces un esposo de Baraka. Uno que te enseñe lo que es la humildad y el autocontrol.

Ella apretó los dientes, y lo miró con ojos llenos de furia.

—Siento decepcionarte, Jeque Nuri, pero algunas cosas no pueden enseñarse.

—Te equivocas en eso, *laeela.* Todo puede enseñarse. Siempre que se encuentre al profesor adecuado —un brillo de emoción pasó por sus ojos—. Y tú no sólo necesitarías un buen profesor, sino uno con mucha paciencia.

Ella se estremeció al escucharlo. Un calor intenso corrió por su cuerpo. Sus labios se entreabrieron en una silenciosa exclamación de placer y dolor a la vez.

Él la hacía sentir.

—No quiero un hombre.

Se sentía desesperada, excitada. ¡Había sentido tantas cosas por Kalen Nuri todos aquellos años! Pero todo había ido mal. Todo se había desintegrado.

—No quiero un hombre. Nunca lo querré —repitió Keira.

—Lo querrás, cuando encuentres al hombre apropiado.

—No hay hombre apropiado.

Él la miró.

—Lo había... —contestó él en tono bajo, íntimo.

Y ella se puso rígida.

—Nunca.

—Lo hubo. Hace tiempo —Nuri achicó los ojos—. Hace mucho tiempo.

Ella cerró los ojos, intentando ocultar su nerviosismo. Kalen estaba fanfarroneando. No sabía nada, pensó ella.

Los dedos de Kalen la acariciaron desde la barbilla hasta el hueco debajo de la oreja.

—Siempre hay un hombre apropiado. Siempre existe un hombre que puede transformar a una chica en mujer.

Keira se apartó. De su contacto, de sus palabras, de la red que Kalen le estaba tendiendo.

Aquello no podía ser verdad.

Keira se dirigió a la casa, tratando de poner distancia entre ellos. Pero él la siguió. Ella oyó la puerta de entrada cerrarse, el cerrojo. Estaban solos en su casa.

Y por un momento Keira contuvo la respiración, con los nervios tensos, y los sentidos alerta.

—Prepara una maleta —dijo Kalen, cuando la encontró en el vestíbulo, a la entrada de la habitación de Keira—. Tenemos que marcharnos pronto.

Hacer las maletas. Marcharse. La estaba asustando.

Keira se echó hacia atrás el cabello desordenado que se había escapado de su coleta. Los mechones color ébano le caían sobre los hombros.

—No puedo marcharme así, de pronto. Tengo un trabajo. Responsabilidades.

—Tú me has elegido, ¿no lo recuerdas?

Ella no supo qué decir. No acudía nada a su mente. No había nada de lógico en todo aquello. Y ella funcionaba con la lógica.

Entró en su habitación y agarró camisas y blusas, faldas y pantalones de las perchas. Lo metió todo en su maleta, zapatos, cinturones y ropa interior también.

Salió a los diez minutos, en silencio. Él asintió con la cabeza al ver su maleta, el bolso en su mano y el abrigo en el brazo.

—Bien. Vayámonos.

Ella se sentó en el asiento de atrás de su coche, lo más lejos que pudo de él. Pasaron los minutos. No dijeron nada, pero era evidente que el chófer se dirigía a algún sitio. Había un destino en su mente.

—¿Adónde estamos yendo? —ella hizo un esfuerzo para hablar.

—A Londres.

—¿A Londres?

—Esa ciudad grande de Inglaterra.

—No me diviertes...

—¿Te divierte algún hombre, acaso?

Al ver que ella no contestaba, él se rió suavemente, burlonamente.

—Tú eres una de esas mujeres que odian a los hombres, ¿no es verdad?

—No sabía que éramos una especie, Jeque Nuri.

Él se volvió a reír, más burlonamente que antes.

—Va a ser interesante tenerte bajo mi protección —agregó.

—He cambiado de opinión.

—Demasiado tarde. Estás en mi coche. Bajo mi custodia.

—Para el coche.
—Y pronto estarás volando en mi avión.
—No lo haré...
—Lo harás, porque tú, Keira al-Issidri, no puedes detener lo que has empezado. Ha comenzado ya. Esto. Nuestra historia.
—No. No sabía lo que estaba haciendo. No estaba pensando...
—Lo sabías perfectamente. Sabías que era yo o ellos. Y me has elegido.
A Keira le faltaba el aire. No podía respirar. Tenía que hacer algo.
Intentó otra táctica:
—No es que no agradezca tu preocupación, Jeque Nuri. Pero tengo veintitrés años, casi veinticuatro. Vivo en Dallas. Trabajo en Dallas. Y me es imposible ir a Londres.
Kalen Nuri no dijo nada.
El coche siguió su viaje.
Keira sintió que perdía la libertad.
—Tú eres casi tan occidental como yo, Jeque Nuri —quiso hacerlo entrar en razón, recordarle todo lo que habían compartido—. Has vivido en Londres quince años por lo menos. No tratarías a una mujer inglesa de este modo, ¿no es verdad?
—Lo haría. Si ella me hubiera hecho una promesa.
—¡Yo no te he hecho una promesa!
—Lo has hecho. Pronunciaste mi nombre. Me pediste ayuda. Y yo te escuché. Y te di protección.
—Soy una adulta, Kalen...
—Ahí lo tienes. Kalen. Me llamaste frente a tu casa. Usaste mi nombre como lo has hecho ahora. Dijiste «Kalen». «Ayúdame, Kalen» —él la miró achicando los ojos—. Si eres una adulta, Keira al-Issidri, no deberías jugar como una niña.
—No veo que esto sea un juego.
—Bien. No lo es.
Él se echó hacia atrás en el asiento como si hubiera terminado. Como si no hubiera más que decir.
Pero ella no opinaba lo mismo.
—Soy adulta —repitió Keira con fuerza—. Y no necesito que nadie me cuide. Sobre todo un hombre.
Kalen pareció volver a centrar su atención en ella al escuchar aquello.

—«¡Un hombre!» ¿Qué diablos te ha pasado que te has apartado de los hombres por completo, señorita al-Issidri?

Ella lo miró.

—No ha pasado nada.

—Interesante.

Ella vio la mueca de sonrisa en los labios de Kalen. Tenía una boca muy sensual. El labio inferior más grueso que el superior, y cuando sonreía burlonamente, como lo estaba haciendo en aquel momento, era muy seductor.

—Te sorprendería saber que hay buenos hombres —dijo él, sonriendo aún.

Su sonrisa le inspiraba temor. Había desafiado a su padre. Y ahora la desafiaba a ella.

Parecía disfrutar de su poder.

Kalen podría haber vivido en Londres, podría haberse ido de Baraka hacía más de diez años, y su ropa era italiana, de diseño, y su acento inglés de la vieja escuela, pero seguía siendo un jeque, y no cualquier jeque, sino uno de los más ricos e influyentes hombres del mundo.

Kalen la miró con sus ojos dorados. Pareció desnudarla con la mirada. Pero no sólo sexualmente, sino emocionalmente. Él estaba viendo lo que ella no quería ver. Su enfado y su desafío. Y el calor que salía de su vientre y se expandía hacia sus pechos, su cuello, por toda su piel.

—Intento ser práctica, Jeque Nuri.

—¿Práctica? ¿Ahora?

—Es necesario que establezca mi independencia de mi padre. Que le demuestre que no voy a casarme con quien quiera él, sólo porque le apetezca.

—A tu padre no le importa.

—A ti tampoco.

Su mirada, de fuego y resentimiento, produjo una risa ronca en Kalen.

—Mucho fuego, *laeela.* Mucho desafío. Pero a diferencia de tu padre, a mí, alguien como tú puede llegar a gustarme.

Capítulo 3

EL JET despegó una hora antes de medianoche. Era el jet privado de Kalen Nuri, que los estaba esperando en la terminal de ejecutivos en las afueras de Fort Worth.

El Jeque Nuri le había mostrado su dormitorio privado, en la parte de atrás del avión. Aunque en lo que menos pensaba ella era en dormir. Pero más tarde, cuando alcanzaron altitud, Keira pudo estirarse en la cama y cerrar los ojos.

Y más tarde la despertaron, para informarle de que se estaban aproximando al aeropuerto de Heathrow.

Desembarcar les llevó minutos, y pronto vieron la mañana soleada.

Un coche los estaba esperando. Atravesaron la ciudad en silencio, en dirección a la casa del Jeque Nuri, en Kensington Gardens.

—Has estado muy callada —dijo Kalen mientras el coche se adentraba en el elegante barrio de casas victorianas.

—¿Y qué tenía que decir?

No podía ni mirarlo. La había llevado allí por la fuerza. Del mismo modo que los hombres de su padre la hubieran llevado a Baraka.

—Llegarás a disfrutar de este estilo de vida.

—No.

El coche paró frente a una casa alta, con una puerta negra y rejas en las ventanas.

Kalen salió del coche. Se abrió la puerta de entrada de la casa. Apareció un mayordomo y se acercó, aunque el chófer había rodeado el coche para ayudarlos.

—Bienvenida a tu futuro —dijo Kalen con humor negro, sonriendo apenas.

La cara del jeque seguía siendo perfecta. Simétrica. De una belleza clásica. Como una estatua de mármol.

—¿A mi futuro? —repitió ella.

Él torció más la boca, resaltando aún más su dura belleza.

—A tu vida conmigo.

Keira se quedó mirándolo. No podía creerlo.

Ella, que había estado tanto tiempo colada por él, ahora estaba bajo su protección.

Ella, Keira Gordon, iba a vivir con el hombre que más había admirado. El hombre al que ella, siendo casi una niña, secretamente había adorado con pasión.

En su habitación, Keira caminó de un lado a otro como un tigre enjaulado.

Estaba en casa de Kalen. En la habitación de invitados de Kalen. La proximidad de Kalen la mataría.

Se sentía muy atraída por él todavía, aunque no debiera sentirse así. Él era físicamente hermoso, pero era duro, arrogante, insensible.

Y la estaba usando también. Para tomar represalias contra su padre. Y sin embargo, en lugar de sentir rechazo hacia él, sentía... curiosidad.

Y deseo.

Quería contacto con él.

Dejó de caminar y abrió el ropero. Miró y vio que estaba vacío.

Bien.

Aunque la habitación tenía un aire masculino, había temido compartirla con otra mujer. Y no lo habría resistido. Nunca podría compartir al Jeque Nuri con otra mujer. Era curioso que sintiera aquello tan claramente.

Así que aquella era su habitación. La habitación de invitados de Kalen...

Kalen...

Hacía siete años había ido a aquella fiesta para verlo. Malik era el aspirante al trono, pero el rey de las chicas siempre había sido Kalen. Todas estaban locas por él.

Kalen no era aburrido, ni estaba concentrado sólo en la política. Vivía en Londres, viajaba mucho, gastaba dinero libremente, con sus amigos y sus mujeres.

Todas las chicas de la clase alta de Atiq

suspiraban por él. Y ni siquiera era el dinero lo que les gustaba a ellas. Era su actitud.

Su arrogancia. Su cinismo. Su belleza física. Bello y prohibido. En Baraka la obligación de la mujer era permanecer pura hasta el matrimonio. Las mujeres solían casarse muy jóvenes para proteger su nombre y la reputación de la familia. Pero cuando él las miraba, aunque ellas tuvieran al descubierto sólo sus ojos, parecía apoderarse de ellas. En cuerpo y alma.

Él era el peligro y el misterio. La sensualidad y el poder. La fantasía de toda mujer.

Su fantasía también.

Y por ese motivo ella había ido con otras dos chicas, más osadas, con padres menos restrictivos y conservadores, a la fiesta en honor de Kalen.

Se suponía que a la fiesta irían adultos acompañando a las niñas.

Pero no había sido así.

Keira revivió entonces la vergüenza de la decisión equivocada que había tomado hacía años.

Nunca lo había hablado con nadie. ¿A quién podría habérselo dicho? ¿A su liberal madre? ¿A su padre?

No había tenido a nadie a quien pedirle consejo ni consuelo. Y ella había hecho lo único que había podido: ir hacia delante. Física y emocionalmente. Abandonar Baraka para no regresar jamás, y luego dejar Inglaterra para estudiar en los Estados Unidos.

Alguien golpeó la puerta de la habitación de Keira. Cuando abrió, se encontró a una criada con una bolsa de ropa en la mano y otras más pequeñas de varias joyerías exclusivas de Londres.

—De parte de Su Excelencia —dijo la mujer, haciendo una pequeña reverencia.

Keira se habría reído si no hubiera estado tan cansada.

—¿Quiere que le deshaga los paquetes, señorita? —se ofreció la mujer.

—No, gracias. Puedo hacerlo sola —contestó Keira, mirando con incomodidad las bolsas de las lujosas compras.

Kalen debía de haberse gastado una fortuna.

—¿Para qué son? —preguntó Keira mientras la

criada colgaba las perchas envueltas en plástico y dejaba las otras bolsas encima de la cama.

—Para usted, señorita. Las ha pedido Su Excelencia a las tiendas, y luego ha enviado al chófer a recogerlas.

—No comprendo.

—Son regalos, señorita. Su Excelencia hace esto con todas sus mujeres —la mujer sonrió—. Es usted muy afortunada, ¿no cree?

Keira abrió la boca para hablar. Luego la cerró. «¿Afortunada?», pensó.

—¿Tiene muchas mujeres?.

La mujer se puso roja de pronto.

—Perdóneme, señorita. No he querido decir...

—Está bien. Gracias.

—Si necesita alguna cosa, toque el timbre, simplemente —dijo la mujer, acercándose a la puerta para marcharse.

—¿Y el Jeque Nuri, está aquí todavía?

—No, señorita. Se ha ido todo el día. Pero volverá a cenar.

—Comprendo.

—La cena será a las siete. Su Excelencia se viste para cenar.

—¡Qué detalle! —respondió ella, irritada.

Kalen la había arrancado de su lugar y la había dejado tirada allí, en una casa de Londres, y se había marchado, dejándole mensajes a través de la criada.

La mujer inclinó la cabeza y se marchó.

Keira se acercó al ropero y miró las bolsas de ropa. Lo cerró y quitó las bolsas de la cama.

Ella no era *su* mujer. No quería sus regalos.

A las seis y media Keira se dio un baño y se decidió a vestirse para la cena. Miró entre su ropa: nada elegante.

Bien. Se vestiría para la cena. Pero se vestiría como una mujer americana. Independiente, con éxito, libre.

Se puso unos vaqueros con una blusa gris, que solía usar para ir a trabajar con un traje. Pero la usó suelta, con el cuello desabrochado, y se hizo un moño en el cabello.

No se puso ninguna joya. Sólo un poco de

maquillaje, unos zapatos bajos, y estaba lista para bajar.

Keira bajó al comedor a las siete en punto. Kalen ya estaba allí. La criada había tenido razón. Se había vestido para cenar. Llevaba pantalones negros, un esmoquin negro y una camisa blanca que realzaba su complexión atlética, su pelo negro y sus ojos dorados.

«Muy apuesto», pensó ella. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Y había visto muchos desde que estaba trabajando para una empresa internacional.

—Estás... —la voz del Jeque Nuri se apagó al mirarla de arriba abajo—... adorable.

Ella se puso roja, asaltada por el complejo de culpabilidad. Él había hecho un esfuerzo vistiéndose elegantemente para cenar con ella, mientras que ella no había hecho ninguno.

Pero, ¿había pedido ella venir a Londres?

—Gracias —respondió ella serenamente, ocultando su incomodidad.

Con los años, había aprendido a ocultar sus emociones. Había sido una medida de autodefensa.

Kalen se levantó para hacerla sentar.

—El azul te favorece —comentó él, sentándose frente a ella.

—No estoy vestida de azul —dijo ella, mirándose las rayas grises de la blusa. Luego vio sus Levi's y agregó—: Ah, los Levi's.

—Muy chic.

—Tú le dijiste a la criada que me vistiera informalmente, ¿no es cierto?

Él levantó una ceja.

—¿Te ha dicho eso?

—No estoy segura. Después de «Su Excelencia se ha marchado. Debe esperarlo aquí todo el día...» no entendí nada.

Kalen frunció la frente.

—Yo tengo un trabajo, *laeela*. Cosas que hacer.

—Y yo también tengo un trabajo. Debería estar en Dallas trabajando, haciendo lo que tengo que hacer, ¡y no estar sentada en una habitación de tu casa esperando a que vuelvas!

—Las cosas han cambiado. Debes adaptarte.

¿Por qué tenía que ser ella siempre la que tenía que sacrificarse?

—No quiero adaptarme. Me gustaba mi vida. Me gustaba mi trabajo.

—¿Sí?

—Sabes que trabajaba para Sanford Gas. Sabes que tenía un puesto de responsabilidad y que era buena. Demasiado buena para dejarlo todo sólo porque tú lo hayas dicho.

—Entonces, ¿qué has hecho esta tarde? —preguntó él no haciéndole caso, inclinándose para servir la copa de vino.

—Nada.

—No tiene por qué ser nada. Puedes alquilar películas, ver la televisión, charlar con amigas...

—Ésas son actividades vacías. Necesito más.

—Entonces, ejercita tu cerebro. Lee. Tengo una biblioteca extensa aquí, y puedes pedir libros por Internet.

—Yo leo antes de irme a la cama. No es lo que hago todo el día —la irritación de Keira iba en aumento—. Jeque Nuri, no he ido a la universidad para representar el papel de princesa.

—Estás enfadada porque no te he prestado más atención.

Ella se rió, pero se había puesto roja.

—¡Ni siquiera te conozco! La idea de que pueda necesitarte, depender de ti, es muy divertida, pero no es cierta.

—Hablas con mucha audacia para ser una chica de veintitrés años.

—Una mujer. Soy una mujer, y he crecido con hombres como tú, Jeque Nuri. A diferencia de las modelos y actrices que conoces, no necesito tu riqueza, tu notoriedad ni tus contactos.

—Mi querida tiene una lengua muy mordaz esta noche.

—No soy tu querida realmente. Ambos lo sabemos.

Kalen frunció el ceño.

—¿Se me ha escapado algo, *laeela*? —preguntó—. ¿No estás aquí, en mi casa? ¿No te estoy cuidando, tratando de ocuparme de tus necesidades y deseos? ¿No te he ofrecido mi completa protección?

Aquel tratamiento, *laeela,* quemaba su cuerpo

entero. Era muy íntimo para un hombre de Baraka, y Kalen no era el tipo de hombre que coqueteaba alegremente. Era serio.

El Jeque Nuri miró a Keira, que estaba sentada, alta y rígida al otro lado de la mesa. Su cabello largo estaba recogido, y sus mejillas, sonrosadas. Era como una yegua de raza, pensó él: joven, sensible, nerviosa.

Bebió un sorbo de vino.

Keira apenas había tocado el suyo.

Kalen estudió su rostro.

La noche anterior había estado muy pálida. Pero ahora estaba ardiendo. Sus ojos azules oscuros brillaban, y tenía las mejillas encendidas.

Le hacía falta una mano firme. Y él tenía dos.

—No tienes que tener miedo —dijo él en tono casi amable—. Siempre te trataré bien.

—No tengo miedo —respondió ella, segura. Sin embargo al alzar la vista él vio la aprensión en sus ojos azules.

No, pensó él, no tenía miedo. Estaba aterrada.

Ella sabía qué podía suceder. Sabía, lo mismo que él, que la tensión entre ellos no era un inocuo interés. Lo que había entre ellos era algo profundo, intenso, un calor y un interés que se remontaba a años atrás, a la época en que ella era una niña.

—Y tú no tienes que preocuparte por mí —agregó ella—. Estoy bien.

—*Al-hamdulilah* —respondió él—. Doy gracias a Dios.

Ella sintió ganas de llorar.

Hasta ayer había pensado que jamás volvería a verlo. Y hoy, un día más tarde, allí estaba, en su casa, bajo su cuidado. Era increíble. El solo hecho de mirarlo le despertaba un torrente de emociones, calientes y agudas como unos fuegos artificiales.

Al-hamdulilah. La palabra resonó en su mente. Nadie la había hecho sentir tan nerviosa, tan desesperada por más.

—¿Y tú? —preguntó ella formalmente, siguiendo con el ritual de saludos— ¿Cómo estás?

—Bien, señorita al-Issidri. Gracias.

—Me llamo Gordon, no, al-Issidri, Jeque Nuri. Nunca he usado el apellido de mi padre.

—Lo usaste hasta que tuviste siete años.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé cosas que te sorprenderían.

Ella lo miró. Por un lado, Kalen era alguien muy familiar, y por otro, un desconocido, un misterio.

Lo volvió a mirar. ¿Sería posible que se hubiera enamorado de una imagen, de una cara, y no de un hombre?, se preguntó.

—Respira —dijo él sin dejar de mirarla.

—Lo estoy haciendo —no podía mirarlo.

Él extendió una mano hacia ella por encima de la mesa.

—Dame tu mano —dijo.

Ella miró su mano, ancha y grande. La piel de la palma de su mano algo más clara que la de su reverso... Y recordó el día anterior, cuando él la había tocado en el porche de su casa. Su contacto había sido como una sensación eléctrica: caliente, feroz, luminoso. Él la había hecho sentir.

—Tu mano —repitió él, con una suave orden.

—Nunca —su mirada se deslizó desde el cuello de su camisa hasta su pecho. Luego miró sus labios, y llegó hasta sus ojos, que la miraban con burla—. No estoy a salvo contigo.

Él se quedó callado un momento, y luego dijo:

—Creo que eso es lo más inteligente que te he oído decir en estos días.

Capítulo 4

ENTONCES, ¿qué piensas de mis regalos? —preguntó Kalen, cambiando de tema.

Él se movía con tanta gracia, que ella perdía la concentración por momentos.

—¿Te gustaron las joyas? Creí que llevarías una de las pulseras con diamantes esta noche.

—En realidad, no he abierto ninguna de las bolsas de las compras.

—¿No?

—No necesito, ni uso, joyas caras.

—¿Te gustan las baratijas?

—Si quiero joyas, me las compro.

—¿Rechazas mis regalos?

Ella oyó que su tono se hacía más duro.

—No soy una mujer que acepte regalos de extraños.

—Ten cuidado, *laeela,* no me insultes.

—No tengo intención de insultarte, Jeque Nuri...

—Kalen. Me llamo Kalen. Después de todo, tú quieres algo, ¿no lo recuerdas?

Ella se puso furiosa.

—Cuanto antes vuelva a Texas, mejor.

—¿Volver?

La inflexión de su voz habló más que su palabra.

—Hemos logrado algo: demostrar a mi padre que no puede controlarme...

—Tu padre sigue siendo una amenaza.

—¿Para quién? ¿Para ti o para mí? Porque no creo que tú estés preocupado por mí...

—Sidi Abizhaid no toleraría jamás esta forma de hablar, *laeela.* No se te toleraría que fueras tan beligerante. Ni se te permitiría que hablaras en público.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué quieres de mí, Kalen? Dímelo para que lo comprenda.

—Sabes lo que quiero. Quiero que estés aquí, conmigo.

—No, hay más. Esto tiene que ver con mi padre, no conmigo, y tengo que comprender lo que ha hecho. Dime cómo un hombre que se ha pasado la vida sirviendo a los Nuri, ahora es una amenaza para ellos.

—No es un tema del que quiera hablar contigo.

—¿Por qué no? ¿Porque soy una mujer?

Kalen no la contradijo. Sólo la miró a través de la mesa con vajilla de porcelana y velas.

Su silencio era una tortura.

—Es a mi padre, a mi familia, a quien tú llamas una amenaza. Tengo derecho a saber.

—Deberías comer más y discutir menos.

Ella agitó la cabeza.

—Tú eres tan malo como ellos, Kalen. No, peor. Tú no vives en Baraka, vives en Inglaterra. Y no te vistes con túnicas y turbantes, sino con trajes italianos. Pero debajo de los trajes y de las finas camisas eres igual de represor.

Él no dijo nada.

—Quiero ir a casa, Kalen.

Odiaba sentirse tan vulnerable. No podía ser vulnerable. Hacía años había jurado no dejar que nadie le hiciera daño.

Él la siguió mirando con frialdad, impasible.

—Kalen, escucha: necesito irme a casa. Necesito volver a mi vida. Estaba satisfecha con mi vida.

Había luchado mucho para protegerse de la confusión que le provocaba la mezcla de culturas, padres, hogares, identidades.

—Tu vida aquí también te resultará satisfactoria.

—No.

—Será un cambio, sí. Pero también será buena.

—¡Pero ésta no es mi vida! Es la tuya...

—Y la tuya, ahora —la estudió un momento, y luego habló con tono amable—. Tienes que aceptar que tu vida ha cambiado. Todo ha cambiado. Y para siempre.

—No —dijo ella con manos temblorosas—. Te equivocas. Te equivocas en todo, Kalen Nuri.

En su habitación se acurrucó en uno de los sillones y hundió su cara en sus manos. No se iba a quedar allí. ¿Qué se suponía que estaba haciendo allí?

Sintió pánico.

¿Qué había sucedido en Baraka como para que hubiera dado lugar a aquella fricción entre su padre y Kalen? ¿Por qué Ahmed Abizhaid suponía un peligro tal que Kalen no quería ver a la familia de ella y a la de Ahmed unida en matrimonio?

¿Sería su padre el problema o lo sería Kalen?

Ella sabía que a su padre nunca le había gustado el más joven de los príncipes Nuri. Y no obstante, por su lealtad al sultán, su padre nunca había podido expresar sus sospechas en voz alta, pero por los informes que ella había encontrado una vez en su escritorio, sabía que su padre mantenía a Kalen Nuri bajo vigilancia.

Aquello era más que algo personal, pensó ella. Era algo más grande que aquello. Entonces, ¿de qué se trataba realmente?

Tenía que saber más. Necesitaba más información. Pero evidentemente Kalen no le iba a contar más. Entonces, ¿cómo iba a averiguar lo que quería saber? ¿Se lo preguntaba a su padre? ¿O intentaba ganarse la confianza de Kalen?

Pero eso no sucedería nunca, reflexionó.

De pronto oyó unos golpes en la puerta de su habitación.

Keira miró el reloj que había al lado de su cama. Llevaba en su habitación casi veinte minutos.

—¿Sí?

—Abre la puerta.

Era Kalen, por supuesto. Nadie más le ordenaría que abriese la puerta.

—Estoy durmiendo —respondió.

—Sólo llevas quince minutos en tu dormitorio.

—Veinte.

—Abre la puerta.

—Estoy en la cama.

—No me importa.

Era un arrogante, pensó ella.

—Buenas noches, Kalen.

—Abre la puerta, Keira.

Era la primera vez que usaba su nombre. Ni Keira al-Issidri, ni Keira Gordon. Sólo Keira. Sintió un calor instantáneo.

—Te veré por la mañana. Buenas noches.

—No voy a ningún sitio.

—Entonces, estarás de pie mucho tiempo.
—Abre la puerta.
—No.
—Keira.
—No puedes intimidarme —lo oyó moverse detrás de la puerta.
—Ésta es mi casa.
—Ésta es mi habitación.
—Entonces, ábreme la puerta.
Keira empezaba a sentirse más débil.
—No.
—¿Por qué no? —su voz sonó razonable.
—Porque estoy cansada. Tengo que dormir.
—He sabido que has dormido dos horas de siesta esta tarde. No puedes estar cansada. Y puesto que todavía no son ni las nueve, creo que lo que te sucede es que estás asustada, y no cansada.
—¡Vete!
—Ni siquiera estás en la cama. Estás en algún sitio, cerca de la chimenea. Posiblemente, sentada en uno de esos viejos sillones.
Ella cerró los ojos.
—No es asunto tuyo, realmente, pero estoy en la cama...
Hubo un ruido de rasguños y luego el picaporte giró.
Keira se incorporó, sobresaltada, cuando se abrió la puerta.
—Mentirosilla... —dijo Kalen, cuando apareció en el quicio de la puerta.
—No tienes derecho...
—Es mi casa —la interrumpió él, entrando en la habitación, mientras miraba la cama perfectamente hecha—. Mi mujer.
—Yo no soy tu mujer.
—Tú has aceptado mi protección.
—Sí, pero eso fue... —agitó la cabeza. Él no lo comprendía. No quería comprender.
Ella vio su dureza en su mandíbula, el orgullo masculino en su mirada. Se vestía elegantemente, con exquisitas telas, pero no podía ocultar el peligro primitivo del desierto. El desierto era vida. Muerte. Supervivencia.
Y ella vio el desierto en sus ojos, dorados como

las arenas del Sahara. En su piel dorada, como las filigranas de cobre que adornaban el palacio.

Kalen era hermoso. Pero era lo que era: un hombre.

—¿Entonces, qué quieres? ¿Qué quisiste decir cuando aceptaste mi protección?

—Estaba atrapada.

Kalen alzó una ceja.

—Necesitaba ayuda. Sentí pánico.

—Y yo te di ayuda.

—Lo que te agradezco.

—Lo que no agradeces —él caminó hacia ella—. No has sido muy agradecida, en verdad.

En cualquier momento la acorralaría en el sillón, dominándola.

Keira saltó, antes de no tener forma de escapar.

—Si fueras un caballero, no insistirías en la gratitud. Si fueras un caballero, no necesitarías ninguna recompensa.

Él torció la boca en una mueca burlona.

—Pero yo quiero una recompensa. Y no tengo ninguna intención de ser un caballero. Dejo la caballerosidad para los ingleses y los franceses.

El pulso de Keira se aceleró. Lo vio darse la vuelta, mirarla, con las manos en jarras. No se estaba moviendo, pero ella sentía que se estaba aproximando. Sentía su fuerza, su energía, su fuerza de voluntad.

—¿Qué es lo que quieres de mí, entonces? —preguntó Keira.

—Terminar lo que empezamos.

Ella se quedó helada.

—No sabía que habíamos empezado algo —respondió.

—Algo empezó hace años, cuando tú eras una niña dulce y tímida, y me mirabas. ¿Crees que no me daba cuenta? ¿Cómo no iba a darme cuenta? Tú, *laeela,* me mirabas con curiosidad y esperanza —sonrió cruelmente—. Y aún lo haces.

Ella lo miró en estado de shock. Jamás hubiera imaginado que él había notado su interés por él.

Hubiera querido decir algo ingenioso, algo desafiante, incluso mordaz. Pero simplemente sonrió, con ojos de fuego.

Kalen tomó su silencio como asentimiento y

agregó:

—Querrás informar a tus superiores de que no volverás al trabajo, supongo... Y ciertamente no volverás a tu trabajo de animadora.

Ella no sabía qué la hería más, si su falta de control, la pérdida de su estilo de vida, o que él supiera lo que sentía.

—No te gusta lo de animadora, ¿no? —preguntó Keira.

—No.

—¿Por qué no?

—No es apropiado.

—¿Para qué? —preguntó ella con sarcasmo—. ¿Para ser una mujer de Baraka?

—Para mi querida.

Ella tragó saliva. Le faltaban las palabras. Se había preguntado cómo veía él la relación entre ellos. Qué suponía su protección. Y ahora lo sabía.

—Los hombres ya no tienen queridas.

—¿No?

—Y si las tienen, yo no podría ser tu querida.

—¿Por qué no?

—Es... Sería... No tendría sentido.

—¿De verdad?

—Imposible.

—¿Imposible? —repitió él.

—No sería práctico —agregó ella con impaciencia.

Kalen resopló.

—De todos tus argumentos, éste es el más débil de todos.

Ella se puso roja.

—¿Por qué?

—El ser mi querida sería la solución más práctica. Sería decir a todo el mundo que eres mía realmente. Que me perteneces. Que vives conmigo. Refútame esto...

—No refuto a ningún hombre.

—¿A ninguno?

—A ninguna persona.

—Te sorprendería saber cuánto te gusta refutar lo que yo digo.

—Nunca.

—Tú me deseas —dijo Kalen.

—No.

—Yo te deseo —agregó él—. Mucho.
Ella sintió pánico. Sus piernas se debilitaron.
—No puedo vivir así. No viviré así.
—¿Preferirías casarte con Sidi Abizhaid? ¿Te gustarían más sus atenciones?
—Debe haber una tercera opción —dijo ella.
—Lamentablemente, la hija de Omar al-Issidri sólo tiene dos. Lo que ha elegido tu padre para ti, o lo que yo te ofrezco.
—Lo que tú me ofreces es degradante, humillante.
—Bastante menos degradante que echarte debajo de un viejo de Baraka, veinte años mayor que tú, y con visiones de guerra civil en su mente —Kalen se dirigió hacia la puerta—. Yo, por lo menos, *laeela,* te daría placer.
Ella se quedó mirándolo, abrumada por todo lo que había dicho Kalen.
—Y el placer no es poca cosa —agregó él, cerrando la puerta—. Que duermas bien. Buenas noches.
¿Dormir bien? ¿Cómo, después de oír aquello?
No pudo dormir.
Odiaba a Kalen por hacer aquello. Pero era el hombre al que más deseaba. El hombre con el que había soñado, por el que se moría de deseo.
Deseo.
¿Era físico o mental?
Finalmente, se quedó dormida, cerca de medianoche. Y por la mañana, se despertó temprano. Pero descubrió, al bajar y encontrar a Kalen, que éste se había levantado aún más temprano.
—Ya está en su oficina —le dijo la criada, llevando a Keira hacia el salón donde desayunaban—. Siempre se mete temprano en su oficina y luego vuelve.
—¿Cuando tiene visita de mujeres?
—Sí, señorita.
La criada no conocía lo que era la discreción, pensó Keira, sentándose a la mesa para desayunar.
—¿Un periódico, señorita? —le ofreció la criada, extendiendo uno.
Keira quedó fascinada al ver la variedad de periódicos que había, de distintos países.
Keira escogió el de Baraka.
Hacía años que no seguía las noticias del lugar.

No quería pensar en Baraka, ni que la asociaran con una cultura que la hacía sentir rechazada, no deseada.

La única vez que no había podido ignorar las noticias de Baraka había sido cuando el Sultán Malik Nuri se había casado con la princesa Ducasse, hacía varios años. ¿Cómo habría podido ignorar el evento cuando estaba en todos los medios de comunicación?

Había reaccionado con cinismo ante la boda de Malik con la princesa Nicolette. Después de todo, Nicolette era la más aventurera de las princesas Ducasse, muy occidental, culta, instruida. Y sin embargo, había dejado su vida de glamour de occidente para casarse con un sultán.

También había sentido envidia además de ver aquello con cinismo.

Alguna vez había fantaseado con una vida con Kalen.

—Estás muy seria esta mañana.

Keira se sobresaltó, y enseguida cerró el periódico.

—No dejes de leer. Es refrescante ver a una mujer interesada en los acontecimientos del mundo —Kalen se inclinó y le dio un beso en la frente.

Ella se puso rígida a modo de callada protesta. Pero en el momento en que sus labios tocaron su piel, sintió un fuego por dentro.

—La próxima vez serán tus labios —agregó él.

—La mayoría de las mujeres están interesadas en los acontecimientos del mundo.

—¿Sí?

—Sí. Lo que me lleva a preguntarme con qué tipo de mujeres sales.

—¿Celosa?

—Curiosa solamente.

—Muy interesante —comentó Kalen, y se echó hacia atrás cuando la criada le sirvió el café—. ¿Has desayunado ya o me estás esperando?

—No he esperado.

—Bien. No quiero que pases hambre, ni sed —la miró con un brillo pícaro en los ojos—. Sólo que tengas hambre de mí.

Keira intentó controlar su rabia.

—¿Por qué haces esto? ¿Estos comentarios

sugerentes?

—¡Pero si esto es lo que tú has querido siempre de mí!

—Te equivocas.

—Yo soy éste.

Ella no lo creía. Keira sabía que Kalen era un intelectual. Sabía que se había ido de Baraka porque quería algo más de la vida.

—No estoy de acuerdo —respondió.

—*Laeela*, ni siquiera me conoces...

—Pero solía observarte —se le escapó antes de que pudiera pensar en lo que estaba diciendo. Se puso roja—. No eras así de provocativo con otros. Eras más... sincero.

Bruscamente, él se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿por qué me comporto así contigo?

Ella lo miró.

—¿Por qué? —repitió él.

Pero no hubo explicación alguna. Ella se quedó enfrascada en sus pensamientos.

No podía controlarse cuando lo tenía cerca. Volvía a ser una niña de dieciséis años...

—¿Qué estabas diciendo, *laeela*? Te escucho, entusiasmado...

Si fuera verdad, al menos, pensó ella distraídamente, fascinada por su boca. Aquella boca firme, ancha. Imaginó su boca en su cuello, en sus pechos...

—Estás intentando probar algo —dijo ella al fin.

Él medio sonrió, y la quemó con la mirada.

—¿Y qué sería, Keira?

Pensar requería un esfuerzo. Y ella estaba intentando recomponerse de sus propias fantasías.

—Que eres tú quien maneja la situación, supongo —respondió.

—¿Supones?

—Hacerme saber que tú tienes el control.

—Sabes que tengo el control —contestó él suavemente.

Pero ella sintió la autoridad debajo de su suavidad.

—Que es exactamente lo que no quiero.

—¿Por qué?

—Porque tú no deberías tener control sobre mí. Yo

debería tener el control, al menos de mí y de mi mundo.

—Tal vez debieras confiar en mí.

—¿Confiar en qué? ¿De qué manera? ¡Somos tan diferentes! —comentó ella, agarrando una naranja del frutero—. Demasiado diferentes.

Él extendió la mano, tomó la naranja y terminó de pelársela con un cuchillo pequeño. Separó un gajo y se lo acercó a la boca.

—Los hombres y las mujeres generalmente son diferentes.

El gajo estaba fresco y era tentador. Pero ella no podía abrir la boca mientras él la estuviera mirando con aquella intensidad.

—Tómalo —le dijo él.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—Puedo...

Cuando abrió la boca para rechazarlo, él se lo puso en la lengua. Ella cerró la boca instintivamente, mordiéndolo. El zumo estalló, dulce y fresco. Ella se puso roja. Apenas podía masticar y tragar, consciente de que su boca tenía zumo en la comisura.

Bruscamente, él se inclinó y besó el borde de su boca, lamiendo el zumo que asomaba a sus labios.

Ella sintió que su cuerpo ardía con un deseo insoportable, caliente, intenso.

Y luego la besó.

El beso, su repentino beso, la hizo desear más. Apretó instintivamente sus muslos, sabiendo que él era un peligro para su cordura, un peligro peor que cualquier plan de su padre.

—Me asustas —dijo.

Él sólo sonrió.

—Te asustas de ti misma —respondió Kalen, y separó otro gajo de naranja.

Keira lo miró. Jamás había conocido a nadie tan seductor. Observó sus manos, sus dedos...

—¿Por qué podría asustarme de mí misma?

—Porque quieres sentirte tranquila, serena. Pero el deseo físico no es sereno.

—No estoy hablando de deseo.

—Sí, lo estás haciendo.

Keira agarró la naranja rápidamente, antes de que

perdiera el valor, pero en el momento en que sus dedos rozaron los de Kalen, sintió un estremecimiento.

—Pero tienes miedo de lo que sientes —agregó él—. Miedo de la atracción.

—No te tengo miedo.

—Sólo de lo que te haría sentir si estuviéramos solos y te estuviera tocando.

Keira apretó la naranja entre sus dedos.

—No me harías sentir nada.

—Te haría sentir todo.

Ella escondió la cabeza, avergonzada de su propio deseo. Kalen tenía razón. Lo deseaba. Pero tenía miedo del deseo que sentía por él. De haber querido tener experiencia, de haber querido sexo, lo hubiera buscado en alguien menos complicado que él.

—Por favor, Jeque Nuri...

—Por favor, Kalen.

Ella se puso roja.

—No deberías decir cosas como ésas, Kalen.

—¿Por qué no, Keira?

Ella lo miró, desesperanzada, viendo su sensualidad arrasadora. Y su vientre se tensó.

Él debía saber lo que estaba provocando en ella, pensó Keira. Tenía que saber que sus pechos se hinchaban al oír sus palabras, y su vientre ardía. Que su cuerpo estallaba de deseo.

Ella había arriesgado todo a los dieciséis años por ir a aquella fiesta donde estaba él. Había sufrido la vergüenza de haber asistido a una fiesta para adultos, no para adolescentes, la ira de su padre. Pero no le había importado. Habría perdido todo por estar cerca de él.

La inocencia. La dignidad. La autoestima.

De pronto Kalen le sujetó la cabeza y la obligó a quedarse quieta y a mirarlo. El deseo ardía en su mirada de macho depredador. Y ella no pudo moverse al sentir aquel calor. Entonces Kalen bajó su cabeza y la besó en los labios. Luego besó su mejilla, y se deslizó por su cuello.

Ella tembló al sentirlo, y un fuego emanó de su interior cuando él la volvió a besar.

Ella lo deseaba.

Pero si Kalen sabía la verdad, perdería todo

deseo por ella, así como su respeto.

Finalmente Kalen alzó la cabeza y sonrió, mirándola a los ojos.

—Te haré mía —dijo—. Te tendré en mis brazos. Es sólo cuestión de tiempo.

Capítulo 5

KALEN tenía razón. Sólo era cuestión de tiempo. Era inevitable.

Kalen debilitaba sus defensas, y sólo quedaba de ella una mujer hambrienta por él.

Todo en Kalen la hacía desearlo. Su forma de mirar, su boca, su tacto. Su olor. Sus besos.

No podía quedarse allí, en aquella casa, en su mundo. No podía permitir aquella seducción de su mente y de sus sentidos.

Kalen la miró con curiosidad.

—Estás pálida.

—Me vendría bien tomar el aire.

—Entonces, salgamos. Vayamos a dar un paseo. Podemos divertirnos un poco.

Quince minutos más tarde, después de pasar por el verde de los Jardines de Kensington, la limusina se adentró en el tráfico. Y fue entonces cuando Keira volvió a la realidad.

¿Qué diablos estaba haciendo allí, con Kalen Nuri?, se preguntó. ¿Cómo era posible que estuviera allí sentada, con el bolso en la mano, como si fuera lo más normal del mundo?

—No sabes relajarte —dijo Kalen, mirándola, entre llamada y llamada en su móvil.

—Estoy relajada.

—Tan relajada como un gato enjaulado.

—¿Pasas mucho tiempo con gatos?

Él alzó una ceja y guardó su teléfono móvil.

—Tu padre no sabe nada de ti, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no eres nada parecido a una mujer de Baraka, y que tu novio quiere una mujer tradicional. ¿Conoces a tu novio?

—No es mi novio.

—Sólo tu prometido.

—No es mi prometido. Nunca he aceptado casarme con el señor Abizhaid.

—No hace falta que aceptes, si tu padre concede tu mano.

Ella no dijo nada. Sabía que Kalen tenía razón. Se trataba de una ley arcaica.

—Tu padre tampoco sabe que eres una animadora, ¿verdad?

Por supuesto que su padre no lo sabía.

—No.

—Si tu prometido se entera, pedirá la cabeza de tu padre.

Keira apretó los dedos en un puño nerviosamente.

—Con suerte, no se enterará.

—Con suerte.

—Yo no he pedido este conflicto.

Pero ella sabía que su padre era conservador, ortodoxo. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer ella? ¿Adoptar una nueva cultura? Ella era quien era. Y aunque se cambiase el nombre, no podía cambiar su etnia.

—Tú tendrías que saber que el hacerte animadora profesional de un equipo de fútbol americano sería una deshonra para tu familia.

—El que yo sea animadora no tiene nada que ver con mi padre. Yo bailo porque me he preparado para ello. Es algo que me gusta, y si estuviera desafiando a alguien, no sería a mi padre —tomó aliento—. Sería a mi madre. A mi liberal madre, activista, feminista... ¿Contento?

Él frunció el ceño.

—No.

—Me he pasado la vida dividida entre mi padre y mi madre, que tiraban de mí en sentido contrario. Arrastrada hacia dos hogares. No soy ni inglesa ni de Baraka. A los ojos de mi madre nunca he sido lo suficientemente inteligente. Para mi padre, en cambio, he tenido demasiados estudios. Sinceramente, a veces no sé quién soy o qué se supone que debo ser.

—¿Y por eso te marchas a América y te transformas en animadora del vaquero de Dallas?

—¿Por qué no? Ellos me han aceptado. Les gusto. No se han fijado todo el tiempo en lo que hago mal —miró por la ventana y se dio cuenta de que se estaban acercando a la calle New Bond Street, con

tiendas caras de diseño—. Prefiero volver a América y ser un personaje de mi propia invención que volver a Baraka o a Inglaterra y no ser nada.

—Tú nunca has sido nada. Muchos hombres te han querido, *laeela.* Has sido tú quien no los ha querido.

Ella hizo una mueca de disgusto.

—¿Crees que el valor me lo da el ser deseada por un hombre? ¿Que eso me hace sentir que soy una mujer?

—¿No es así?

—¡No! No. No necesito un hombre para ser interesante, o importante, o completa. Estoy bien del modo en que estoy, gracias.

Kalen la sobresaltó, aplaudiendo de repente.

—Así me gusta. Es la segunda cosa inteligente que te oigo decir —agregó.

La limusina disminuyó la velocidad y aparcó en una calle con tiendas lujosas. El chófer abrió la puerta de atrás, y esperó a que Kalen ayudase a salir a Keira.

—Veamos escaparates. ¿Por dónde empezamos?

—Me da igual. Me basta con salir un poco y distraerme. ¿Qué te apetece hacer a ti?

Kalen la miró demoradamente, con una sonrisa.

—Satisfacer tus caprichos.

Ella frunció el ceño.

—No necesito nada.

—Quizás. Pero quieres cosas.

—No...

—Sí.

Ella lo miró, incrédula, y luego dijo:

—¿Todas las mujeres hacen lo que tú quieres?

—Sí.

Ella intentó controlar su indignación.

—Yo no soy todas esas mujeres.

—No, eres mi mujer.

—Yo no te he pedido ser tu mujer. Sólo te he pedido protección...

—Exactamente.

—Pero pensé que sería momentáneo. Una especie de salvavidas en ese momento...

—Te has equivocado.

—Eres muy amable en señalarlo.

—Te lo he dicho, la caballerosidad se la dejo a los ingleses y franceses. Ahora vayamos de compras. A mi manera.

Keira ya no tenía energía para discutir, así que se rindió, y dejó que él hiciera las compras que quería hacer. Y vio que lo tenía muy claro; sabía perfectamente lo que quería y adónde quería ir. Los dependientes de las tiendas a las que fueron lo conocían bien. Señaló esto y aquello. Ropa de día y de noche, abrigos, zapatos, botas, bolsos, accesorios. Keira no dejó de agitar la cabeza, diciendo que no necesitaba tantas cosas, pero Kalen no le hizo caso, y firmó compra tras compra con la tarjeta de crédito.

—Dime que hemos terminado —le suplicó Keira mientras llenaban la limusina de bolsas de compras.

¡Su madre había despreciado tanto la moda, diciendo que las mujeres inteligentes necesitaban firmeza, no artificio! Mientras que su padre pensaba que las mujeres debían cubrirse y llevar velo y quedarse en casa.

—Casi —contestó él.

—¿Qué falta comprar? Tenemos zapatos, abrigos, ropa de día, ropa de noche...

—Ropa interior.

Cuando Keira se dio cuenta de que Kalen la pensaba llevar a comprar ropa interior, se le aflojaron las piernas.

—No.

—Necesitas lencería.

—Eso es personal.

—Los hombres suelen comprar lencería para sus mujeres.

—Para mí, no.

—Hasta ahora —replicó Kalen.

Ella sintió un cosquilleo que empezaba en su vientre y terminaba con un nudo en la garganta.

—Al menos, deja que compre yo mi ropa interior —dijo Keira con voz sensual.

Al darse cuenta, desvió la mirada, confundida con aquella mezcla de deseo, temor y atracción. ¿Se sentirían así todas las mujeres cuando se encontrasen con un hombre tan innatamente sensual y abrumadoramente sexy?

—Lo siento. No puedo. Lo primero que harías sería correr a unos grandes almacenes baratos.
—¿Y qué hay de malo en ello?
—Nada. Si eres una mujer inglesa de clase media —la miró—. Y tú no lo eres.
Keira le sostuvo la mirada.
—¿Y qué soy, entonces?
—Sabes bien lo que eres.
—Pero tú no has hecho pronunciamiento alguno... Quiero decir que no hay nada legal, ni contractual...
—¿Crees que los papeles cambiarían algo? ¿Crees que yo dejaría que alguien te arrebatase de mi lado? —preguntó Kalen, sonriendo afectadamente.
Ella no podía hablar.
Kalen se rió sensualmente, con voz ronca. Y ella tuvo la sensación de que la había desnudado súbitamente.
—Mataría al hombre que te tocase.
—No puedes decir eso —protestó ella.
—Puedo decir lo que me dé la gana —la miró con ojos de fuego—. Y tú también puedes decir lo quieras. Conmigo, siempre debes decir lo que piensas. Aunque yo no esté de acuerdo contigo.
Keira agitó levemente la cabeza y comentó:
—Tú eres un hombre de Baraka.
—Sí.
—Un jeque.
—Sí.
A ella no se le ocurrió nada más que decir. Quizás aquello era todo lo que necesitaba decir.
—Terminemos con las compras, así podemos irnos a casa y relajarnos —dijo Kalen, poniendo una mano en la espalda de Keira, dirigiéndola hacia la siguiente boutique.
Ella sintió el calor de su mano irradiarse a todo su cuerpo.
De pronto, Kalen se puso detrás de ella, muy cerca, y Keira sintió sus estrechas caderas masculinas rozar su trasero y sus hombros contra su espalda.
Kalen se acercó más, y le dijo al oído:
—Te gustará la lencería fina, *laeela*. Te gustará que te cubra con el encaje más exquisito, y la seda

más suave. Te sentirás un poco pícara, muy desnuda, cuando las prendas despierten tu imaginación...

Su aliento acarició su oreja, y ella se estremeció. De repente sintió su mano acariciando la curvatura de sus caderas, por encima de la redondez de su trasero.

—Yo te cuidaré, *laeela,* como ningún hombre podría hacerlo.

Keira se sintió mareada y aterrada con aquellas palabras. Y se movió levemente. Él la agarró más fuertemente.

—Déjame que te vista —le susurró al oído—. Así podré desvestirte. Una y otra vez.

Aquello tenía que parar. Ella tenía que recuperar el control.

Con los ojos entrecerrados, respiró profundamente, y dijo:

—Para. Para lo que estás haciendo.

—No estoy haciendo nada.

—Estás haciendo todo.

Él se rió suavemente.

—*Laeela,* ni siquiera hemos empezado.

En la tienda de lencería fina, Kalen compró delicados camisones y conjuntos de braguitas y sujetadores de gusto muy europeo, cada conjunto de al menos trescientas libras.

Keira estaba asombrada de las cifras que manejaba.

—Kalen, no —le susurró Keira mientras envolvían las piezas de encaje y seda—. Es muy extravagante, demasiado dinero...

—Sí, Kalen, querido, demasiado dinero —una voz femenina repitió en tono sensual por detrás de ellos.

Keira miró a Kalen y luego a la mujer que se había acercado a ellos. Una rubia deslumbrante, alta, delgada, pero agraciada con las perfectas proporciones.

—Hilary —dijo Kalen sin sonreír, inexpresivamente.

—¿Otra vez de compras? —dijo Hilary, sonriendo con cierta mal disimulada amargura.

Kalen no contestó, y Hilary volvió a sonreír con blanquísimos dientes.

—Ya que has sacado la cartera, querido, no te olvides de comprar algo para mí. Estoy segura de que recuerdas mi talla. Te encantaba comprarme ropa, ¿no lo recuerdas? Todo de encaje, de seda...

Keira sintió una tensión en el estómago. Y náuseas. Desvió la mirada. Se excusó, se volvió a la dependienta y le pidió que le indicase dónde estaba el aseo.

Una vez allí, se lavó las manos con agua fría y respiró profundamente. Hilary. Sabía que existían mujeres como Hilary, pero no quería conocerlas.

La puerta del aseo se abrió y Keira vio aparecer a Hilary. Ésta seguía sonriendo.

—No eres la primera —le dijo acercándose a ella con andares felinos.

—No sé de qué estás hablando —respondió Keira.

—Venga, ahora estamos solas... Podemos ser sinceras —Hilary se apoyó en el lavabo de mármol rosa—. Tú eres su nueva chica. Su nuevo juguete a quien mimar. Yo he estado en ese lugar, y he hecho lo que tú estás haciendo ahora con él...

—No es así —dijo Keira, agarrando una toalla de papel.

—Sí que lo es... Veamos si puedo refrescar tu memoria. Pulseras de diamantes... Un nuevo ropero... Lencería extravagante... Las mejores sedas y encajes para que él los quite y los ponga —sonrió Hilary malévolamente, achicando los ojos—. ¿Te resulta familiar?

Keira sintió un nudo en la garganta. No pudo contestar.

—Sabes lo que viene después, ¿verdad? —Hilary se cruzó de brazos, satisfecha—. Te darán llaves de tu nueva casa, un ático muy bonito para la nueva querida... Pero pronto sabrás que te has unido a su club. Que eres una más.

—¿Su club? —repitió Keira débilmente.

—Una de sus chicas. Como te he dicho, tú no eres la primera. Y no serás la última. El jeque no se queda con ninguna por mucho tiempo.

—Esto es un malentendido... —dijo ella.

—O eres tú quien lo ha malinterpretado... —dijo Hilary—. Lo conozco desde hace tres años, y he sido su amante durante casi dos. Y eso es mucho tiempo

para Kalen. No es un hombre que se deje atrapar. No está dispuesto a perder su estilo de vida por hacer feliz a ninguna mujer.

—¿Y cuál es su estilo de vida?

—Hacer todo lo que le dé la gana. Ir de viaje... Tomar otra amante...

—Yo eso no lo aguantaría...

—Eso es lo que dices ahora, pero cambiarás. Te darás cuenta de que ser la mujer del jeque tiene sus ventajas, tanto económicas como sociales... Uno de los hombres más poderosos del mundo es quien se ocupa de ti...

—No me interesa el poder. Ni el dinero. Puedo comprar cosas con mi propio dinero.

—Ah... ¿Y puedes darte placer también? Porque nadie, nadie, sabe amar a una mujer como lo hace Kalen Nuri.

Keira se puso roja. Un calor intenso se apoderó de su cuerpo, un ardor que no comprendía de dónde provenía.

Lo único que sabía era que tenía que salir del aseo cuanto antes.

Atravesó la tienda y salió. Se quedó de pie al lado de la limusina.

—¿Todo bien? —preguntó Kalen, frunciendo las cejas.

—Sí —Keira se sentó en la limusina, se cruzó de piernas tratando de disimular que estaba temblando.

La escena con Hilary la había enervado completamente.

Kalen la observó.

Hilary había dicho cosas horribles. Pero sabía que eran ciertas. Lo peor era saber que las mujeres se morían por que Kalen les hiciera el amor... Y que ella también se moría por que él le hiciera el amor.

Aquello iba muy mal.

Pero ella no era como aquellas mujeres que lo querían por su dinero o por su poder. Todos aquellos años ella lo había amado por sí mismo.

«Amado», pensó. No podía ser amor. No podía ser.

—¿Has hablado con Hilary? —Kalen rompió el silencio.

Keira alzó la mirada, y contestó:

—Creo que sería más preciso decir que fue ella

quien me habló.

—¿Qué te ha dicho?

—Oh. Las tonterías que suele decir la gente de un jeque.

—¿Qué cosas? —Kalen la miró, serio.

—Que te quiero por tu dinero. Que me gusta este estilo de vida...

—¿No te ha dicho nada de un estupendo sexo?

La ansiedad se apoderó de ella, pero intentó disimularlo.

—Lo siento, pero no ha dicho nada de eso —mintió Keira.

—Me siento decepcionado.

—Por supuesto, lo comprendo.

—¿Qué quieres decir?

Ella le clavó la mirada.

—¿Qué crees?

A él le gustaba que ella lo mirase así, con desconfianza y sospechas, pero con curiosidad. Con aquellos ojos azules tan profundos.

Keira tenía razón. No era una mujer de Baraka, ni una inglesa. Pero era hermosa, exótica, y él había vivido en occidente el tiempo suficiente como para que no le gustase la idea de que las mujeres fueran apartadas, y que fueran un objeto bonito sentadas a la mesa de un hombre para acompañarlos a cenar. No quería mujeres adorables, cubiertas hasta los ojos, ocultas tras sus ropas. Las mujeres eran como una obra de arte. Una mujer bonita hacía que todo fuera más interesante. Una mujer guapa debía poder mirarse, reverenciarse, respetarse.

Solía decirle a la gente que él era demasiado liberal para ser un hombre de Baraka, que se había hecho demasiado occidental y que por ello se había mudado a Londres. Pero por supuesto no era la verdad.

En realidad él no se había marchado de Baraka. Era posible que diera la impresión de haberse apartado de sus responsabilidades y de su familia, y de que se hubiera establecido cómodamente en la decadente vida londinense, pero su corazón seguía en Baraka.

Su trabajo estaba allí también.

Sus negocios eran una tapadera. Y sí, él hacía

negocios, compraba, vendía cuando quería. Pero aquello era sólo una cubierta para su verdadero trabajo. Un auténtico secreto. Nunca hablaba de él.

—¿Por qué no te has casado nunca? —preguntó Keira.

—No me interesa —respondió Kalen, encogiéndose de hombros—. No quiero compromisos duraderos.

—Pero tienes treinta y tantos años.

—¿Y?

—¿No quieres amor? ¿Hijos? ¿Familia?

Él la miró. Era hermosa, pensó.

—No —respondió.

—¿Nunca?

—Nunca.

Finalmente la acalló. La observó sentada en un extremo del asiento. Y hubiera jurado que a sus ojos asomaba el brillo de unas lágrimas.

Luego la vio cerrar los ojos. Y cuando los volvió a abrir ya los tenía secos.

—He tenido amantes en lugar de novias, porque me conviene —le explicó—. Como les conviene a ellas. Soy un hombre rico. Las mujeres aman a los hombres ricos.

—¡Qué desagradable! —murmuró ella, intentando disimular sus emociones.

Él lo notó y la deseó más todavía. Resistió el deseo de tirar de ella hacia él y de besar su boca, su cuello, jugar con su lengua...

La deseaba.

La necesitaba.

Se excitó.

Pero el deseo necesitaba inteligencia. Respeto. Contención. Seducción. Satisfacción.

Kalen se excitó más que nunca. Le hubiera gustado perderse en ella. Y de no haber sido ella tan poco experimentada, la hubiera hecho suya allí mismo. Le habría gustado separar sus piernas y colocarla en su regazo, y adentrarse en ella. Podía sentir su cuerpo tensarse alrededor de él, sentir su estremecimiento en sus manos viriles, sus caderas femeninas contra su boca...

Keira sintió que le faltaba el aire. Estaba pasando algo. El aire se había espesado de repente, y tenía la sensación de que Kalen había encendido su

piel con una cerilla.

Era curioso, porque él ni siquiera la estaba mirando.

Ella lo deseaba, podía sentirlo casi, a pesar de la distancia entre ellos.

Podía sentir sus manos en sus caderas. Sentir su cuerpo frotándose contra el de ella. Su piel sería suave, dura, increíblemente tibia...

Con los ojos entreabiertos intentó borrar aquellas sensaciones que pedían desesperadamente que él la llenase, la saciara.

Imaginó sus manos separando sus piernas, su cuerpo caliente entrando en el lugar más ardiente de ella, caliente y blando. Su entrega después de la tensión, la liberación de sus sentidos. El alivio de dejarse ir, de que la dejase libre...

¿Cómo sería tenerlo dentro? ¿Que le hiciera el amor? ¿Sería generoso con ella?

Keira lo miró, incapaz de esconder nada. Y cuando él la miró, ella hubiera jurado que le había leído el pensamiento.

«Sí», pensó, sintiendo que el calor iba en aumento. Kalen sería generoso. Sería como siempre había soñado que debía ser un hombre.

Sus caricias serían suaves y firmes a la vez. Sus besos calientes...

Tenía la respiración agitada. Se pasó la lengua por el labio superior.

—¿Y? ¿Qué piensas? —preguntó Kalen.

Keira no pensaba nada. Sólo nadaba en un mar de deseo. Era difícil concentrarse, o hablar.

—¿Acerca de qué? —dijo finalmente.

—Acerca de tu nueva casa —dijo él, mirando por la ventana—. Es el edificio que tenemos delante.

Acababan de cruzar el Támesis, y frente a ellos, a orillas del río, tenían un edificio nuevo de acero y cristal.

¿Por qué tenía una nueva casa? Jamás tendría que haber abandonado Dallas. Nada de aquello tenía sentido.

—Aquí no es donde vives tú.

—No. Es donde tú vives —Kalen hizo una pausa—. Cuando no duermas conmigo.

De pronto Keira recordó la cara de Hilary y sus

palabras.

Keira sintió una opresión en el pecho. Ganas de llorar.

Si Kalen creía que podría dejarla en un apartamento, esperándolo todo el día, estaba muy equivocado.

Era posible que él creyera que ella era su mujer y que la tratase como tal. Pero no estaba dispuesta a entrar en su juego.

«Déjame aquí», pensó. Dime adiós. No me importa. Porque en cuanto te marches, yo también me iré.

Capítulo 6

EL HABRÍA hecho aquello muchas veces, pensó Keira mientras él le mostraba su nuevo apartamento.

Kalen estaba tranquilo, abriendo y cerrando puertas, armarios, mostrándole obras de arte, y objetos lujosos.

¿Cuántas veces habría hecho aquello?

El apartamento estaba decorado con un gusto y una elegancia que sólo el dinero podía comprar. Y tenía unas maravillosas vistas sobre el Támesis.

—Todo esto para mí —comentó ella.

—Necesitas tu espacio cuando no estés conmigo.

—O sea que, ¿se me permite tener libertad? ¿Puedo salir sola? —preguntó como si se estuviera burlando de él.

¿Cuánta independencia le daría? Si ella se marchaba, ¿cuánto tiempo tendría hasta que él la encontrase?

—Por supuesto que puedes salir, acompañada, no sola. Es peligroso que estés sola.

—¿Peligroso? ¿Para quién? No estamos en Baraka, Kalen.

—No. Y tú no quieres estar en Baraka —Kalen endureció el gesto—. Créeme, tú no quieres volver allí. Ahora, no, después de lo que suceda con tu reputación.

—Entonces, ¿mi reputación está arruinada?

—Casi.

—¿Qué hace falta para destruirla completamente?

—Una semana más, o dos, sola conmigo.

Entonces, eso no sería problema. Porque no pensaba permanecer allí ni una noche.

—Pero está dañada ya —agregó Kalen, como si pudiera leer sus pensamientos—. Todo el mundo sabe lo que ha sucedido. En Baraka todo el mundo habla de ello.

Keira se sentó en uno de los sofás de seda que había en la sala.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerme? «¿Dos semanas? ¿Cuatro?», pensó Keira.

Él no contestó inmediatamente.

—Siempre —respondió luego.

—¿Siempre?

—No tengo intención de dejarte marchar.

—Hilary dijo...

—Hilary no está aquí.

Keira miró por el ventanal que daba al río.

—Pero has dicho que no te casarías jamás... Y yo nunca he querido ser la querida de nadie.

—Tú no eres la querida de cualquiera. Eres mía.

—No veo la diferencia.

Kalen le puso una copa de vino en la mano.

Keira lo aceptó.

Habían cenado tarde después de ir de compras. Y en aquel momento una copa de vino le vendría bien, pensó ella.

Tenía que olvidarlo.

Había oído decir que Kalen Nuri era despiadado. Hasta había visto un informe en el escritorio de su padre en el que ponía que era un peligro para muchos de los que trabajaban en palacio. Pero no había querido creerlo. Ella había querido pensar que era bueno.

Sintió una pena en su corazón.

El apartamento incluía un mayordomo, una cocinera y un ama de llaves.

Recordó que ella era la chica de la semana y volvió a ponerse furiosa.

—¿Cuánto hace que vivió aquí tu última amante?

—Hilary nunca ha vivido aquí.

—Pero otras mujeres han vivido aquí, ¿verdad?

Keira vio el fuego en sus ojos cuando contestó:

—Este apartamento ha estado vacío durante meses. Tú no has echado a nadie de aquí.

Keira volvió a sorber el vino.

—¿Meses sin una mujer? Es admirable... —comentó.

Las facciones de Kalen se tensaron con enfado.

—He tenido mujeres, *laeela.* Pero no he mantenido a ninguna últimamente.

Keira notó la tensión entre ellos, y se puso de pie. Caminó hacia el ventanal.

Era tan arrogante, tan despiadado, pensó. Un

jeque en toda su gloria.

«Bastardo», pensó.

Tragó saliva e intentó controlarse mirando el río, la vista del Parlamento, el Big Ben...

No logró apaciguar su furia.

Todo lo que había dicho Hilary era verdad. Kalen rompería su corazón. Nuevamente.

Miró su copa de vino.

—Yo no soy como tus otras mujeres —observó—. No me merezco esto. Y menos de ti... alguien de mi tierra, de Baraka...

Él no dijo nada. Ella se giró para mirarlo.

—Sabes bien lo importante que es la reputación de una mujer, Kalen. Sabes bien lo que me haces con esto.

—No se puede confiar en tu padre.

—¿Y por eso me destruyes? ¿Arruinas mi reputación, cambias mi vida?

—Serás recompensada.

—¿Cómo? ¿Con qué? ¿Con dinero? ¿Con regalos? ¿Con placer en la cama? —el dolor se estaba instalando en su corazón.

Kalen caminó hacia ella.

—Tendrás todo eso, y más.

—¿Más? —se rió ella con amargura—. Su Excelencia, usted querrá decir «menos».

—Su Excelencia —repitió él, tocando su frente—. Me tienes miedo. No tienes que tenerme miedo. Jamás te haría daño.

Ella no podía disimular su temblor. Un solo dedo de Kalen en su piel y ardía.

—Tú ya me has hecho daño —dijo ella con voz quebrada—. Me has obligado a venir aquí, y has comprometido mi reputación...

—No soy tan malo, *laeela.* Puedo ser muy amable. Y paciente. He entrenado a muchos halcones, he trabajado con los más tímidos y los más fieros. Te prometo que seré muy paciente y gentil contigo.

Ella no pudo desviar la mirada.

—Yo no te deseo.

—Sí, me deseas. Pero algo te frena. Y no creo que sea la modestia. Tienes veintitrés años, tienes estudios, eres una mujer independiente. Hay algo más que te asusta. Algo más que te hace huir de mí.

Ella se dio la vuelta bruscamente.

Necesitaba respirar. No podía admitir aquello delante de Kalen.

Un hombre le había hecho daño, y ella le tenía miedo a los hombres. Pero ése no era el motivo por el que temía a Kalen. Ella le tenía miedo porque lo que quería de él era estabilidad, seguridad, permanencia. Y él no se comprometía.

Ella quería amor. Él quería conquista sexual.

Ella necesitaba optimismo. Y él era el hombre más cínico del mundo.

Echó la cabeza hacia atrás. Se sentía expuesta emocionalmente, y físicamente. Luego la enderezó.

Lo miró un momento. ¿Cuántas veces había soñado con él? ¿Cuántas veces había cerrado los ojos y se lo había imaginado?

El pasado rompía su corazón, del mismo modo en que una vez la había roto a ella físicamente.

—Kalen... —dijo ella con ansiedad.

—Ahí lo tienes... Ahí está el miedo. Es real —dijo él, frunciendo el ceño.

La boca de Keira tembló.

—Es real porque no puedo ser tu querida. No puedo ser tu juguete. No es justo, Kalen.

Kalen tenía razón. Tenía miedo. Miedo de su propio deseo, tan intenso que no sabía qué hacer con él. El deseo la hacía vulnerable...

—La vida no es justa. Pero puedo hacerla más equitativa.

—Pero lo que tú me propones es menos equitativo.

Kalen la miró con deseo. Sus ojos ardían. Y ella casi pudo ver cómo la estaba viendo Kalen. Y eso le hizo sentir más calor.

Ella necesitaba más, deseaba más.

Entonces él la rodeó con su brazo y tiró de ella. La apretó contra su cuerpo y le hizo sentir su fuerza.

Ella intentó ignorar las sensaciones que fluían de su cuerpo, pero él estaba caliente, era grande, sólido, y todo su ser reaccionó, incluido su pulso, que se aceleró. Su cuerpo femenino se debilitó. Aquello era una tortura.

—Te deseo —dijo él—. Mucho.

Keira agitó la cabeza, sorprendida por unas

lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos. Jamás había pensado que un hombre como Kalen Nuri podría estar interesado en ella. Él era rico, poderoso, un hombre con éxito.

Aun siendo pobre, podría haber tenido a cualquier mujer que quisiera, con aquella cara, esos ojos que la hacían rendirse a sus pies.

Cuando la miraba, no podía pensar en nada.

Como en aquel momento, en que no podía pensar, ni respirar.

Lo miró a los ojos.

—Nos lo tomaremos con calma —dijo él, abrazándola firmemente—. Iremos paso a paso.

Ella no comprendió qué quería decir. ¿Un beso, una caricia, seducción, consumación? ¿Y después qué? ¿Qué pasaría cuando se hubiera terminado?

Ella no podía ver el futuro. Pero sabía que deseaba a Kalen con todas sus fuerzas.

—Paso a paso —repitió él.

Ella estaba mareada de deseo. Lo deseaba. Deseaba que la besara, sentir su calor. Quería saber todo lo que pudiera acerca de él.

¿Seguiría oliendo a especias? ¿Seguiría sabiendo a oro y sol?

—Te has quedado callada... —rompió el silencio Kalen.

—No sé qué decir.

—«Sí, Kalen», es todo lo que tienes que decir —respondió él.

Kalen rompería su corazón. Ella tenía que marcharse. Esa misma noche. En la primera oportunidad que tuviera.

—Si digo «sí» a todo, me meteré en problemas.

—La vida puede ser una aventura. Y a ti, *laeela,* debe gustarte la aventura como a mí. Porque has estado buscando algo durante mucho tiempo.

Keira se estremeció. Sus labios temblaron y él lo notó. Entonces le acarició la boca.

La sensación fue intensa, aguda. Y ella debió hacer un sonido inarticulado porque él la miró, y le dijo:

—Será muy placentero jugar contigo, *laeela.*

Entonces bajó su cabeza y la besó brevemente.

—Todavía te resistes —murmuró.

—Tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacerlo —la besó otra vez, más suavemente, con más ternura.

Y aquello le quitó el aliento.

Por un momento se sintió tan a salvo... que deseó tirar de él y abrazarlo. Abrazar lo bueno que seguramente habría en él.

La embriagó la emoción. Sintió un calor intenso de deseo. Sus labios temblaron bajo los de Kalen. Ella se apoyó un momento en el cuerpo duro y fuerte que la rodeaba. Aquello era como un trozo de paraíso, el gusto de la gloria. Sentir su boca en la suya, sus brazos, su fuerza sujetándola.

¿Encontraría alguna vez lo que estaba buscando?

¿Estaría la felicidad al otro lado del arco-iris?

La necesidad de amar y de ser amada era tan fuerte que casi le faltaba el aire. ¿Era malo sentir tanto?

Kalen alzó la cabeza, y dijo:

—Es muy difícil marcharse de tu lado...

Ella sintió un gusto agridulce. Si al menos fuera cierto que la deseaba por sí misma. Pero se trataba de ambiciones políticas, de poder. Aquél era el juego de un hombre rico. Y por eso se marcharía.

—¿Es ésa una de tus típicas frases de despedida?

—No me insultes —dijo él, echando la cabeza hacia atrás y mirándola con ferocidad.

—Sólo intento que seamos sinceros.

Las palabras de Keira resonaron en la mente de Kalen, como una herida en su consciencia.

De pronto, sus dos vidas, la pública y la privada, parecían estar a punto de chocar. Ella sólo quería que fueran sinceros...

Sonrió de medio lado, ante la imposibilidad de la situación.

Ella era tan abierta, tan cándida, y él era todo subterfugio y juegos sucios.

Sintió un calor en su sien.

La deseaba, y sabía que si la hacía suya, provocaría su ruina, y avergonzaría a su familia.

Y ése había sido el plan.

Y seguía siéndolo.

Desde el principio había sabido que tendría que hacer aquello, tenía que asegurarse de que Keira ya

no era deseable, de que ya no podía casarse, sabiendo que no había tenido relaciones íntimas con ningún hombre. No sabía bien cómo lo sabía, pero reconocía sus momentos de lapsus, la confusión de sus ojos, la atracción física. La habían besado alguna vez, la habían tocado. Pero no como quería hacerlo él. Como deseaba amarla él.

Pero no iba a amarla. Iba a herirla. Iba a avergonzarla. Él era el villano allí, tan despiadado como Ahmed Abizhaid.

—Al menos deberíamos ser sinceros el uno con el otro —agregó Keira.

Por un lado ella hablaba de miedo, y por el otro, tenía la seguridad de una mujer que sabía lo que quería. Que expresaba sus sentimientos con libertad.

Era una mujer de Baraka y de Occidente a la vez.

Una extraña curiosidad en su mundo. Y por un momento se imaginó con ella antes de haber asumido ciertas responsabilidades, la vida de un hombre que tenía un tiempo infinito en sus manos, la vida de un hombre que iba a dirigir las tribus de las montañas, un hombre con un enorme territorio, un territorio del continente norteafricano que aún esperaba que volviera su dirigente.

Luego Kalen pensó en Malik, imaginó a sus sobrinos y su determinación se hizo más fuerte.

Terminaría lo que había empezado. Había una razón para ser quien era. Y una razón para que hiciera lo que hacía.

—Si quieres sinceridad, *laeela,* seré sincero: habla por ti, no por mí —se dio la vuelta y se apartó antes de poder ver la expresión de tristeza en la cara de Keira.

Porque no quería verla.

La dureza de Kalen le quitó el aliento, y las lágrimas que había estado reprimiendo brotaron de repente.

Los pasos de Kalen sonaron. Ella alzó la mirada. Miró su espalda. Se estaba marchando.

Kalen Nuri. Esperanza. Sueño. Fantasía.

Y ella quería la fantasía. Aún la quería. La quería más que nada en el mundo.

Pero no sabía qué decirle. No podía llamarlo. No podía decirle lo que había que decir.

Lo observó marcharse. Luego sonó la puerta de entrada.

Era mejor así. Era mejor que él se fuera enfadado. Y mejor para ella que siguiera enfadada, se dijo, reprimiéndose las lágrimas.

Sería más fácil marcharse. Así tendría más fuerzas.

No tenía que pensar en Kalen. Tenía que pensar en sí misma. En su supervivencia.

Y entonces sonó el timbre de la puerta. Su corazón dio un vuelco, de deseo y esperanza.

Tal vez hubiera vuelto para disculparse. Quizás ella le importase más de lo que él estaba dispuesto a admitir. Tal vez aquello entre ellos fuera más que política y poder.

Impulsivamente, Keira abrió la puerta antes de que apareciera el mayordomo. Y mientras abría la puerta su débil sonrisa dio paso a un gesto de confusión. Y entonces comprendió.

Pero cuando abrió la boca para pedir socorro ya era tarde.

Kalen había apagado el teléfono móvil durante la cena de negocios.

Él sabía qué estaba sucediendo en el ático, porque él era quien había tendido la trampa.

Había permitido que los siguieran aquel día. Sabía que Keira y él habían sido observados, había visto a los hombres siguiéndolos, y sabía que estaban al acecho en el ático.

Y entonces había hecho una gran representación en el momento de marcharse. Había provocado la pelea y se había marchado deliberadamente, sabiendo que dejaba un caos tras de sí.

Incluso había quitado medidas de seguridad para que el edificio fuera más vulnerable.

Y había dejado expuesta a Keira.

Sus reuniones de aquella noche habían ido bien, una buena tapadera. Pero habían durado mucho. Una feliz coincidencia. Ahora, a las once de la noche, después de que los inversores se hubieran marchado en sus taxis a sus respectivos hoteles, Kalen se estaba dirigiendo a su limusina.

—¿Adónde, señor?

—Al ático —respondió, acomodándose atrás.

Llegaron en quince minutos. Había coches de policía formando barricadas en la entrada, y la puerta de entrada había sido clausurada.

Algo había sucedido.

Kalen salió de la limusina y se quedó observando la situación.

Luego vio a su mayordomo, el señor Wellings, hablando con dos hombres que estaban tomando notas. Detectives, supuso Kalen.

Brillaron más flashes. Kalen miró hacia atrás y vio las cámaras de televisión y los fotógrafos.

Noticia de primera página.

Sintió un malestar en el estómago. No había esperado sentir remordimientos. Ni emoción.

Salió en dirección al señor Wellings y los detectives.

—Su Excelencia —dijo el mayordomo—. ¡Lo siento tanto! He intentado llamarlo por teléfono... Ella se ha marchado.

Había sucedido. Omar al-Issidri había reclamado a su hija.

Como lo había planeado Kalen.

Capítulo 7

DENTRO del Mercedes, los hombres se identificaron como personas que trabajaban para su padre.

Ella no se sorprendió. Tenían que trabajar para su padre o para Ahmed Abizhaid, y si tenía que escoger entre dos demonios, o como había dicho Kalen, «elegir su veneno», prefería a su padre.

Mientras el coche se dirigía hacia el aeropuerto, uno de los hombres le dio una túnica.

—Cúbrase —le dijeron.

No le había gustado su actitud ni su tono. Pero obedeció. No le quedaba más opción. Y aparte de esa orden, no hubo más conversación mientras se dirigían a la terminal privada del aeropuerto.

Al parecer, el plan de vuelo había sido aprobado más temprano, y partieron inmediatamente.

Keira no durmió en el vuelo. Su cabeza dio vueltas y vueltas. Y la única certeza que tuvo fue que su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados. Otra vez.

Cuando llegó la madrugada se sintió agotada. Tenía los ojos secos. Cuando salió el sol miró por la ventanilla y vio el brillo de la arena blanca.

Le habían servido un zumo y unas pastas.

El avión aterrizó en un aeropuerto privado, rodeado de agua y arena. Antes de que pasaran del avión a un helicóptero, Keira se preguntó dónde estarían. ¿En Dubai, tal vez? El helicóptero era grande. Podían viajar en él seis personas cómodamente. Y después de despegar volvieron a atravesar kilómetros y kilómetros de arena. Luego pasaron una cadena montañosa, que escondía un valle detrás. Y luego más montañas con cimas nevadas aún, hasta que todo se volvió plano y beige nuevamente. Más arena.

Ahora estaban descendiendo, aterrizando en un remoto rincón de Baraka. Un lugar entre las Montañas Atlas y la frontera de Oahua, un territorio bereber

independiente que ningún gobierno había podido dominar, aunque muchos lo habían intentado.

Cuando se abrió la puerta del helicóptero, la golpeó una bofetada de calor. Sus acompañantes la hicieron caminar hacia delante, mientras el viento levantaba la arena a su alrededor.

Keira se arregló el manto que cubría su cabeza. Era una sensación extraña aquélla de estar en Baraka.

Pero el viaje no había terminado todavía. La esperaban hombres vestidos con túnicas, sujetando dromedarios. Ella debía viajar en ellos.

Cuando se acercaron los dromedarios, tuvo que agachar la cabeza para protegerse del viento que acababa de cambiar de dirección.

El dromedario se agachó y ella se sentó en su lomo. El viento penetraba en su turbante, llenando sus ojos y nariz. Tosió, volvió a toser. Baraka. Tierra de miles de sueños.

El pasado se apoderó de ella, el confinamiento, las murallas, la falta de libertad. Sus recuerdos de Baraka no eran nada felices.

Se acomodó en el lomo del dromedario, tratando de que no la rozara la manta de lana que tenía el animal a modo de silla, tratando de encontrar una postura cómoda.

El hombre del dromedario ordenó a éste que se levantara. Keira se agarró al cuerno de la silla para sujetarse mientras el animal emprendía el viaje.

Su padre la había llevado a los confines de la tierra, a kilómetros del civilizado Atiq.

La había aislado intencionadamente, apartándola de amigos, familia, y ayuda. Seguramente lo que sucedería después no fuese nada bueno.

—No es bueno —dijo el Sultán Malik Nuri, hablando por teléfono con su hermano Kalen desde su palacio de Atiq—. Has creado un escándalo internacional. Has hecho que Baraka se convierta en noticia por algo poco halagador.

Kalen, aún en Londres, estaba al tanto de las noticias. Era natural. Él las había creado.

—Pasará al olvido.
—No, si haces lo que sé que intentas hacer.
—Abizhaid ha sido una amenaza durante años.
—No puedes eliminarlo sin más —suspiró Malik—. Sin causa.
—Hay una causa...
—No estoy hablando de sospechas...
—Yo tampoco. Ha sido él quien ha estado detrás del ataque que sufriste hace cinco años. Él planeó el atentado y lo llevó a cabo.
—No tienes pruebas.
—Tú confías muy fácilmente.
—Y tu demasiado poco.
—Es por eso que tenemos trabajos diferentes —dijo Kalen.
Malik se quedó callado, y cuando habló, lo hizo con tono grave:
—Su padre quiere que haya una reparación.
—No ha sucedido nada.
—No seas necio. Sabes que has arruinado su reputación. Que has deshonrado a una joven de buena familia. Que has deshonrado a la hija y al padre. ¿Quién va a quererla ahora?
Kalen no contestó. Luego dijo:
—Sé que ella está en peligro. He hecho planes.
—Abizhaid quiere que sea castigada.
Lo que Malik estaba diciendo sin usar las palabras exactas era que, en su cultura, Keira debía restituir el honor a su familia, a través del matrimonio o de la muerte.
—Jamás debería haber sido usada como anzuelo —agregó Malik después de un largo silencio—. Si sufre algún daño...
—No lo sufrirá.
—Estoy dispuesto a intervenir...
—No tendrás que intervenir. Sé lo que estoy haciendo.

Keira se incorporó en el colchón tendido en el suelo de la tienda, flexionó las rodillas y se las abrazó.
«Un día», contó silenciosamente, envolviéndose las piernas con su túnica. «Dos días. Tres días».

Tres días de aislamiento. De interminable silencio.

Ella había pasado veranos en Baraka, en los que había estudiado el idioma, había asistido a clases particulares de religión, veranos de cubrirse con túnicas, a pesar del intenso calor, veranos en que había visitado museos y había aprendido el sentido histórico de cada uno de los antiguos artefactos, pero no había conocido aquella Baraka de tiendas, caravanas, dromedarios, nómadas.

Nunca había estado detrás de las Montañas Atlas, nunca se había despertado en una tienda del desierto con el cielo del color de la sangre y el viento golpeando las lonas.

Baraka había sido muy extranjera para ella, muy extraña después del fresco de Inglaterra, y no obstante, ese desierto, tan marrón e interminable, le resultaba aún más ajeno.

Allí se sentía como un árbol quemado y reseco, queriendo sobrevivir en un terreno desértico.

Los días en la tienda habían sido extraños. La habían desorientado. Nadie le decía nada. Por supuesto, sólo veía a las mujeres. Hombres y mujeres estaban separados, y los pocos hombres del campamento estaban lejos, en la periferia, vigilando, aunque no estuvieran visiblemente armados. Las mujeres eran amables. Si acaso, curiosas, sus ojos parecían amistosos detrás de sus velos. Pero no hablaban.

Ella había intentado hablar en varias ocasiones, pero la habían desanimado.

Su silencio decía mucho, y se le pasó por la mente que debería tener miedo. Pero no lo tenía. Sólo se sentía sola. Y arrepentida.

La fantasía era la fantasía. Y ni siquiera el Jeque Kalen Nuri la había podido salvar.

Todo lo que ella había sentido, todo lo que había soñado, se había terminado.

Era mejor no pensar. No sentir. No desear.

De pronto se abrió la tienda y entró la luz del sol. La deslumbró. Un hombre alto y delgado, de barba, entró. Keira se puso de pie. Habría reconocido a su padre donde fuese. Corrió hacia él y luego se detuvo. Había envejecido veinte años en los últimos siete y Keira se quedó mirándolo. Parecía

más frágil, los brazos delgados debajo de su chilaba. Su barba más blanca que gris.

—Padre...

Él no dijo nada, sus facciones no expresaban nada.

Keira volvió a dar un paso adelante, sin saber qué hacer. Se habían transformado en extraños durante esos años.

—Has estado enfermo.

—¿Qué nos has hecho? —le dijo su padre en voz baja, con dureza—. ¿No tienes vergüenza?

Su furia la azotaba tanto como el calor y el viento del desierto. Debía de haber supuesto aquello.

—Lo siento.

—El que lo sientas no restituye tu honor. Ni restituye mi buen nombre.

Ella inclinó la cabeza, se mordió la lengua. Tal vez si dejaba hablar a su padre... Si dejaba que desahogase su enfado...

—Esto tiene consecuencias, hija. Debe haberlas.

—¿Tengo que ser castigada?

—Sí.

Ella tenía que mantener la calma.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Es Sidi Abizhaid quien tiene que decidir.

Ella miró a su padre, incapaz de hablar.

—Lo has humillado a él también, hija. Has destruido nuestro buen nombre. Todo lo bueno de nuestras vidas.

—Padre, no hagas esto, no lo dejes elegir...

—Yo no sería más misericordioso.

—Pero tú eres mi padre. Me has querido desde que nací.

—Te he querido desde antes de nacer. Desde que eras una semilla, una idea en la mente de tu madre y la mía. Pero esto es Baraka y tu prometido es poderoso. No es una persona a quien puedas humillar.

Ella abrió los labios, pero no habló.

—Esto no es fácil para mí —continuó su padre—. Me he pasado las tres últimas noches rezando, pidiendo que Dios me guíe.

—Entonces, ayúdame, padre. Protégeme.

—Abizhaid pide retribución. Y la tendrá —su padre

hizo una pausa—. Así como yo tendré la mía.

—¿Venganza, padre? ¿Para quién? —preguntó Keira, aunque lo sabía.

—La sufrirá el Jeque Nuri. No creas que sufrirás sola.

Después de que se fuera su padre, ella se quedó de pie en medio de la tienda, con el corazón latiéndole aceleradamente.

Ella sabía lo que significaba el castigo. Había oído hablar de historias de chicas castigadas por inmoralidad.

¿Y Kalen? ¿Qué le haría su padre?

Quiso borrar aquel pensamiento, incapaz de imaginar que Kalen pudiera sufrir daño alguno.

Keira se marchó de la tienda. Nadie intentó detenerla. Habían levantado otra tienda, una mucho más grande que la suya.

Allí era donde estaba su padre.

Keira entró. Encontró a su padre sentado frente a una mesa llena de papeles y libros.

—Padre...

Lo sobresaltó. La miró con enfado.

—¿Qué estás haciendo aquí? No te he dado permiso para entrar —dijo, yendo hacia la entrada.

—No puedes herir al Jeque Nuri —Keira se puso frente a la silla de su padre—. No ha hecho nada malo.

—¿Nada malo? Te ha deshonrado. Te ha violado...

—No me ha tocado.

Su padre se calló.

—No hemos tenido relaciones íntimas. El jeque pudo haberse aprovechado de mí, pero no lo hizo —se puso roja—. Me ha respetado.

Omar respondió, disgustado:

—Kalen Nuri no respeta a nadie.

—Pero el Jeque Nuri me ha respetado —repitió ella —. Ha respetado mi inexperiencia.

Su padre la miró con el ceño fruncido.

—¿Sigues siendo virgen, entonces?

Virgen. «No, padre» hubiera querido decir. «No he sido virgen desde que me violaron». Pero no le había contado a nadie lo de esa noche. Había sufrido en silencio.

Al principio había sido su secreto. Y luego se

había dado cuenta de su deshonor.

La habían arruinado. Era una mujer sin valor.

Omar se acomodó en la silla, extendió la mano y le agarró la barbilla.

—Te pregunto, ¿sigues siendo virgen?

¿Cómo contestar?

Aquella vez no había habido sexo, sino violencia. La habían atacado, no la habían amado. Y la verdad era que a sus veintitrés años nunca había hecho el amor, no había conocido la pasión de un amante, la ternura, la suavidad...

Sintió que el corazón se le retorcía de dolor.

—Sí —contestó con voz entrecortada—. Lo soy.

—¿Estás segura? —los ojos de su padre brillaron de felicidad.

¿Segura? ¿De que no había sido amada? ¿De que le habían hecho daño?

—Sí —contestó.

—¿Te someterías a un examen médico?

—¿Qué? —respondió Keira.

—Si eres inocente...

Ella estaba en estado de shock. Aquello era Baraka, después de todo.

—¿Mi palabra no es suficiente?

—Si eres inocente, no tienes nada que temer.

—No tengo miedo. Sólo estoy disgustada.

—Es una cuestión de *hashuma* —dijo él, soltándola.

«Hashuma», o sea, vergüenza, pensó ella, y dio un paso atrás.

—Es natural que yo trate de defender nuestro nombre —continuó su padre—. El nombre de nuestra familia. Es la única forma de limpiar la vergüenza que ha manchado nuestra reputación.

Keira dio otro paso atrás.

—Y si hago esto, si accedo a ser examinada, ¿eso limpiará el nombre del Jeque Nuri también?

—No soy yo quien tiene que decidir eso.

—¿Por qué no? Has dicho que eras tú quien tenía que arreglar cuentas con el Jeque Kalen.

Su padre golpeó la mesa.

—Ya es suficiente. Te preocupas demasiado por un hombre que se preocupa muy poco por ti. Y ahora, vete. Tengo que organizar muchas cosas. Hay que

llamar a un médico.

Keira volvió a su tienda con las palabras de su padre en la mente.

¿Qué acababa de hacer? ¿A qué había accedido?

No podía probar que aún era virgen. No había modo de volver a ser virgen.

Caminó de un lado a otro de la tienda. Algunos errores eran imposibles de enmendar. Sintió ganas de llorar. Se sentó lentamente, cayendo de rodillas sobre la pila de cojines.

Tenía que contar la verdad a su padre. Le diría lo que había sucedido y cómo había sido. Intentaría hacer que comprendiera lo que había tenido lugar hacía muchos años.

Tal vez su padre pudiera perdonarla. Tal vez Ahmed también pudiera perdonarla.

No era que no pudiera tener hijos. Ni que fuera mercancía usada realmente.

Pero no sería fácil decírselo a su padre, cuando para él la pureza y la castidad tenían un valor tan alto.

No cuando su reputación le importaba más a él que el oro.

La *hashuma* o vergüenza no existía en el mundo occidental. En cambio en Baraka no existía la culpa. En Baraka lo más importante eran el honor y la dignidad.

Y lo peor era que ella lo comprendía. Había crecido con un pie en cada una de las culturas, y mientras que su padre no entendía su punto de vista, ella sí comprendía el suyo.

Hashuma era lo peor que podía pasar en su cultura. Su resultado era el ostracismo. Y los miembros de una familia pagaban la vergüenza de otros.

Por eso su padre sentía tanta desesperación por limpiar su nombre.

Pero no había milagro posible que pudiera deshacer lo que había sucedido a sus dieciséis años.

En el momento en que Kalen tomó el avión a Baraka ya sabía todo lo que tenía que saber. Y más.

Sus contactos eran fiables. Después de todo, él

era un jeque, el segundo noble en importancia en Baraka, descendía de una de las más viejas tribus bereberes. Y era su sangre bereber la que le daba su fuerza en aquel momento.

Los hombres de su tribu le habían informado de que Keira estaba cautiva en un campamento no lejos de la frontera de Ouaha.

Ouaha quería decir oasis en árabe.

Ouaha era un territorio independiente, con frontera a un lado con Baraka, y al otro por Argelia.

Muchos pueblos habían querido anexarla a sus reinos, pero aquellos bereberes eran feroces, y habían sobrevivido, peleando tan valientemente, que su abuelo, el fallecido Sherif Nuri, había prometido su ayuda a Ouaha, garantizándole su independencia.

La ayuda del Sultán Sherif había salvado a Ouaha, pero había tenido como consecuencia el asesinato de su abuelo.

Pero los bereberes nunca habían olvidado a Sherif Nuri, y años más tarde, cuando nuevamente su estabilidad se veía amenazada, el líder de la tribu había aclamado a los sucesores Nuri como suyos. Era un movimiento estratégico. Un movimiento muy inteligente.

Malik, para entonces, ya era el sultán de Baraka.

Kalen, por ser el segundo hijo, había heredado el liderazgo. Kalen Nuri, jeque de Baraka, y se había transformado en el sultán de Ouaha.

El título de sultán era honorario. No había ningún trabajo determinado ligado al título, sólo la *kasbah,* un hermoso castillo fortificado en la ladera de una montaña, hecho de la misma roca roja y arcilla de la que ella estaba formada, una pequeña entrada de dinero, y la lealtad de la gente.

Lo que más valoraba Kalen era la lealtad, sobre todo después del atentado contra la vida de Malik, hacía cinco años. Y cuando pedía a los hombres de la tribu bereber que pusieran la oreja para informarle de cualquier rumor de descontento político, ellos lo hacían.

Kalen sabía más de lo que cualquiera podía imaginarse. Había consolidado su poder más allá de lo que pudiera pensarse. Ouaha le cedía sus

secretos, su espacio. En Ouaha él era como una sombra. Podía ir y venir libremente. Y era a Ouaha adonde se dirigía ahora.

La larga caravana llegó al sexto día y el tranquilo campamento se transformó de repente en un bullicio de actividad. Keira abrió la tienda de campaña para ver la llegada de la caravana. Había muchos dromedarios, muchos hombres.

Los hombres del campamento llamaban a los hombres que estaban llegando. Keira vio saludos rituales, y escuchó partes de conversaciones a su alrededor, casi todas acerca de cómo habían hecho el viaje los dromedarios, cuáles valían y cuáles no.

Ella había aprendido que en árabe había diez palabras para describir a los dromedarios en sus distintas edades y estadios de crecimiento, y en las conversaciones oyó esas palabras más de una vez.

De pronto apareció su padre y se inclinó ante uno de los hombres. Ambos hablaron brevemente y su padre hizo un gesto hacia su tienda.

El corazón de Keira se paró.

Debía ser el doctor o Ahmed Abizhaid. Tal vez fueran ambos en la caravana.

Ella sintió pánico. Cerró la tienda.

Miró alrededor. Vio lo que llevaba viendo todos aquellos días: paredes de tela, de lona. Una cama de piel de cordero. Cojines en el suelo. Por la noche encendían velas.

¿Qué podía hacer? ¿Quemar la tienda? ¿Saltar a un dromedario y escapar hacia el desierto?

Poco práctico.

Se abrió la entrada de su tienda.

—Él ha llegado —anunció su padre.

—¿Él? —susurró ella, aterrorizada.

—El médico. Y tengo más noticias.

—¿Más?

—Sidi Abizhaid está en camino.

Keira se sentó en su tienda en un asiento de cuero y madera, a esperar que llegase el médico.

No quería pensar. No quería sentir. Pero no

podía.

Su padre no tenía ningún derecho. Ella no era una posesión. Era una mujer. Su cuerpo no era de nadie. Sólo suyo.

El examen médico era una violación. Una traición a la confianza. Un ataque a la inocencia.

Intentó serenarse y decirse que sobreviviría. Que era sólo un examen breve e impersonal.

Pero no podía soportarlo. No podía dejar que la tocasen extraños.

Pero, ¿podía evitar aquello?

No.

Y tal vez fuera mejor. Tal vez fuera hora de que su padre supiera la verdad de lo que había sucedido aquella noche, cuando tenía dieciséis años. Quizás fuera hora de dejar de huir de su pasado.

Se sentía cansada, agotada. Como si hubiera estado corriendo durante un rato largo. De su soledad, de los fantasmas de la infancia.

Siempre se había sentido muy sola. Sus padres habían tirado de ella, cada uno en dirección contraria, dividiéndola entre dos culturas. Por fuera ella no parecía demasiado diferente: había heredado el color de su madre: piel clara de marfil, ojos azules profundos... Pero, por dentro no era realmente inglesa, al menos no como las chicas que conocía.

A su madre, siempre liberal y brillante, le había gustado invitar a familias y amigos de distintas razas, para que ella viera aquella mezcla como algo natural y bueno.

Pero una cosa era invitar a gente de diferentes etnias a cenar, y otra muy distinta, sentirse diferente por dentro. Su madre, de origen irlandés e inglés, nunca lo había comprendido.

Había estado muy sola. Había crecido siendo hija única, con la presión de dos hogares completamente diferentes, el alejamiento de una madre que se había vuelto a casar, y el reproche de un padre para quien ella se había transformado en la hija occidental que jamás había deseado.

«Superarás esta situación», se decía. «Todo irá bien».

—Keira —su padre pronunció su nombre—. El médico

está aquí.

Ella alzó lentamente la cabeza.

—No me hagas hacer esto, padre —le imploró.

—Las mujeres te protegerán —respondió su padre, señalando a dos mujeres con velo que acompañaban al doctor—. El examen será breve. Discreto. No estarás sola. Sidi Abizhaid y yo estaremos esperando fuera.

—Entonces, ¿ha llegado Sidi Abizhaid?

—Sí. Está tomando té en su tienda, pero está muy ansioso por los resultados del examen médico.

—Padre...

Su padre ignoró su protesta agonizante.

—Es mejor proceder con rapidez, y terminar cuanto antes con esta desagradable tarea —Omar le hizo un gesto al médico—. ¿Doctor?

El médico y las mujeres con velo se acercaron a ella. Keira tembló. Ella vio puntos negros delante de sus ojos. No podía hacer aquello. No podía permitir que la tocasen.

Una de las mujeres empezó a desdoblar una manta.

—Te cubrirán, Lal-la al-Issidri —dijo el médico con respeto.

—No —Keira no podía moverse de su asiento—. No puedo hacer esto.

—Sólo serán unos minutos...

—No.

—No —una voz masculina repitió su protesta, y se abrió la entrada de la tienda.

Ella conocía aquella voz. La conocía muy bien. Pero sólo podía ser un milagro...

—¡No le pongáis una mano encima! —ordenó aquella voz.

Keira miró, fascinada, al ver a Kalen ir hacia ella, envuelto en una túnica blanca, con su cabello cubierto con un turbante blanco y gesto de furia.

—¡Mataré al hombre que toque lo que es mío! —agregó.

Capítulo 8

PERO ella no es tuya —protestó su padre—. Mi hija está prometida a Sidi Abizhaid. Él pagó el precio de la novia.

—Devuélveselo, entonces.

—No puedo.

—No tienes elección. Yo ya he reclamado a tu hija.

—Ella me ha dicho que no ha sucedido nada. Que no la has tocado.

Kalen no se molestó en contestar. Se volvió a Keira, y con las manos en jarras, la miró con ferocidad y preguntó:

—¿Te han hecho daño?

El corazón de Keira aún latía enloquecidamente. Ella no comprendía qué estaba sucediendo, ni adónde conducía todo aquello.

—No —respondió.

Kalen no estuvo satisfecho.

—¿Te han maltratado de algún modo?

—No.

—¡Suficiente! —exclamó Omar, alzando el dedo—. ¡Tú no tienes nada que hacer aquí! No puedes reclamar a mi hija. Ella está prometida a Sidi Abizhaid. Y se casará mañana.

—Eso es muy poco probable, Sidi al-Issidri, puesto que tu hija ya se ha casado conmigo.

El corazón de Keira saltó. «¿Cómo?», pensó ella.

¿Casada con Kalen Nuri? ¿El segundo hombre poderoso de Baraka? No podía ser.

Nadie en su posición se casaría con ella, pensó Keira. Pero sus palabras danzaron en su mente, y ella recordó la noche en Dallas, cuando él había aparecido en el balcón, en la fiesta. Ella se había quedado petrificada al verlo. Y ahora estaba más sorprendida aún de verlo. Pero él estaba allí... En carne y hueso...

—¡No es posible que te hayas casado con Keira! Me

lo habría dicho. Me habría dicho algo...

—No, sí yo le hubiera dicho que lo mantuviera en secreto —Kalen alzó una mano, e hizo un gesto hacia ella con un dedo imperativo—. Ven, salúdame, esposa —dijo suavemente.

Ella nunca había visto a Kalen con el traje tradicional de Baraka. Siempre lo había visto con la ropa de diseño de occidente. Sin embargo, con aquella túnica blanca con cinturón y el turbante que le cubría casi todo su pelo negro, no perdía su imagen de fuerza y poder.

—¡Ella no es tu esposa! —su padre se movió para agarrar a Keira, y Kalen se interpuso.

—¡Apartaos! —advirtió Kalen.

No permitiría que amenazaran a Keira.

—No puede ser tuya. Es imposible.

—Demasiado tarde.

—No. Antes preferiría verla muer...

—¡Cuidado! —lo interrumpió Kalen—. ¡Que no se os ocurra hacerle daño ni a un solo pelo de su cabellera, porque sufriréis por ello! ¡Desearéis no haber nacido!

Hubo un silencio espeso en la tienda de campaña. La tensión flotaba en el aire.

Keira tembló.

Omar se puso rojo, y dijo con voz ahogada:

—Soy el consejero del sultán y...

—El sultán ha bendecido nuestro matrimonio. Él aprueba la unión.

Omar se puso pálido.

—Sidi Abizhaid te cortará el cuello.

Kalen lo miró, y dijo burlonamente:

—¡A ver si se atreve a intentarlo!

A su padre se le estaban acabando los argumentos:

—¿Y el precio de la novia? ¿Qué me dices de eso? —dijo su padre.

—Será satisfecho.

—Para ti, será el doble.

—¿Por qué no lo triplicas, al-Issidri? —preguntó Kalen en voz baja pero incisiva—. ¿Por qué no conseguir todo lo que puedas por tu única hija?

Keira contuvo la respiración, llena de dolor y vergüenza.

Se sentía una cosa, nada. Algo que pudiera verse

en un mercado...

Pero entonces se recordó que sus sentimientos eran secundarios en aquel momento. Que lo que tenía que hacer era parar aquella locura entre Kalen y su padre. No podían seguir así.

—¡Parad! —dijo Keira—. ¡Parad esto, por favor!

Su padre la miró con rabia y shock en sus ojos.

—Hija, dime que no te has casado con él —le pidió.

—Esposa, ven conmigo —le ordenó Kalen.

—Keira, hija.

—*Laeela.*

Keira miró a uno y a otro. Tenía que elegir, acababa de darse cuenta. Elegir su futuro, su vida.

Era una locura.

Sintió la presión en su pecho, la batalla de deseos, la necesidad de controlarse.

Ella conocía el pasado, pensó. Pero no conocía el futuro. Y era el futuro lo que deseaba.

—Keira —repitió su padre.

Keira lo miró un momento, y sintió la pena de todo lo que nunca había sido. Agitó la cabeza débilmente, como pidiendo disculpas.

Entonces, con un movimiento nervioso, ella bajó el brazo con pulseras de oro en la muñeca, y fue hacia Kalen.

Había elegido.

Kalen observó su paso inseguro, el tintineo de sus pulseras y la tensión de su boca. Estaba aterrorizada.

—Mírame —le ordenó Kalen.

Ella no quería mirar pero no podía negar la autoridad de su voz. Era demasiado fuerte.

Alzó la cabeza hasta que la intensidad de los ojos de Kalen la hicieron suya. Ella sintió un calor extenderse por todo su cuerpo.

—Creí que tendría un recibimiento más cálido de mi esposa, después de siete días de estar separados.

Ella notó su humor sarcástico y el brillo de sus ojos. Parecía hacerle gracia todo aquello.

—Perdóname, *esposo.*

—¿Y no hay un beso para tu marido? —preguntó Kalen.

Ella se puso roja.

—No, esposo.

Kalen sonrió.

—Se me había olvidado lo tímida que eres, esposa.

—Si ella es tu esposa —dijo Omar.

—Lo es. Mi esposa. Y mi tesoro —respondió Kalen sin dejar de mirar a Keira.

Omar se rió con amargura.

—Entonces, tienes un tesoro que no parece muy deseoso de ti —continuó Omar con tono cortante—. Te desafía. No sólo con las palabras, sino con los hechos. No te besa, no te reconoce, ni te tiene el debido respeto.

—Es aún una nueva esposa.

Su padre carraspeó.

—Me desagrada llamarte embustero...

—Entonces, no lo hagas —respondió Kalen a Omar con una sonrisa cínica—. No me gustaría tener que hacerte tragar tus palabras. Sería muy... doloroso.

—Tal vez no dudaría del matrimonio si tuviera prueba de ello —respondió Omar con fuego en los ojos —hizo una pausa—. Quizás mi hija fuese más obediente, si los lazos contigo fueran más fuertes.

—Son lo suficientemente fuertes.

—Evidentemente, mi hija no lo piensa así.

Kalen miró a Keira durante un largo momento, pensativamente. Luego volvió a mirar a Omar y preguntó:

—¿Queréis una renovación de las promesas?

—Sí, quiero una boda.

—Entonces, que así sea —dijo Kalen—. Esta noche repetiremos nuestras promesas...

—¡No! —exclamó Keira sin poder reprimirse—. No seré parte de esto. No seré usada por ninguno de los dos. No es justo. Ninguno de los dos sois justos. No me habéis preguntado a mí. No lo habéis hablado conmigo...

—Te he dicho que ella no lo desea. Es demasiado rebelde. Debes cambiar eso...

—Gracias por el consejo —Kalen la agarró del brazo y con una sonrisa la acercó a él—. Pero a mí me gusta el fuego de mi esposa. No me gustaría cambiar su... espíritu.

Le acarició el brazo con el pulgar. Su tacto fue cálido, e hizo que el pulso de Keira se acelerase.

Él era peligroso, pensó ella, un hombre tan duro por fuera como por dentro. Un hombre a quien no le importaba lo que pensaran de él. Y mucho menos se preocupaba de complacer a los demás.

Un hombre valiente. Orgulloso.

—El espíritu es una cosa, y la desobediencia, otra. Necesitarás paciencia para enseñarle a obedecer —agregó su padre—. Paciencia y tiempo.

Un brillo pícaro iluminó los ojos de Kalen.

—Sí —estuvo de acuerdo Kalen con su padre por primera vez—. Tu hija es como un dromedario adolescente que aún no ha terminado de crecer.

«¿Un dromedario? ¿La había comparado Kalen con un dromedario?», pensó ella.

Pero su padre estaba asintiendo, como si Kalen acabase de decir algo muy sabio.

—Y como un dromedario, tiene una memoria increíble. Recordará lo que le enseñas si le pegas de vez en cuando —agregó Omar.

—¿Pegarle? —repitió Kalen, mirándola aún intensamente. Luego agitó la cabeza, y agregó—: No. Jamás podría pegarle. Pero tampoco les pego a los dromedarios. No creo que haya que usar la fuerza con los animales, ni con las mujeres. Creo que se les debe convencer de que obedezcan.

Keira lo miró con desprecio. ¡Era igual que su padre!

—¡Es maravilloso que los dos podáis simplificar los problemas de la vida agrupando a las mujeres junto con los animales, en la misma categoría!

Omar la miró.

—Yo empezaría pronto las lecciones —comentó.

—Estoy de acuerdo. Pero antes debería hablar con Abizhaid. Decirle cómo son las cosas...

—No lo hagas —lo interrumpió su padre—. Deja que yo me encargue. No quiero manchar la fiesta de esta noche con un derramamiento de sangre.

Kalen le advirtió con una media reverencia:

—Haz saber a Abizhaid que he traído a muchos hombres conmigo, muchos de la guardia del sultán. No sería muy sensato por su parte intentar algo aquí. Pero Abizhaid será bienvenido si quiere unirse a nosotros esta noche. Me gustaría que él presenciara nuestras promesas.

Omar le devolvió la reverencia y se marchó.

Keira observó marcharse a su padre y vio cerrarse la entrada de la tienda.

Estaba furiosa.

—¿Tenías que hacer esto? —preguntó a Kalen con las manos en jarras—. ¿Era necesario humillarme?

—No lo he hecho.

—Sí, lo has hecho. ¡Me has puesto en ridículo, comparándome con un dromedario!

La comisura de la boca de Kalen tembló. Estaba intentando reprimirse la risa.

—He pensado que tu padre lo comprendería. Y lo ha hecho, ¿no?

—A ti no te gusta mi padre siquiera.

—Pero pronto será parte de la familia —Kalen se encogió de hombros.

Ella no podía creerlo.

—No vamos a casarnos.

—Vamos a hacerlo. Esta noche. ¿No has oído los planes?

—Kalen, no puedes hacer esto.

—No tengo otra opción. Era el mejor modo de protegerte.

Ella sintió que su corazón se encogía. Lo miró con desafío, y le dijo:

—Le has mentido a mi padre. Por favor, no me mientas a mí también.

Él dejó de sonreír.

—No estás aquí por mí —insistió ella—. Éste es otro movimiento estratégico por tu parte, ¿verdad?

—Tu padre tenía un plan. Yo he hecho lo que tenía que hacer.

—Entonces, le mentiste. Le dijiste que estábamos casados.

—Sí.

—¿No te importa mentir?

—A mí me importa la violencia, me importa un plan para asesinar a un rey y a sus hijos.

—Pero no te importa hacerme daño a mí.

—Esto no tiene que ver contigo.

—No. Por supuesto que no. Soy una tonta.

Ella había querido su admisión, pero ahora que la tenía, sentía un nudo en el estómago, y en el corazón.

—Entonces, háblame de nuestra boda. La que me he perdido, al parecer. ¿Cómo fue? ¿Cómo me pediste en matrimonio? —preguntó Keira.

—Fue un compromiso repentino.

Era un desgraciado, pensó ella.

—¿Amor a primera vista? —preguntó Keira.

Kalen miró sus ojos, sus mejillas, su boca. Luego deslizó la mirada hacia sus pechos, su vientre, sus caderas y muslos.

—O lascivia, lo que prefieras.

«Lascivia. Una palabra interesante», pensó Keira. Ella lo había deseado desesperadamente alguna vez. Todavía lo deseaba.

—¿Y dónde estábamos cuando pronunciamos esas promesas? ¿En una iglesia? ¿O fue una ceremonia civil?

—Una ceremonia civil. Fue algo muy precipitado.

—¿Y yo estaba contenta?

Él la miró a los ojos, y contestó:

—Extática. Pero no pudiste hacer otra cosa. Yo te deseaba. Y estaba decidido a conseguirte. Las promesas fueron sólo una formalidad.

Ella sintió ganas de llorar.

—Has inventado una historia completa... Apasionada, romántica. Seduciría a cualquier mujer.

—¿Incluso a ti?

Era muy difícil contestar esa pregunta. Él la había seducido hacía muchos años.

—¿Y cómo podemos escapar de esta red de mentiras y engaños? Porque las mentiras son muy potentes. La trampa está tendida.

—Nos casaremos. Hacemos lo que debemos hacer en nuestra historia.

«¿Nuestra historia? ¡Su historia!», pensó ella.

—No quería ser tu querida, Kalen. Y ciertamente, no quiero ser tu esposa.

—Sin embargo, serías una primera esposa ideal.

—¿Primera esposa? —ella le hubiera querido dar un bofetón.

Era un hombre arrogante y despreciable.

—Por supuesto que el número de esposas es negociable...

—¡Mi padre y tú sois iguales! ¡Tenéis diferentes ideologías, pero estáis cortados por el mismo

patrón!

—¡No soy como tu padre! —exclamó Kalen, achicando los ojos.

—Eres idéntico. Crees que soy un objeto con el que se puede comerciar, y al que se puede maltratar...

—Ni maltratar ni comerciar. Tú vales mucho para eso.

Entonces, ¿por qué la había tratado como a una cosa?

—Si yo fuera tan valiosa, Su Excelencia, ¿por qué no me has protegido mejor? ¿Por qué no vigilaste mejor tu edificio... pusiste guarda-espaldas... hiciste lo que hiciera falta para estar seguro de que mi padre no me llevase?

—No te diste cuenta de la estrategia, *laeela* —Kalen se inclinó hacia ella, le tocó la punta de la nariz y agregó—: Se suponía que tu padre iba a llevarte.

—Dilo otra vez —ella le hubiera mordido el dedo.

—Yo dejé que tu padre tuviera acceso a mi edificio deliberadamente. Yo esperaba que te llevase. Era mi estrategia...

O sea que no había sido descuido de su parte. Sino crueldad deliberada.

Él había permitido que la llevasen de su casa, que la obligasen a meterse en un coche, luego en un avión...

El darse cuenta de aquello fue como un golpe en la cabeza. No podía hablar. Su mente vagaba por las distintas partes del puzzle, queriendo formarlo, pero no podía.

Kalen la había herido, la había decepcionado.

Todos aquellos años se había dicho que no necesitaba un hombre, y después de unos días con Kalen... Había terminado siendo lo que su madre siempre le había dicho que no fuese: una mujer que necesitaba un hombre.

¿No le había advertido que los hombres sólo querían sexo, que no se podía confiar en ellos?

Y Kalen se lo había hecho olvidar. Pero no debía haberlo olvidado, se dijo.

—¿Tu idea de estrategia, Kalen, era permitir que me secuestrasen... y que me forzaran a casarme?

—Se trataba de un asunto de máxima seguridad nacional.

—Tú, a quien importa tan poco su nación que te vas a vivir a otro país, que cambias tu nacionalidad, que cortas lazos afectivos y económicos con él, ¿haces esto por un motivo de seguridad nacional?

—Como te he dicho, el sultán y sus hijos han sido amenazados.

Se trataba de su hermano. De su familia, pensó Keira.

Por un lado, lo comprendía. Por otro, no.

—¿Están a salvo ahora? —preguntó ella con voz sensual y tono de pena.

—Eso espero.

—Yo también —ella desvió la mirada y se secó una lágrima.

—Entonces, lo comprendes.

Ella quiso sonreír, pero no pudo.

—Comprendo que me has engañado.

—No hay engaños.

—Podrías habérmelo dicho.

—Hay cosas que no se las digo a nadie.

Hubo un silencio.

Ella había pensado que tal vez... había tenido esperanzas de que... él pudiera enamorarse de ella...

Pero, no, era imposible...

—Keira, estás haciendo un mundo de un grano de arena.

—Vete —no podía mirarlo.

—Yo no iba a dejar que te casaras con él.

—¿No? ¿Estás seguro?

—Jamás lo hubiera permitido.

—Bueno, ¿cuándo ibas a venir? ¿En qué momento ibas a hacer que se diera marcha atrás? —ella dejó escapar unas lágrimas—. ¿Cuándo ibas a tomar el control de la situación? ¿En la primera noche de las celebraciones de mi boda con Ahmed? ¿En la última? ¿Momentos antes de que él me llevase a la cama? ¿Después de que me llevase a la cama? ¿Qué ibas a hacer?

—Pero estoy aquí. He llegado cuando tenía que llegar.

No se trataba de que él tuviera confianza en sí mismo. Era una canallada igual, pensó ella.

—¿Cómo has podido hacerme eso, Kalen?

—Estabas a salvo.

—¿A salvo? —Keira dio un paso atrás, y se enjugó las lágrimas—. No estaba a salvo. Estaba asustada. No sabía qué iba a suceder.

—Pero no ha pasado nada malo.

«¿Nada?», tal vez en su mundo. Pero ella había sufrido terriblemente aquella semana. Psicológicamente.

Kalen no la amaba. Aquello era un asunto político.

—Jamás me casaré contigo. Puedes pegarme como a un animal, pero jamás me casaré contigo. Nunca.

Kalen casi sintió pena por ella.

—No tengo intención de pegarte. Hay otros métodos de persuasión. Más efectivos, con alguien tan apasionada y sensible como tú.

Ella desvió la mirada hacia la tienda de campaña.

Kalen sintió comprensión y casi ternura por ella. Keira le pertenecía. Y ella no parecía darse cuenta.

Su sentimiento de posesión era intenso. Casi primitivo. Hacía mucho tiempo que no sentía un lazo con alguien excepto con su hermano y sus sobrinos.

Keira era suya. No habían tenido relaciones íntimas, pero eso no cambiaba el hecho de que ella le perteneciera.

La tendría. La conocería. Le daría placer. Pero antes liberaría a los suyos de aquel campo de minas político.

—Vamos a casarnos esta noche —dijo él—. He dado mi palabra a tu padre.

Keira se rió forzadamente.

—No —contestó. No.

—Tu padre lo espera.

—Imposible.

—Insiste en ello.

—Déjalo que insista. Pero antes preferiría recibir un castigo de sus manos que continuar esto contigo.

Kalen la miró con frialdad.

—Lo dices en serio —dijo.

—Sí —sintió un nudo en la garganta—. Te odio.

—¿Me odias?

—Con todo mi corazón.

—Y tú tienes un corazón muy grande.

—Lo tenía... Hace tiempo —Keira respiró profundamente.

Capítulo 9

KALEN le acarició la mejilla. La sensación fue intensa.

—Creo que me has echado de menos, más de lo que crees.

Ella no tenía la fuerza suficiente como para mantener aquella conversación, como para estar tan cerca de él y no ser suya.

—Le diré a mi padre la verdad. Se enfadará. Pero es mejor que lo sepa inmediatamente, y hacer frente a las consecuencias.

—Keira...

—Le diré que ha sido culpa mía. Tú puedes irte...

—Keira.

—Yo nunca quise esto. Es hora de que termine.

—Yo no me iré a ninguna parte.

Ella lo miró, con aquel cabello negro brillante rozando su túnica. Y hubiera deseado tocarlo... Pero no lo haría. Eso la llevaría a la autodestrucción.

—Yo no te deseo, Kalen. Y no quiero que me casen contigo —estaba temblando por dentro.

Él tenía que irse, se dijo Keira. Tenía que marcharse antes de que se derrumbase.

—No quiero volver a verte. Sólo quiero que te marches y poder tener un poco de paz.

—¿Cómo podría dejarte? Acabo de reclamarte —Kalen le sujetó los hombros. Luego deslizó las manos por los brazos—. Eres mía, para siempre.

Ella sintió pánico.

—¡No! —Keira intentó soltarse.

Nunca lo habían rechazado de aquel modo. Pero él sabía que ella se sentía atraída por él. Que había chispas entre ellos, la llama de la atracción sexual.

La deseaba.

Y pronto la tendría. Muy pronto.

Keira no podía respirar. Hacía mucho calor. Y la atmósfera era demasiado íntima.

—¿Quieres que nos traigan té? —susurró ella.

—No.

—Debes de tener sed...

—De esto —respondió él, alzando la cara de Keira, antes de besarla.

Aquel beso despertó una tormenta dentro de ella. Pareció borrarle el dolor que sentía en su interior, su rabia, e inyectarle vida.

¡La había hecho sentir tanto en aquellos días! Llevándosela de su piso de Dallas, instalándola en su ático de Londres, vistiéndola... ¿Para qué? ¿Para torturar a su padre? ¿Para provocar una confrontación?

Pero no tenía la fuerza suficiente para separarse de su boca.

Necesitaba aquello. Y lo aceptaría hasta que se pasara un poco su dolor.

La había usado para vengarse de su padre. Y todavía la estaba usando. Tal vez fuera su turno de usarlo.

Alzó su brazo y le rodeó el cuello. Abrió los labios y temblando sintió el primer roce de su lengua en el labio inferior de ella.

Kalen le puso la mano en la espalda, apretándola más contra él, para sentir sus caderas contra las de él. Ella sintió la intimidad de su pelvis tocar su sexo.

Ella se sintió excitada, caliente. Se estremeció al notar su erección en su vientre. Y se volvió a estremecer al sentir que todo su interior se contraía.

Se había sentido atraída por otros hombres. Había sentido curiosidad por el deseo. Pero el deseo nunca le había hecho querer estar en brazos de un hombre, en la cama de un hombre. Su temor a resultar herida había sido más grande que su fuerte curiosidad.

Pero mientras Kalen la besaba, no podía pensar. Así, contra su cuerpo, se olvidaba de sus temores, no recordaba nada. Sólo quería más y más, inundados sus sentidos de aquella embriagadora sensación.

Kalen le acarició la espalda, deslizándose por cada una de sus vértebras. Ella se sintió débil, a punto de derretirse. Cada roce de sus caderas, cada roce de su pecho viril, era como una cerilla

encendida.

El calor entre ellos se hizo mayor. El deseo estaba tan vivo y real como ellos dos. El deseo era tan real y feroz como había sido su temor.

Kalen dejó de besarla. Ella sentía aún su sabor en su boca, el recuerdo de su tacto grabado en su mente.

Él la había besado hasta dejarla sin sentido, pensó ella, mareada. Ya no era capaz de pensar, de actuar.

—¿Sí, amada? —se burló Kalen, sabiendo que ella se había entregado a él.

Keira intentó recuperar el sentido. Sujetó las muñecas de Kalen, y le dijo:

—No hagas esto.

—Me deseas. Deja de resistirte.

—Es posible que te desee, pero no quiero ser usada. Por ti, no.

—Te ofrezco protección. Sidi Abizhaid es peligroso.

—¿Y tú no?

—Sería más fácil someterte a mí que a él —sonrió Kalen.

«Someterse», pensó Keira. «¡Qué palabra!» Odiaba esa palabra. Pero, ¿no era eso lo que había hecho toda su vida? ¿Someterse a su padre? ¿Someterse a su madre?

—Has visto mi vida en Londres. Sabes que soy liberal. Occidental. Si te casaras conmigo tendrías las oportunidades que quisieras. Ventajas que mucha gente se moriría por tener.

—No quiero ventajas.

—¿Qué quieres entonces?

Sus labios se estremecieron antes de decir:

—Amor —lo miró—. Es evidente que me necesitas. Incluso es posible que me desees. Pero no me amas.

—Keira...

—No. Deja de decirme lo que necesito. Déjame que yo te diga lo que necesito. Necesito amor, Kalen. Quiero amor...

Kalen la acalló con otro beso. Éste sorprendentemente suave. Cuando él separó su boca de la de ella, Keira estaba temblando, y con el pulso acelerado.

Él le tomó la cara, y le contestó:

—¿Y no has aprendido todavía, *laeela*, que no se puede tener todo lo que se quiere?

Keira lo miró con lágrimas en los ojos. Lo odiaba.

Estaba rompiendo su corazón, destruyendo lo que le quedaba de sus sueños.

—Jamás te perdonaré —susurró ella.

—Es un riesgo que corro —Kalen apartó su mano de su cara—. Las mujeres vendrán a bañarte y a vestirte. Intenta relajarte, Keira. Es una boda, no una ejecución.

Y se marchó.

Se estaba vistiendo para la boda, pero le daba la impresión de ser un funeral.

Ella había querido más, no menos.

«No pienses», se dijo. «No sientas».

Se miró en el espejo e intentó sonreír al ver a aquella mujer con un vestido color crema con pliegues. Llevaba el cabello negro recogido. La piel de marfil. Y joyas de oro en las orejas, el cuello, las muñecas.

No le quedaba otra opción que ir con Kalen.

Se detuvo a la entrada de la tienda para recuperarse. Pero la belleza del paisaje le hizo olvidarse de todo.

El sol estaba empezando a ponerse, y el desierto estaba hermoso, con aquel cielo púrpura extendiéndose sobre un mar de arena.

Hermoso.

Su corazón sintió una opresión. Y comprendió por qué algunos no podían vivir en la ciudad, después de haber crecido en el desierto. Allí las cosas eran simples. Elementales. El calor y el sol. El viento y las tormentas que soplaban la arena con ferocidad. Y el repentino silencio después de los furiosos vientos.

Le gustaba el brillo blanco del cielo. Los ardientes vientos, el intenso calor.

Si las cosas hubieran sido diferentes, le habría gustado llamar a Baraka su hogar...

Pero un movimiento de mujeres con túnicas

rompieron su estado de trance. La rodearon, dándole una sensación de pertenencia a una comunidad, de estabilidad.

Durante la breve y sencilla ceremonia, Keira estuvo de pie, al lado de Kalen. Éste lucía un atuendo típico: túnica color marfil cubierta por una manta del mismo color. El cabello cubierto por un turbante color plateado y dorado.

Y por fin, se pronunciaron las palabras que sellaban la unión.

El sol desapareció hundiéndose en el horizonte, transformando cielo y arena en un paisaje rojo sangre.

Pronunciaron la bendición y Kalen se inclinó hacia ella, y le dio un beso en ambas mejillas.

Y eso fue todo.

—¿Estamos casados? —preguntó ella, mientras la rodeaba la gente para darle la enhorabuena.

—Marido y mujer —contestó él, burlonamente.

«Marido y mujer», pensó ella.

La fiesta se prolongó hasta tarde por la noche, después de la cena. Hubo horas de entretenimiento, baile, canciones.

La gran tienda de campaña estaba llena de gente en la entrada. Al fondo, Keira estaba sentada al lado de Kalen, tratando de disimular el efecto que le causaba su cercanía.

Había habido un tiempo en que ella lo hubiera dado todo por que él la mirase con una medio sonrisa en los labios. Aquel día Kalen estaba sexy, sensual, indulgente. En un tiempo habría querido más, hubiera deseado que siguiera mirándola... Pero todo aquello había sido antes de que la hiciera su esposa. Ahora ella sabía que tendría que revelar la verdad.

Su secreta vergüenza.

Y entonces, ¿qué pasaría? ¿Cómo reaccionaría Kalen? ¿Se enfadaría? ¿La rechazaría? ¿La castigaría? ¿Le diría a su padre que se había casado con mercancía de segunda mano?

—¿Estás bien? —preguntó él.

Estaba preocupado. Su preocupación la conmovió.

—Sí, gracias.

—Ha sido un día agotador.

Keira asintió con la cabeza.

Sabía que él la deseaba. Y que pronto la tendría. Pronto. Quizás aquella noche.

—¿Estás preocupada por esta noche?

Ella contestó con su silencio.

—Eres tan inocente, que no te das cuenta de que hacer el amor es algo muy natural —comentó él. Estaba intentando tranquilizarla—. Verás que no hay razón para que temas, ni para que te sientas avergonzada.

Keira miró las paredes de lona blanca de la tienda con las sombras que proyectaba la luz de las velas.

Ella se sentía temerosa y avergonzada.

En Europa y América lo que le había pasado a ella se llamaba violación. Allí había justicia... Pero en Baraka...

En Baraka la culparían a ella. Sería castigada. Una chica virtuosa no debería haber estado donde se suponía que no debía estar. Una chica virtuosa debía permanecer oculta, ser algo privado, estar protegida.

Pero Keira, con su liberal madre inglesa, se había sentido al margen de las leyes de Baraka.

Y lo había pagado. Había pagado por su inocencia y estupidez. Había pagado por su atrevimiento.

—Confía en mí, todo irá bien.

¿Confiar en él?, ojalá fuera así de fácil. No podía.

La fiesta terminó tarde, y para cuando Kalen y Keira regresaron a la tienda, ella estaba muy fatigada.

—Tómate tu tiempo —murmuró Kalen—. Cámbiate. Ponte cómoda. No hay prisa.

Keira no necesitó demasiado tiempo para cambiarse. Una de las mujeres bereberes la ayudó a desvestirse y Keira se puso el camisón antes de meterse en la cama, agotada.

Intentó permanecer despierta, esperando a Kalen, pero le pesaban los párpados.

Seguramente si se dormía, Kalen la dejaría en paz, ¿no?

Keira se despertó con el movimiento del colchón. Sintió calor a su lado donde antes no lo había habido.

Unos brazos la tocaron.

—Relájate —le susurró Kalen al oído. No sucederá nada. Vuelve a dormirte.

Pero ella ya no tenía sueño. Estaba muy despierta, llena de pánico, con la adrenalina lista.

No le gustaba que la abrazaran tan fuertemente. Ni sentir el cuerpo desnudo de Kalen contra el suyo.

—No veo. Enciende la luz —pidió.

—No hay nada que ver. Sólo estamos tú y yo, aquí.

Pero estaba tensa.

Intentó separarse. Pero él la apretó más.

—Por favor, Kalen, suéltame.

—Keira, soy yo. Relájate. No pasará nada malo.

—No puedo hacerlo esta noche, Kalen. No puedo...

—No tienes que hacerlo. No vamos a hacer nada. Sólo dormir.

—¿Sólo vamos a dormir?

—Sí.

Ella dejó escapar un suspiro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Prométeme, Kalen, prométeme que no me tocarás.

Ella sintió su pecho hincharse con un profundo suspiro.

—Es bueno que me acostumbre a pasar por alto tus insultos.

—Pero no tienes ropa.

—Lo sé. Y lamentablemente, tú sí.

—Tienes que ponerte algo.

—¿Por qué? —a Kalen pareció hacerle gracia, a pesar de su irritación.

—Porque no es decente.

—No hay nada indecente en la desnudez.

—No estoy cómoda —ella apartó la cara de él.

—Entonces, acostúmbrate, porque siempre duermo desnudo —contestó Kalen—. Y pronto lo harás tú también.

El calor de su cuerpo penetraba la tela de su camisón, y el de sus manos le hacía cosquillas en su interior.

—Lo dudo —dijo ella.

—Deberías ser más optimista.

—Tal vez quieras tener otra esposa.

Él no se rió, aunque ésa fue la intención de

ella. En cambio, la abrazó más.

—No hay ninguna posibilidad —susurró Kalen en su oído.

Por un momento hubo un silencio calmo en la tienda. Ella podía oír el latido del corazón de Kalen, absorber el calor de su cuerpo.

Con sus brazos alrededor de ella, su espalda apretada contra la espalda de Kalen, sus caderas tocando las suyas, ella se sentía extrañamente segura. Era la confianza de la unidad. De la fuerza compartida.

—La inocencia no es algo de lo que haya que avergonzarse —dijo Kalen minutos más tarde—. Es más bien admirable. Yo te admiro.

—¿Por ser virgen?

—Sí.

Ella sonrió en la oscuridad, porque Kalen creía que estaba ayudándola, pero estaba empeorando las cosas.

—¿Y por qué me admiras más por ser virgen?

—Demuestra respeto y valor por ti misma. Respeto por tu cuerpo, y valor por ti porque no te has entregado al primer hombre que te lo pide.

—Supongo que puedes suponer lo que quieras. Es típico de los hombres.

—¿Sexista? —rió él.

—Y feminista.

—Entonces, dime, ¿cómo es que una feminista se hace animadora de un equipo de fútbol americano?

Ella recordó a su madre, a su padre...

—Ten mucho cuidado con lo que dices...

Él se volvió a reír y Keira se movió para estar frente a él, olvidándose por un momento de su timidez.

—Sabes que mi madre era una feminista a ultranza, ¿no? Una de las más radicales de Inglaterra.

—He oído hablar de sus ideas liberales.

—Liberales es poco decir.

Keira jamás había comprendido a su madre. Cómo para su madre las teorías intelectuales podían ser más atractivas para ella que pasar tiempo con su propia hija. Cuando no estaba escribiendo un libro acerca de la evolución social y del aumento o disminución del poder de la mujer en occidente,

estaba dando conferencias en Europa o Estados Unidos. La doctora Gordon era muy conocida.

—Pero tu padre no es liberal.

—Pero ése era el encanto de mi padre. Era un desafío. Y mi madre no puede resistirse a un desafío.

—Estás enfadada con ella.

—No estoy enfadada. Falleció.

Había muerto de cáncer hacía tres años. Un cáncer sólo de mujeres.

Recordaba que una vez había dicho en uno de sus favoritos discursos, que las mujeres habían sido maldecidas con sus úteros. ¡Qué irónico que hubiera muerto de cáncer de útero! ¿Había sido una broma del destino?

—La echas de menos.

—Sí. Pero aun si estuviera viva hoy, no tendríamos una relación estrecha —sonrió forzadamente—. Yo no era suficiente desafío para ella.

—Tú eres un desafío, *laeela.*

—No. Fui un producto de su útero, no de su mente. Sus alumnos... la adoraban. Sus lectores abrazaban sus palabras. Yo sólo quería jugar con muñecas y hacer bizcochos.

Kalen le besó la frente.

—A mí me encantan los bizcochos caseros.

Keira se rió.

—No puedo imaginarte comiendo bizcochos.

—Tal vez sea porque hay muchas cosas que no sabes de mí —la volvió a besar, esa vez en la boca, antes de estrecharla en sus brazos.

Ella se refugió en el pecho de Kalen. Y se durmió oyendo el latido de su corazón.

Cuando se despertó por la mañana, Kalen no estaba ya, pero ella aún sentía su calor. Y estaba relajada.

Había dormido bien por primera vez en semanas.

Se quedó un rato bajo las mantas.

¿Habría dormido toda la noche en brazos de Kalen?

La sensación de paz fue rápidamente interrumpida por gritos y ruidos fuera de la tienda.

Keira se levantó rápido y se puso una bata encima de su camisón para ver qué pasaba.

Los hombres estaban desarmando las tiendas, y los que se ocupaban de los dromedarios gritaban: «¡Utsh! ¡Utsh!», a los animales, intentando que se pusieran de rodillas para cargarlos con cajas y bolsos.

Kalen estaba con un grupo de hombres. Alguien debió decirle algo, porque se dirigió en dirección a ella.

—Buenos días —dijo él, y le dio un beso en cada mejilla.

Era un saludo público, y aún antes de sentir sus labios, ella sintió un revoloteo de mariposas en su estómago.

Recordaba la noche en sus brazos...

—¿Has dormido bien? —preguntó ella, tratando de disimular el efecto que Kalen estaba causándole.

Él sonrió pícaramente, como si se hubiera dado cuenta de cómo estaba ella.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien.

Ella se derritió al ver su sonrisa.

—¿No he perturbado tu sueño? —preguntó ella, recordando alguna de sus caricias.

—No. ¿Y yo el tuyo? —preguntó Kalen.

A ella le pareció recordar una mano acariciando sus pechos, jugando con sus pezones, su cuerpo excitándose, su cuerpo arqueándose en dulce protesta.

Ella frunció el ceño y desvió la mirada, diciéndose que eso no había sucedido.

—No —contestó.

—Bien. Te hacía falta dormir bien.

Sus palabras decían una cosa y su tono otra. Ella lo miró y vio el brillo pícaro de sus ojos. Y el deseo.

Él la deseaba. La deseaba más que nunca. Y ella se estremeció al ver aquel deseo tan salvaje.

Kalen había cambiado, pensó ella, incapaz de desviar la mirada de sus ojos posesivos y hambrientos.

En Londres había destilado un aire de misterio y frialdad, de cinismo. Aquella mañana, en cambio, bajo el cielo del desierto, no estaba nada distante.

No tenía las emociones ocultas tampoco. Todo en él parecía inmediato, accesible. Su deseo, el

susurro de intensas pasiones.

El jeque había regresado al desierto, y éste lo había devuelto a la vida.

—Querrás vestirte —dijo Kalen—. Te está esperando el desayuno. Partiremos dentro de media hora aproximadamente.

—¿Adónde?

—A mi *kasbah* en Ouaha, y el resto del campamento también irá.

—¿Y mi padre?

—Vuelve a Atiq —Kalen sonrió cálidamente. La miró y agregó—: No creo que se sienta lo suficientemente cómodo conmigo como para estar con nosotros en nuestra luna de miel.

Capítulo 10

LUNA de miel», pensó Keira.

Sentía un calor en el vientre al pronunciarla, y sentía nuevamente aquella mano en su pecho, acariciándola, atormentándola con su placer.

Tarde o temprano Kalen querría consumar su relación. Era lo que tradicionalmente representaba la luna de miel...

Ella se sentía muy atraída por Kalen, pero también tenía miedo. No sabía lo suficiente. Él sabía demasiado.

Hizo un esfuerzo por terminar de vestirse y tomar el desayuno que habían preparado para ella: una pita rellena de huevos revueltos y cebolla, antes de marcharse en la caravana de dromedarios.

Fue un día muy largo, y pararon sólo brevemente para almorzar. Cuando Keira tenía hambre, Kalen le daba una bolsa de dátiles.

—Los dátiles son la comida perfecta para el desierto —dijo—. Tienen sal, agua, azúcar y vitaminas.

Más tarde, Keira se sintió acunada por el movimiento de los dromedarios, los sutiles sonidos y sombras del desierto, la sensación de que el tiempo se había detenido y de que el resto del mundo había desaparecido.

Pero su estado se rompió cuando uno de los hombres de Kalen se acercó a él para decirle algo urgente. Kalen escuchó, asintió, dijo unas pocas palabras en árabe y el hombre se marchó.

Aquello sucedió varias veces en las siguientes horas. Estaba pasando algo, pensó Keira, mirando el perfil de Kalen. Parecía tranquilo por fuera, pero Keira sabía que estaba alerta en su interior, preparándose para algo.

¿Para qué?

¿Los estarían siguiendo? ¿Observando? ¿Lo estaba persiguiendo Abizhaid?

Ella suponía que Abizhaid iba a querer vengarse. Kalen se la había quitado delante de sus ojos, había pagado el triple del precio, y se había casado con ella delante de todo el mundo la noche anterior...

Ahmed Abizhaid no podía estar contento.

Pero Kalen no le había expresado ningún temor, ninguna preocupación a ella. Y finalmente la caravana paró y alzaron el campamento.

Mientras habían estado viajando aquel día, el paisaje había ido cambiando. Seguían rodeados de arena, pero había montañas rocosas y rojas ensombreciendo el horizonte, y árboles adornando las dunas.

Los hombres de Kalen eran veinte aproximadamente. La mitad eran guardias del sultán que habían llegado de Atiq, y el resto, una mezcla de tribus bereberes. Pero cada hombre tenía un trabajo mientras levantaban el campamento, incluido el cocinero, que preparó una cena tradicional de Baraka, un guiso de cordero acompañado de pan.

Durante la cena, alguien llegó a la puerta de la tienda, se anunció y Kalen lo hizo entrar.

Kalen se levantó, le dio la mano al hombre y se besaron, una vez en cada mejilla.

Kalen lo saludó como si fuera un igual, y sin presentárselo a Keira, se alejaron. Se arrodillaron juntos y empezaron a hablar.

El extraño llevaba noticias, Keira le pareció notar. Era alto, grande, sus facciones bronceadas por el sol. Tenía un aire de guerrero.

No era uno de los hombres que viajaban con Kalen. Ni era uno de los guardias del sultán. Era un bereber, estaba segura. Llevaba el pelo relativamente largo, negro, peinado hacia atrás. ¿Quién era? ¿Qué relación tenía con Kalen?

Mientras comía el pan del desierto, Keira intentó escuchar y comprender algo de la conversación entre Kalen y el extraño. Pero las pocas palabras que fue capaz de oír no eran el árabe que ella había aprendido en la escuela.

Luego, bruscamente, el extraño se puso de pie, se marchó, y Kalen volvió a acercarse a Keira.

—Tengo que marcharme. Mi huésped ha viajado una larga distancia. Tenemos mucho que hablar.

—¿Quién es él? No lo reconozco.

—El Jeque Tair. Un jefe bereber de un lugar cerca de Ouaha. Un viejo amigo.

O sea, que hablaban en bereber.

—Parece muy... feroz...

—Los bereberes son conocidos como guerreros —él se inclinó, le dio un beso en la frente y agregó—: También son conocidos por su hospitalidad y su calidez —se apartó y se preparó para partir.

—Kalen...

Él la miró por encima del hombro.

—Sé que estás preparando algo. Una estrategia. Lo sé. Tú y tus hombres. Te traen noticias, ¿no es verdad?

—No corres ningún peligro, te lo prometo.

Ella se puso de pie.

—No estoy preocupada por mí —contestó sinceramente. Ella se sentía segura en el desierto—. ¿Estás en peligro? —agregó.

Él agarró un mechón de su cabello que caía sobre sus hombros.

—Siempre hay riesgos. Pero éstos están calculados. Y mis hombres son los mejores de la tribu.

—Vas a pelear con Sidi Abizhaid, ¿verdad?

Kalen volvió a jugar con el mechón de cabello de Keira.

—Hoy, no.

Luego le levantó la barbilla, la besó en los labios y se marchó.

Keira no pudo dormir. Se quedó acostada en la tienda de campaña, destapada.

Habían pasado horas desde que Kalen se había marchado. Ella incluso había salido de la tienda para ver si Kalen andaba por allí, pero no lo había visto. Y las otras tiendas estaban oscuras y en silencio.

Había hombres apostados fuera de su tienda, con sus caras tapadas, dejando sus ojos sólo al descubierto. Debían ser bereberes, pensó, sabiendo

que los bereberes eran históricamente nómadas y guerreros, con una cultura mística y misteriosa.

Se preguntó por la relación estrecha de Kalen con aquella tribu. En muchos sentidos parecía sentirse más cómodo con los hombres de la tribu que con la sofisticación urbana de Atiq.

—¿El Jeque Nuri? —le preguntó al centinela que tenía más cerca.

El hombre agitó su cabeza, y le hizo señas de que volviera a su tienda. Cuando alzó el brazo, Keira vio su espada colgada de su cinturón.

Keira volvió a la tienda y se metió en la cama a esperar a Kalen.

Allí, reflexionó sobre algo que no había querido admitir durante años.

Amaba Baraka. Y amaba la parte de mujer de Baraka que había en ella.

Pero todos aquellos años había puesto distancia con la cultura de su padre y la suya propia. Siete años fuera no habían logrado borrar de su sangre el exótico ritmo de Baraka de su sangre.

En Dallas, cuando se miraba al espejo, siempre veía el cielo azul del desierto en sus ojos, y la historia de su gente en su cabello negro. Era posible que ella quisiera ser inglesa, que quisiera pensar como una americana, pero en lo más profundo de su ser había sabido que seguía siendo de Baraka.

En verdad, se alegraba de haber regresado, de haber hecho las paces con esa parte de su pasado.

Pasaron las horas, y aunque hizo un gran esfuerzo por permanecer despierta esperando a Kalen, finalmente la venció el sueño.

Pero Kalen estaba a su lado cuando se despertó al amanecer, frente a ella, con un brazo musculoso sujetándole la cabeza.

Estaba desnudo, el cabello despeinado, y la piel de oro.

Lo que más le gustaba era su calor. Su calor que penetraba las sábanas, y hasta su propia piel.

Se giró para mirarlo. Le gustaba verlo dormido. Su mandíbula no era tan afilada, su nariz menos pronunciada. Tenía aspecto de hombre, simplemente. Un hombre muy apuesto.

En su cama.

Estiró la mano y le tocó un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Y luego, muy suavemente, su mejilla. Tenía barba de un día, los labios levemente entreabiertos. Eran increíblemente tentadores.

Lo besó muy suavemente. Tan suavemente que no se movió. Keira sintió una emoción agridulce. El Jeque Kalen Nuri. Su sueño. Su fantasía.

Cuidadosamente, para no molestarlo, se tapó con las mantas y se acurrucó contra él, saboreando su calor, su fuerza, y el extraño placer de sentirse no en paz, sino contenta, serena. Era una sensación agradable.

No supo en qué momento él estiró la mano y le rodeó la cintura, acariciándola.

Keira contuvo la respiración cuando la mano de Kalen se deslizó por encima de sus costillas hasta el contorno de sus pechos, y luego nuevamente hacia abajo, acariciándole el vientre.

Durante varios minutos la estuvo tocando. Y ella apenas se atrevió a respirar.

Era muy placentero que la tocase de aquel modo, no le inspiraba temor en absoluto. No era nada agresivo.

Keira se concentró en aquellas sensaciones que sentía mientras él la acariciaba. Su mano estaba muy tibia a través de la tela del camisón, y mientras él le acariciaba el largo de su abdomen y alrededor de las caderas, ella se arqueó, intentando acercarse a él, queriendo sentir más el calor de su cuerpo.

Cuando ella se arqueó, él la movió, le dio la vuelta para que estuviera frente a él y la rodeó con su brazo.

Le dio un beso en la mejilla, suave. Luego deslizó su boca hacia la otra mejilla, con la misma suavidad. Ella sintió más y más calor.

Keira se apretó más contra él. Sintió una de las rodillas de Kalen separar las suyas, y su mano deslizarse hacia abajo por su espalda.

Su boca había sido un placer exquisito. Keira se apoyó en el pecho viril. Él la dejó estirarse, reacomodarse antes de darle otro beso. Fue un beso más profundo, más decidido, y los labios de Keira se estremecieron debajo de los de él antes de abrirse.

El beso no fue suficiente. Ella hundió sus dedos

en su pecho, sintió sus músculos. Buscó nuevamente su boca y lo besó. Quería más de su boca, más fuerza, más hambre, más pasión. La dureza de sus dientes, la caricia de su lengua, la suavidad de sus labios por dentro. Lo quería todo: las texturas, las sensaciones, la experiencia.

Él se puso boca arriba y a ella encima de su cuerpo. Ella tuvo que alzarse un poco para besarlo. Deslizó su lengua dentro de la boca de él, y controló su ritmo. Lamió su labio superior, y notó su respiración agitada.

Con una mano acarició su mejilla. Notó la aspereza de su barba incipiente en su palma mientras lo besaba más profundamente. Ella se había sentido tan sola durante tanto tiempo, que estar así con él, sentirse tan segura, era tan maravilloso...

Él se entregó a ella respondiendo a sus demandas, a sus fervorosos besos con pasión.

Su vientre se tensó cuando la lengua de Kalen penetró su boca y la acarició, mientras sus manos acariciaban su cuerpo. Ella sintió que se derretía, y no supo qué hacer después.

Kalen la sintió temblar, y la abrazó, atrapándola con su pecho, sus caderas, sus piernas.

El calor y la dureza de su cuerpo penetraron el camisón de Keira. La tela no era más que una distracción, una cosa más entre Kalen y ella. Pero Keira intentó concentrarse en el placer y su satisfacción.

Lo deseaba. Lo necesitaba. Quería averiguar qué era lo que buscaba en él, lo que había deseado de él durante todos aquellos años.

Kalen había sido una droga, y ella una adicta a él. ¡Lo había deseado tanto!

Pero ella no sabía cómo seducirlo, no sabía cómo ser más agresiva. No se sentía segura de sus habilidades...

Alguien como Kalen había estado con muchas mujeres. Había disfrutado de mujeres con experiencia, seguras, mujeres expertas en el arte de seducir.

Ella no podía darle eso. No podía darle sofisticación mundana. Sólo podía darse ella misma. Darle su corazón, su amor, su lealtad.

Rogó que fuera suficiente.

Kalen acarició su espalda, bajó hasta sus caderas, llegó a la redondez de su trasero. Fue como si encendiera chispas debajo de su piel. Su cuerpo femenino ardió más, sus nervios se tensaron con una sensación eléctrica.

Ella se estremeció al sentir que él seguía acariciando su trasero. Sintió la tentación de separar sus piernas, de dar paso a Kalen para que entrase en su espacio más privado, pero el temor la frenó.

No podía soportar que le hicieran daño otra vez. Especialmente Kalen. Pero él no la presionó. No tuvo prisa. Siguió acariciándola. Ella sintió la humedad entre sus piernas. Estaba tan excitada, y sabía que Kalen también lo estaba. Estaba duro desde hacía un rato largo. Ella había sentido la presión de su erección contra su muslo, pero también había notado su control. Se estaba frenando, reprimiéndose por ella.

Ella no sabía qué hacer. Cuál era el siguiente paso.

Lo único que sabía era que no quería que él le hiciera daño. Pero no había garantías, y ella lo besó desesperadamente.

Él le acarició la mejilla.

—¿Tienes miedo? —murmuró Kalen.

—Sí.

—¿Qué te da miedo?

—El dolor.

—Haré todo lo posible por no hacerte daño.

Ella quería creerle. Y lo hizo.

Y su tacto fue tan suave, tan tierno, que su corazón se encogió de emoción.

—Quiero tocarte. Y si algo te hace daño, o te da miedo, dímelo y pararé. Te lo prometo.

—De acuerdo —ella rodeó el cuello de Kalen.

Kalen la volvió a besar, profundamente, explorando con su lengua la parte interior de sus labios, el borde de sus dientes. Y mientras la besaba, lo sintió abrirse paso entre sus piernas, lentamente, muy lentamente. Estaba separando sus piernas, haciendo sitio para su mano.

Acarició los rizos de su pubis. Ella notó su

propia humedad. Estaba ardiendo.

Él volvió a acariciar sus rizos, y luego deslizó suavemente la punta de los dedos en el blando centro de su femineidad. Estaba caliente y húmedo.

Ella exclamó, clavó sus dedos en la espalda de Kalen. Era una sensación maravillosa. No inspiraba temor. Era seductora, sexy. Él la acarició tan suavemente que ella sintió que se derretía. Lo deseaba dentro de su cuerpo. Cuando le acarició el clítoris fue como estar en el paraíso, un torrente de sensaciones. Fue tan intenso, que ella no sabía si encoger las piernas o pedirle que la penetrase con su dedo.

Y entonces él deslizó un dedo dentro de ella. Y ella se quedó helada. Pero fue sólo porque era una sensación nueva, porque en realidad era muy placentero.

Ella sintió miedo de que él la rechazara. ¿Y si a él no le gustaba el modo en que ella reaccionaba?

—¿Qué sucede? ¿Te he hecho daño?

—No —era increíble cómo él leía su mente.

—¿Te gusta esto? —preguntó él mientras su dedo entraba y salía de ella.

—Sí.

Ella sintió sus músculos tensarse alrededor de él. Para él.

—¿Qué otra cosa te gustaría?

Ella agitó la cabeza, incapaz de contestar.

—Dime, *laeela.* No sabré cómo complacerte si tú no me lo dices.

—Pero me estás complaciendo. Soy yo. Tengo miedo de decepcionarte.

—Nunca. Te lo prometo.

Kalen le sujetó la cabeza y la besó. Había dejado que ella lo besara antes. Pero en aquel momento tomó él la iniciativa, y la besó profundamente, mientras la tocaba íntimamente, aumentando su deseo.

Sus besos y sus caricias fueron mágicos, y produjeron una reacción en ella que la asombraron. Ya no era dueña de su cuerpo. Ya no lo controlaba. Su cuerpo bailaba en manos de Kalen, vivo, peligroso, explosivo.

Si no dejaba de tocarla, se partiría en sus manos.

Ella quería entregarse a él. Quería abrirse para él. Quería ser suya en todo sentido.

—Quítame el camisón —susurró Keira.

—Incorpórate.

Ella obedeció. Tenía las piernas abiertas, a horcajadas de Kalen, con su centro húmedo apretado contra su erección. Debía haberse sentido avergonzada, pero no lo estaba. En realidad quería más.

Él tiró del bajo de su camisón hacia arriba y se lo quitó, dejándolo al lado de la cama.

Y entonces sintió las manos de Kalen en su piel desnuda.

Él rodó con ella, sujetando sus caderas, y entonces la dejó debajo de él, con las piernas extendidas, y su cuerpo viril contra ella, presionando con su erección contra su humedad.

Su rígida erección se deslizó hacia arriba y hacia abajo contra su húmeda suavidad, y casi se deslizó dentro. Ella exclamó, poniéndose tensa.

—Si te hago daño, dime que pare —susurró él.

Ella asintió y él la besó profundamente, apaciguándola. Y mientras se relajaba, Keira sintió que él presionaba contra ella.

No sentía dolor aún, y ella respiró profundamente.

Sintió la sedosa punta de su sexo entrar en ella. Quiso protestar instintivamente, pero su beso la acalló. Fue un beso intenso, sensual. Kalen le acarició el vientre y luego agarró su pecho. Jugó con su pezón entre los dedos. Fue un placer casi insoportable... Ella no podía concentrarse en nada. Sólo lo deseaba...

Sentirlo dentro no le causó dolor, sino un calor intenso, una plenitud...

No era dolor, se dijo. Sólo era Kalen haciéndole el amor. Pero parte de su mente aún quería protestar, apartarse... Pero, en cambio, extendió su mano y le agarró la nuca, acariciando su cabello.

Kalen se estaba moviendo, lentamente, suavemente, entrando en ella. Aquella vez hubo menos presión, la sensación de que la estaban estirando era menos intensa. Continuó el movimiento hasta que gradualmente el sentimiento se hizo placentero, no,

más que placentero, infinitamente satisfactorio.

Era muy agradable tenerlo abrazado, con su cuerpo enterrado en ella, enviando aquel calor a todo su ser.

—Kalen —susurró, y le rodeó el cuello.

El pecho de Kalen rozó sus pechos. No podía creer lo bien que se sentía.

—¿Quieres que pare? —preguntó él, besándola, jugando con la lengua de ella.

Su beso la llevó al borde de la satisfacción. Keira se estremeció. Él metió su lengua en su boca y se internó más profundamente con un empuje de sus caderas. La combinación de su caliente erección dentro de su cuerpo y su resbaladiza lengua en su boca era tan erótica, tan excitante, que ella se sentía lasciva. Quería más, más...

El sol empezaba a salir fuera de la tienda, pintando el paisaje de amarillo y rosa.

El pulso de Keira se aceleró. Keira alzó las caderas para sentirlo más adentro, jugó con su lengua. Cada empuje era un ataque deliberado a sus sentidos... Sus nervios se estaban tensando cada vez más. Ella hundió sus dedos en la espalda de él, se aferró a él, con la respiración cada vez más agitada.

—Kalen... —susurró.

Pero él no dejó de moverse, sólo presionó más profundamente, y luego casi se salió completamente para volver a penetrarla como si el cuerpo de ella estuviera hecho para él.

El placer la abrumó. Su cuerpo se tensó internamente, e intentó envolver el sexo de Kalen. Ella gritó, y él la acalló con su beso.

Abrazada a él, sintió que la invadían olas tras olas de placer. No podía más... Y estalló.

Y entonces él se derrumbó también, enterrándose en ella en un feroz orgasmo.

Se quedó aferrada a él, con el corazón latiendo agitadamente.

Pero una voz gritó desde fuera de la tienda.

—¡Su Excelencia! Se acerca una caravana. El Jeque Tair ha salido a su encuentro.

Kalen la besó suavemente y se levantó de la cama. Se vistió deprisa y salió.

Keira se vistió rápidamente también. Minutos después de que Kalen hubiera salido, el campamento había vuelto a la vida. Estaban deshaciendo el campamento.

Cuando Kalen apareció de nuevo, su tienda había sido deshecha y empaquetada.

—¿Estamos en peligro? —preguntó ella cuando Kalen le tomó la mano y la llevó hacia su dromedario.

—No. Tair tiene muchos hombres entre nosotros y la caravana...

—Se trata de Sidi Abizhaid, ¿no es verdad?

—Mmmm... Es mejor que nos movamos, que intentemos cruzar la frontera hacia Ouaha. Es mejor no arriesgarse —se inclinó, le dio un beso en cada mejilla, y murmuró—: Siento que nos hayan interrumpido.

Ella se puso roja.

—La seguridad nacional siempre está primero, Su Excelencia.

Él sonrió.

—Espero que podamos continuar más tarde, si no estás muy dolorida.

Ella se volvió a poner roja.

—Estoy bien.

—¿No te he hecho daño?

—No...

—¿No te he asustado tampoco?

—No. En absoluto.

—Bien —Kalen apretó su mano suavemente y luego se apartó—. Recuerda, *laeela,* siempre estoy cerca.

Mientras viajaban aquel día, la roja arena dio lugar a rocas rojas, y las dunas de arena se convirtieron en escarpadas colinas.

A lo lejos, había algunos bosques, pequeños oasis verdes en todo aquel beige, rosa y rojo del desierto.

Aquella mañana debía significar algo para Kalen, pensó ella mientras se dirigían a la roja ciudad en la distancia. El hacer el amor había sido tan increíble, que le había parecido... sagrado.

¿Sería algo tan intenso y sensual para todo el mundo?, se preguntó Keira.

Su cuerpo se había sentido hermoso en sus manos. Ella se había sentido hermosa. Todo había sido tan

maravilloso...

Kalen acercó su dromedario a Keira.

—Acabamos de cruzar la frontera. Ya no estamos en Baraka. Hemos entrado en Ouaha. Deberíamos llegar a mi castillo en un par de horas. Pero primero pasaremos por Zefrou, un viejo pueblo bereber. En Zefrou pararemos y tomaremos un té.

—¿Ya no estás preocupado por Sidi Abizhaid?

—Ésta es la jurisdicción del Jeque Tair.

—¿Qué significa eso?

—Que si Abizhaid comete un delito aquí, yo no puedo tocarlo. Él pasa a ser responsabilidad del Jeque Tair.

Keira miró a Kalen y dijo:

—Pero el Jeque Tair es tu amigo.

—Sí.

—¿Es eso... justo?

—¿Es justo que Abizhaid ataque pueblos de la frontera para financiar su coalición de rebeldes y descontentos? ¿O que la esposa de Tair y su hijo pequeño hayan sido asesinados a sangre fría en un ataque hace un año?

Él vio el shock en los ojos de Keira y asintió.

—Abizhaid es un desalmado sin ley. Un ladrón. Quita a quien se le antoja lo que quiere, y corta el cuello de aquellos que se ponen en su camino.

Kalen sintió miedo.

—¿Y mi padre?

—Está en peligro.

—Pero mi padre no es el peligro...

—No. Abizhaid manipula a tu padre. Lo intimida para que le obedezca.

—¡Y mi padre me iba a forzar a casarme con él!

—Abizhaid había dicho que te mataría si Omar no arreglaba la boda.

Capítulo 11

KEIRA se agarró a la barra de la silla del dromedario.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó.

—Tu padre. La noche de nuestra boda.

—Entonces, ¿por qué mi padre triplicó el precio de la novia?

—Fue un farol. Intentaba parecer leal a Abizhaid, porque sabía que Abizhaid tenía espías por todas partes. Pero luego tu padre no quiso recibir un penique. Está muy agradecido que estés bajo mi protección. Pero sigue la amenaza sobre su cabeza.

Ella agitó la cabeza, no sabiendo qué pensar.

—Entonces, ¿por qué mi padre no acudió al sultán? ¿Por qué no pidió la ayuda del sultán?

—Porque tu padre fue extorsionado por Abizhaid durante casi una década.

—¿Extorsionado por qué?

—Hace años, tu padre compartió información con una mujer, una mujer a la que amaba, y de quien creía que lo amaba. Pero el resultado fue el intento de asesinato del sultán. Malik estuvo a punto de morir.

Keira sintió un revoltijo en el estómago.

—¿Quién fue la mujer?

—Una de las esposas de Abizhaid.

Keira se aferró más a la barra.

—¿Estás seguro?

—Lo he sospechado mucho tiempo, pero tu padre me confirmó todo ayer. Hemos hablado largo rato. Él se siente aliviado de que se haya terminado, Keira. Ha vivido con este peso durante años.

—¿Entonces va a ayudarte?

—Se ha ofrecido a declarar contra Abizhaid...

Ella dejó escapar una profunda exhalación al pensar en las consecuencias que podría tener el denunciar a una persona tan poderosa como Ahmed Abizhaid.

—Eso le acarreará la muerte a mi padre, seguro —dijo.

—Tu padre comprende los riesgos que conlleva. Pero la recompensa es mayor. Abizhaid pagará por sus crímenes. La gente de Baraka y de Ouaha estará más segura. Tu padre hasta podrá tener una vida normal, una vida sin tanto temor y culpa.

Ella sintió cierta envidia al oír aquello. A ella también le hubiera gustado una vida así.

—¿Qué le pasará a mi padre después de que declare? ¿Tendrá que ir a la cárcel?

—Es posible que pase un tiempo en prisión. Pero, conociendo a Malik, mi hermano es posible que elija el perdón para tu padre. Pero primero Abizhaid tiene que ser capturado. Y eso es para lo que el Jeque Tair me ha ofrecido su ayuda.

Un hombre montado a caballo apareció en el horizonte. El caballo corría tanto que parecía que estaba volando a través de la arena.

Kalen lo miró.

—Esto no es nada bueno. No van a ser buenas noticias.

—¿Quién es?

—Uno de los hombres de Tair. Algo ha sucedido.

Kalen tenía razón. El hombre a caballo traía noticias de una sorprendente emboscada. Varios hombres de Tair habían muerto, y el mismo jeque estaba herido.

—¿Y Abizhaid? —preguntó Kalen, mirando al joven que había llegado en el caballo.

—No se sabía nada, cuando me he marchado. Pero es posible que haya escapado.

Kalen y el joven bereber, pasaron de hablar árabe a hablar en bereber. Luego el hombre asintió. Se despidieron y se marchó.

—Va a ir a buscar a un médico —dijo Kalen.

—¿No vas a ayudar al Jeque Tair? Creí que era tu amigo...

—Por supuesto que lo es. Pero tú eres mi esposa, y no puedo marcharme si no te dejo a salvo, dentro de las murallas de mi *kasbah.*

Media hora más tarde vieron las murallas de Zefrou.

Al ver las paredes de adobe rojo, los dromedarios

descansando debajo de los naranjos cargados de frutos, Keira sospechó que aquel pueblo poco había cambiado en mil años.

Pararon para tomar té en una casa del pueblo. Por fuera era igual a las otras, pero por dentro, era muy lujosa y elegante.

Aquel viaje había sido un descubrimiento, pensó Keira, saludando con una inclinación a sus anfitriones, un hombre y una mujer que se sintieron muy honrados por la visita del Jeque Nuri.

Por primera vez había visto que la vida en los países como Baraka, Marruecos, Ouaha no eran sólo ciudades congestionadas como Atiq, con sus turistas y su influencia europea, sino pueblos con su propio ritmo, su propio silencio, como el silencio de los bereberes.

El té era un ritual, pero Keira notó que Kalen estaba impaciente por seguir el viaje.

De pronto, aparecieron un par de niñas en el salón. Entonces se dieron cuenta de que habían interrumpido el té del jeque y se mostraron horrorizadas.

—¡Salid de aquí! —exclamó su padre.

Keira miró a Kalen.

—Me recuerdan a ti. Siempre mirabas con curiosidad. Con grandes ojos...

Tenía razón. Pero aquello había sido antes de darse cuenta de que la curiosidad podía llevar a cometer errores sin remedio...

—Te he puesto triste —dijo Kalen, tocando su brazo, al verla ensimismada.

—No. Sí —ella sonrió agitando la cabeza—. No te preocupes.

—Entonces será mejor que nos vayamos. Se está haciendo tarde.

—Estás preocupado por el Jeque Tair —dijo Keira suavemente.

—No se ha sabido nada de él.

—¿Y eso es un signo malo?

Él dudó.

—Un signo inquietante.

Sus dromedarios fueron reemplazados por caballos.

—Viajaremos más rápido así —le explicó Kalen—. Reduciremos el tiempo a la mitad.

—Entonces, ¿estás inquieto por Tair?

Kalen rodeó la cintura de Keira y la hizo subir a la silla del caballo.

—Inquieto, no. Preocupado tal vez... Lo único que me inquieta es que si no nos apuramos, y no hago lo que tengo que hacer, no voy a tener el tiempo suficiente para estar contigo en la cama.

—Eso no es importante...

—¿No? *Laeela,* ésta es nuestra luna de miel.

Ella sabía que no hablaba del todo en serio. Que estaba preocupado por la emboscada y la ayuda que necesitaba Tair.

Pero Kalen quería hacerla sentir cómoda, evidentemente, pensó ella.

El sol empezaba a ponerse en el momento en que llegaron a su *kasbah.*

Éste había sido construido hacía quinientos años en lo alto de la montaña, pero era más que una fortaleza. Era como una ciudad, completamente amurallada, con torres, patios, jardines y lagunas.

Todo le sorprendió y le encantó.

—Esto es... Como un sueño. Como una fantasía. Un cuento de los que me leía mi padre.

—Es hermoso —dijo él, sonriendo al ver que a ella le gustaba.

—Pero no es una *kasbah,* Kalen. Es un palacio. ¡Un palacio para un sultán!

—Lo sé.

—Tú no eres un sultán, ¿verdad? —se rió ella.

—Sólo en Ouaha.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Eres un sultán?

—Es un título honorario más que nada.

—Es por ello que la pareja que nos recibió nos hizo tantos honores... Y las niñas... —Keira empezó a comprender.

—Yo me considero un jefe bereber como Tair, no un sultán. Y hablando de Tair, debería marcharme. Estarás segura aquí, bien protegida, te lo prometo.

—No estoy preocupada.

—Es posible que esté fuera un par de días.

—Comprendo.

Kalen tiró de ella, la estrechó en sus brazos, le agarró la barbilla y la besó apasionadamente, hasta

que su cabeza dio vueltas y ella lo agarró de su túnica.

Finalmente, él le advirtió:

—Quédate dentro de las murallas de la *kasbah.*

—Lo haré.

—Si algo va mal...

—No irá mal —respondió ella —se puso de puntillas y lo besó en la boca—. Haz lo que tengas que hacer, pero vuelve pronto.

Kalen volvió al tercer día. El tiempo había pasado rápido para Keira. Se había inmerso en la vida de la *kasbah,* uniéndose a las mujeres en la cocina, aprendiendo a cocinar algunas comidas bereberes.

Estaba en la cocina aprendiendo a hacer un bizcocho de miel y almendra cuando una de las chicas que servían en la casa gritó que habían visto al Jeque Nuri, y que él y sus hombres llegarían en una hora aproximadamente.

Keira se quitó el delantal, volvió a su habitación inmediatamente y se empezó a bañar.

Luego se puso un aceite que hacían las mujeres de la *kasbah.* Estaba terminando de aplicársela cuando Kalen abrió la puerta.

—No te muevas —dijo, agarrando la toalla de baño.

—Estoy desnuda —protestó ella.

—Lo sé —cerró la puerta—. No podría esperar un mejor recibimiento.

—Deja que termine de vestirme...

—No. Eres hermosa. Quiero mirarte.

—Kalen...

—Dame el gusto, *laeela.* He viajado muchas horas sólo para volver a estar contigo.

—¿Y el Jeque Tair? ¿Cómo está? —preguntó ella para distraerlo.

—En el hospital, en Atiq. Creen que se recuperará completamente.

—Debes sentirte aliviado.

—Lo estoy.

Pero ella no lo había distraído del todo, porque Kalen la estaba mirando.

—¿Y Sidi Abizhaid?

—Está muerto.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Lo mataron en la emboscada en la que Tair fue herido. Pero como se había disfrazado, nadie lo reconoció.

—¿Y ahora qué sucederá? —preguntó Keira, sabiendo que había dos significados para la pregunta.

—La vida continúa. Y lo que más me gustaría sería olvidar las últimas setenta y dos horas y concentrarme en ti.

—¿En mí?

—Sí. Déjame que comience con un baño. Me encantaría darme un baño en compañía de mi hermosa esposa, y entonces...

Ella se puso roja.

—Deja que te llene la bañera.

Pero antes de que él pudiera contestar, ella se metió en el cuarto de baño.

Su pulso se aceleró.

Mientras se llenaba la bañera, Keira puso las hierbas que las mujeres le habían dado para su baño.

Un aroma a lavanda con otras hierbas se mezcló con el vapor. Ella oyó la puerta del baño. Sabía que era Kalen, y que la estaba observando.

Sabía que la deseaba.

Con mano temblorosa, puso aceite con aroma a cítricos en el agua.

Kalen se acercó a ella y se puso detrás.

—Eres la fantasía de todo hombre hecha realidad...

Ella inclinó la cabeza.

—¿Una esclava del Imperio Otomano? —preguntó ella, ruborizada.

Él la puso de pie, le dio la vuelta para que lo mirase, la abrazó firmemente, y atrapó sus piernas con sus muslos.

—Mmm... Es una fantasía muy interesante. No ha sido mía, pero si fueras mi esclava... ¿qué te pediría que hicieras?

Ella alzó la mirada.

Sus ojos ámbar la quemaron. Él hizo un gesto con la cabeza y su pelo negro cubierto de arena y polvo se movió levemente.

—¿Alguna idea, *laeela*?

Ella se sentía muy tímida, tan falta de experiencia...

—Podría desvestirte.
—Sí.
—Bañarte.
—¿Bañarme?
—Has dicho que yo era tu esclava.
Él movió su brazo y el cabello de Keira cayó, suelto. Estaba tan vulnerable así, con aquel aceite y aquella fragancia...
Kalen le besó el cuello, y luego siguió hasta sus pechos. Su boca se cerró alrededor de un pezón, y él lo succionó, suavemente, luego más intensamente.
Ella se estremeció contra él.
—Desvísteme —dijo Kalen, separándose de Keira.
Ella se sintió desorientada. Pero con el corazón saliéndosele por la boca, extendió el brazo y agarró su cinturón. Sintió un calor intenso y una gran excitación.
Le desabrochó el cinturón, y lo dejó en una banqueta.
Keira miró la cara de Kalen y vio su fiereza en sus ojos ámbar. La fuerza de su deseo la estremeció. Era algo físico, tangible, vivo.
Con la respiración irregular agarró su túnica y tiró de la tela, se la quitó de los hombros y la dejó con el cinturón.
—Tus pantalones —dijo ella con la boca seca.
Se sentó en el borde de la bañera. Se arrodilló a sus pies, y le bajó los pantalones, añadiéndolos a la pila de ropa. Oyó la ronca risa de Kalen.
—Muy tímida... —comentó Kalen, bajándose en la bañera y exclamando de placer al sentir el agua tibia—. ¡Esto es el paraíso!
Ella lo miró, como absorbiéndolo. Aquella boca tentadora, aquel cabello negro... Quería volver a estar con él.
—Te lavaré el pelo. Cierra los ojos y relájate.
Mojó su pelo con un pequeño cubo plateado, y le puso champú.
Le masajeó el cuero cabelludo con él. Por su expresión, parecía estar disfrutando mucho. Y ella se tomó su tiempo para hacerle masajes por toda la cabeza. Y cuando terminó, él suspiró.
Luego le enjuagó la cabeza, poniendo una mano en su frente para que no le entrase jabón en los ojos.

—Ahora, el resto —dijo ella, agarrando una esponja y poniéndole jabón perfumado.

Él la observó.

—La mejor esclava que he tenido... —comentó mientras ella le lavaba las piernas.

—Gracias. He hecho lo que he podido. El resto es cosa tuya.

—No has lavado algunas zonas muy importantes.

Ella se puso colorada.

—Lo he hecho a propósito. Hasta las esclavas tienen sus límites.

Él se rió. Y después de quitarle la esponja, la metió debajo del agua.

Keira desvió la mirada. Estaba roja.

—¿No quieres ver mi técnica? —le preguntó él.

—No.

—A lo mejor aprendes algo.

Ella carraspeó y no contestó.

Entonces él la levantó y la hizo entrar en la bañera.

—Puedes aprender algo... —repitió Kalen, echándose hacia atrás y poniéndola a ella encima de él—. Y tal vez te guste —agregó después de acercarle la cara.

La besó apasionadamente. Aquel beso consumió sus sentidos. Fue un beso posesivo más que seductor. Keira sintió la presión de su boca, la fuerza de su cuerpo tibio y mojado, el roce de su vello en el pecho contra sus senos, los músculos de su abdomen contra la suavidad de su vientre.

Ella no podía pensar, no podía controlar nada. Sólo reaccionaba a aquellos labios exigentes, a aquella lengua que la exploraba.

Todas aquellas sensaciones hicieron que ella de pronto se sintiera voraz. Una mujer desesperada por un hombre. Quería más de él, y quería darle más también.

Mientras él la besaba, ella deslizó sus manos por su pecho. Le fascinaba la textura de su vello húmedo y rizado que formaba una uve. Sus pezones se pusieron duros.

Ella dejó de besarlo y se hundió en el agua y se los besó. Kalen gimió cuando ella succionó uno de ellos y luego el otro.

Su cuerpo grande y bello con el que la envolvía se veía magnífico allí. Dejó que él la acariciara, que la amoldase a sus manos. Ella no sabía qué estaba haciendo, pero no le importaba. Kalen la puso debajo, intercambiando sus posiciones. Ella exclamó cuando le agarró los brazos y los sujetó por detrás de su cabeza.

Entonces le agarró un pezón con la boca.

Ella casi se derritió.

De pronto sintió las manos de Kalen en sus muslos. Luego las sintió deslizarse alrededor de su trasero, mientras la punta de su erección se frotaba contra la entrada de su femineidad. Se estremeció ante aquella sensación que la enloquecía. Tenía los nervios a flor de piel, pero no estaba satisfecha.

Entonces él entró en ella y sus pulmones se encogieron, faltándole el aire. Él la estaba llenando, entrando profundamente en ella. Y fue una sorpresa, se sobresaltó, no por el dolor sino por el placer...

Keira tembló cuando él se empezó a mover, enterrando su cuerpo en ella, envolviéndola en aquella erótica danza.

Ella quería que aquello durase. Acarició los brazos de Kalen, su piel satinada...

Con él dentro de ella, llenándola de calor, sentía una gran emoción. «Te amo», le hubiera gustado decir, mientras él la empujaba hacia el abismo de placer. «Te amo, Kalen».

Terminaron haciendo el amor nuevamente un rato más tarde, aquella vez encima de la cama, aún enredados en las toallas de baño, con sus cuerpos envueltos en aceites aromáticos, resbalándose en sus movimientos.

Después del segundo clímax, Keira no podía moverse en brazos de Kalen.

—Sé que necesitas comer —susurró Keira, con los ojos cerrados, flotando aún en aquella sensación embriagadora. Él le había enseñado lo que era el paraíso, le había hecho probar el sabor de la gloria —. Has viajado desde muy lejos y has trabajado duramente.

—El hacerte el amor no es un trabajo —respondió él, peinando el cabello de Keira con sus dedos—.

Podría hacerte el amor todo el día...
—Definitivamente, necesitas alimentarte para eso.
—Quizás me baste con comerte a ti...
—¡Kalen! —alzó la cabeza, frunció el ceño y agregó—: No, ni se te ocurra.
—¡Eres tan tímida aún, *laeela*! —le acarició la mejilla con el pulgar—. No he conocido jamás una mujer tan hermosa como tú.
—No soy tan tímida como antes.
—No. Pero has sido un desafío —agarró su cabeza y le dio un beso—. No me estoy quejando. Atesoro el regalo que me has dado, el de tu virginidad. Agradezco que hayas esperado.
Ella empezó a ponerse fría mientras él hablaba.
—¿Y qué si no era virgen? —susurró Keira—. ¿Qué hubiera pasado si hubiera tenido experiencia?
—Supongo que eso depende de tu definición de experiencia, pero el conocimiento no es algo malo —Kalen le quitó el cabello de la cara—. Y no obstante, el hecho de que no hayas tenido experiencia me ha causado impresión. Me alegro de haber sido el primero, me alegro de haber podido enseñarte, amarte, de haberme confiado tu inocencia.
Ella sintió náuseas y dolor de cabeza. Dolor de cabeza y sentimiento de culpa.
Keira se salió de debajo de su brazo, se incorporó en el borde de la cama, y dijo:
—Voy a ver qué pasa con tu cena.
—Keira —él se inclinó hacia delante, le agarró la muñeca para que no se fuera—. No te avergüences de ti misma. Todo el mundo es diferente. Las emociones de la gente son distintas. Soy sincero cuando te digo que te admiro. Respeto las decisiones que has tomado.
—Pero tú no conoces las decisiones que he tomado. Sabes muy poco sobre mí y mi vida.
Él soltó su muñeca.
—¿Qué cosa no sé?
—Muchas.
Él agitó la cabeza.
—Te conozco desde que eras una niña. Y he pedido a gente que averiguase cosas sobre ti.
—¿Cuánto has averiguado?
—Mucho.

—Evidentemente, no tanto —dijo ella con tono de enfado y culpa.

Ella debía estar tranquila. Alguien debía saber la verdad. Necesitaba que Kalen supiera la verdad.

—Tengo que decirte algo. Es importante que lo sepas —lo miró a los ojos.

Ella hubiera querido protegerse nuevamente en sus brazos, quería que él la volviera a tocar, que la abrazara, porque de pronto tenía mucho miedo.

—Habla. Tienes toda mi atención.

Capítulo 12

KEIRA se volvió a sentar al borde de la cama.

—Sucedió algo, hace muchos años, y pensé... Que si podía ser buena, realmente buena, podría arreglarlo todo. Arreglarlo con la bondad.

Keira se inclinó y agarró una de las toallas. Se envolvió en ella.

—Tuve notas casi perfectas en la escuela. Bailaba todas las tardes. Una hora de barra seguida de ensayos. Me moría de hambre para tener el aspecto que necesitaba una bailarina... Hice todo, absolutamente todo lo que se me pedía. Lo que me pedía todo el mundo.

Keira se estremeció, y dejó escapar un suspiro.

Sentía pena por la chica herida en la fiesta, pero también por la adulta en la que se había convertido, que nunca podría enderezarse, que nunca haría lo suficiente para redimirse.

Kalen se quedó callado.

—Pensé que si hacía todo bien para los demás, tendría suerte. Pensé que desde el cielo, Dios, el destino, me vería haciendo un gran esfuerzo. Y que tendría compasión de mí y me daría otra oportunidad. Que me daría otra vida porque yo era buena y... —las palabras le salían tan rápido que estaba temblando —... me lo merecía —miró a Kalen—. Me lo merecía —repitió—. Todavía me lo merezco. Y lo quiero. Lo quiero con toda mi alma. Quiero el perdón, la compasión, y sobre todo, la esperanza.

Kalen no dijo nada. Y los dientes de Keira empezaron a castañetear. Temblando, Keira se cruzó de brazos por encima de la toalla. Se había pasado la vida intentando arreglar algo que otra persona le había hecho a ella.

—Quiero una segunda oportunidad —concluyó—. Y quizás tú me hayas dado esa segunda oportunidad pero quiero oírlo de tus labios. Necesito saber que tú lo comprendes y que me aceptas como soy.

—¿Qué cosa hiciste que fue tan mala?

—Fui a una fiesta. En Atiq. Yo era sólo una adolescente.

Kalen se puso en guardia. Ella sintió miedo.

—Una cosa llevó a la otra...

—¿Cómo?

—Tomé una copa... Un cóctel. Y una cosa llevó a la otra —no podía mirarlo—. Terminé saliendo con uno de los chicos. No sé por qué. Había estado hablando conmigo y yo...

Keira se dio cuenta de lo mal que debía de sonar todo aquello. Ella había sido una chica de Baraka entonces, y sabía que no debía haber ido a la fiesta. Que no debía haber tomado aquella copa. Que no debía haberse ido del salón con un hombre.

—Perdí el control de la situación...

—¿El control? —preguntó Kalen.

Ella asintió y tragó saliva.

Siguió un incómodo silencio.

—¿Tuviste sexo con él?

Kalen no iba a comprender, ¿verdad?, pensó ella.

—¿Tuviste sexo con él? —repitió él.

—Yo...

Kalen no la dejó seguir.

—¿Qué fiesta fue ésa, Keira?

Estaba enfadado. Su voz vibraba con furia. Ella no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta.

—¿Fue ésa mi fiesta, Keira? ¿La que me hicieron cuando volví de Londres?

Él lo sabía, pensó Keira.

Ella asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Eras tú! —exclamó él con disgusto—. Me enteré de todo lo tuyo... Durante meses fuiste el comentario de todo el pueblo.

—Kalen.

—El amigo tuyo de la fiesta terminó llevándote a la cama. Y estuvo alardeando de lo que tú le diste, libremente, deseosamente. Fuiste insaciable.

Los ojos de Keira se llenaron de lágrimas nuevamente.

No. No había sido así.

Él la miró en silencio, como juzgándola.

—¿Quién eres? —le preguntó Kalen.

—Tú me conoces, Kalen.

—No. Eres un montón de contradicciones.

Ella tragó saliva. Sabía qué sentía Kalen. Se había terminado su relación con ella. Aunque no lo hubiera dicho con palabras.

—No puedo creerlo —Kalen fue de un lado a otro de la habitación—. No puedo creer lo que me estás contando.

Ella lo miró, simplemente. Kalen era como los demás.

—¿Sabes las veces que he oído la historia de aquella noche? ¿Tienes idea de cuántos hombres saben lo que hicieron contigo? —su voz se fue apagando.

Estaba en estado de shock.

—Pero ellos no saben que soy yo —dijo ella serenamente, como un autómata.

—Pero yo, sí.

Habían pasado sólo veinticuatro horas. Las veinticuatro horas más largas de su vida.

Kalen la había puesto en un avión rápidamente y la había enviado a Londres.

—Es mejor que te vayas —dijo él, haciéndole la maleta.

—¿Ir adónde?

—A Londres —respondió él, sin mirarla.

—Preferiría volver a casa.

—Londres es tu casa.

—No, ésa es tu casa. La mía está en Dallas. Es allí donde vivo. Adonde quiero ir ahora.

—Tenemos que arreglar las cosas primero.

—¿Qué cosas?

—Nuestro matrimonio, para empezar.

—¿Y no podemos hacerlo ahora?

—No, estoy demasiado enfadado. Necesito tiempo. Espacio. Y tú también, probablemente.

Pero no era así. Lo que ella necesitaba era amor, ternura, amabilidad. No necesitaba tiempo, ni espacio.

Pero a él no le importaba, ¿verdad?

Keira estaba aturdida. Había viajado como una autómata, y llegado al ático de Londres en el mismo estado.

Casi no había usado ropa en Baraka, más que

algunas túnicas de algodón. Lo único que quería conservar era su traje de novia.

Keira extendió el traje, alisó su suave seda...

Sintió ganas de llorar...

Pasaron los días sin que tuviera noticias de Kalen.

Ella se preguntaba qué haría con ella. ¿Se divorciaría? ¿Pediría una separación legal?

Hacía una semana que estaba en Londres. Una semana de no poder dormir, comer...

¿Cómo Kalen podía pensar lo peor de ella? ¿Cómo podía ser tan cruel?

Simplemente, porque así era él.

Ella necesitaba volver a ver a Kalen. No podía imaginar la vida sin él.

Pero... ¿Lo amaba o lo odiaba?

Y si lo odiaba, ¿por qué se moría por la fragancia de su piel, el calor de su cuerpo? ¿Se trataba sólo de sexo? ¿Atracción animal?

Ella había leído cosas sobre hombres como Kalen en su adolescencia, y había soñado con un hombre exótico que la hiciera olvidar su vida de todos los días, y la llevase a un mundo de fantasía... Pero su madre tenía razón. Los hombres reales no tenían nada que ver con los protagonistas de los libros...

Los hombres...

Sonó el timbre de la puerta, interrumpiendo los pensamientos de Keira.

Ella sintió un cosquilleo en el estómago.

Apareció el mayordomo y Keira asintió.

Entró Kalen, le dio el abrigo al mayordomo y éste los dejó solos.

Kalen la miró con sus ojos color ámbar.

Hubo un silencio.

—Hola —dijo ella, haciendo un esfuerzo.

—Buenas noches —dijo él.

Ella recordó los días que habían pasado juntos en el desierto, las noches...

—¿Quieres una copa? —le ofreció ella.

Tenía un nudo en la garganta, pero no quería llorar.

Él la miró, achicando los ojos.

—¿Es eso lo que necesito?

Ella no sabía qué necesitaba él. Ni qué estaban

haciendo allí, en primer lugar.

La amenaza de Abizhaid los había unido. Y ahora que Abizhaid estaba muerto, todo parecía perder sentido. Pero ella seguía siendo su esposa.

—Ha pasado una semana —dijo ella.

—Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Sabes lo que es el infierno? —preguntó ella, mirando la ciudad iluminada, el London Eye.

—¿Qué es?

—Es estar atrapada en una mentira de la que jamás puedes escapar, y que es una fuente inagotable de vergüenza.

Él no contestó.

—Es un estado, no un lugar. Un estado sin gracia —ella se dio la vuelta y se cruzó de brazos—. Y yo no puedo vivir sin gracia —agregó—. Y luego en esta semana, la semana más larga de mi vida, me di cuenta de que Dios nunca me negaría la gracia. Dios no está avergonzado de mí. Y yo tampoco estoy avergonzada de mí.

Era cierto.

Le había costado la amenaza de su padre, su forzado matrimonio, el dolor de su corazón, pero finalmente había hecho las paces con su pasado.

Lo que había sucedido había sido hacía años. Y lo que había pasado sólo había sido una noche.

Aunque eso había hecho que no quisiera sentir.

Y Kalen le había hecho sentir otra vez. La había hecho sentir viva.

Lo único que quería ahora era empezar otra vez. Una vida nueva. Una oportunidad.

—No tuve sexo con el hombre de tu fiesta —dijo ella—. Fui atacada sexualmente.

—Keira...

—No. Déjame acabar. No me dejaste terminar en Ouaha, y yo me sentí tan horrorizada y tan herida con lo que dijiste... Que no pude defenderme... —miró un florero que había al lado de un piano—. Pero es la última vez que acepto un insulto tuyo, o de cualquier otra persona. Porque me merezco algo mejor, algo más.

Y Keira continuó:

—La noche de tu fiesta fui atacada sexualmente. Fui brutalmente violada —se estremeció al decirlo—.

Y tú fuiste el primer hombre con el que he estado desde aquella noche. Tú me dijiste la semana pasada que necesitabas tiempo y espacio. Bueno, yo he tenido tiempo y espacio, y me he dado cuenta de que una vez más se habían equivocado conmigo.

—Keira...

—No voy a disculparme, si eso es lo que quieres. No pienso disculparme por lo que me hicieron. Y por no haber sido inocente cuando nos casamos. He llevado mucho tiempo la vergüenza de algo que no hice. He sufrido el silencio durante años, y no voy a sufrirlo más, Kalen.

Hubo un silencio.

—Perdóname —dijo Kalen.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Hubo silencio otra vez.

—Estaba equivocado —la cabeza de Kalen se inclinó.

—¿Has tardado siete días en darte cuenta de que estabas equivocado?

—No. Sólo me llevó un minuto. Y seis días, veintitrés y cincuenta minutos atrapar al desgraciado que te hizo daño.

—Pero me dejaste que pensara lo peor.

—No sabía que pensarías lo peor —Kalen la miró con gesto de tormento.

—¡Qué cruel puedes ser! Fuiste despiadado, frío. Me juzgaste... —ella dejó escapar una exhalación.

—Eso no es lo que sentí.

—Pero, ¿cómo iba a saberlo yo? No dijiste nada de eso. No me tocaste. No me tranquilizaste...

—Lo siento.

Ella agitó la cabeza.

—¿Qué estabas pensando?

—En la venganza.

«¡Qué típico de un hombre!», pensó ella.

—Dejaste que yo pensara que era mala, irredimible. Imperdonable —agregó Keira.

—No.

—Una persona que no se merecía ser amada —siguió ella.

—Ven aquí —dijo Kalen.

—No puedo. Ahora, no. Otra vez, no.

—Keira.

—Yo te amaba.
—Y yo te amo.
—Pero eso es tiempo pasado —dijo ella.
—Para mí, no.
—Quiero terminar con este matrimonio —insistió Keira.
Él no contestó. Pero ella quería que la dejara en libertad. No quería estar con un hombre que no comprendiera... Ella necesitaba amor, fidelidad, honor, lealtad, respeto... Se lo merecía.
—Por favor, Keira... No me juzgues tan duramente. No me di cuenta... No pensé... Me olvidé de lo occidental que eres, Keira. Me olvido de lo que has sufrido, de que no puedes leer mis pensamientos. No me di cuenta de que me necesitabas a tu lado estos días, en lugar de tenerme persiguiendo la justicia...
—La justicia debería haber sido tu amor.
—Eso lo tienes. Incondicionalmente.
Ella sintió que se rompía la coraza de su corazón. Y sintió el dolor de sentir la libertad de su pecho.
Desvió la mirada, tratando de controlar sus lágrimas.
—¿Lo has encontrado? ¿Al hombre que me hizo daño? —preguntó.
—Sí.
Keira se rió temblorosamente y preguntó:
—¿Está vivo todavía?
—Apenas.
Keira no sabía dónde mirar, no sabía qué pensar. Kalen estaba allí. Se había disculpado. Había dicho que había ido tras el culpable.
—Eso es heroico —comentó ella, tratando de controlar sus emociones—. La caballerosidad... Tú no tenías actos de caballerosidad, ¿no lo recuerdas?
—Supongo que debe haber algo de sangre inglesa en mí en algún sitio.
—¿Así que siete años más tarde del hecho vas y te vengas por mi honor?
—Lo habría hecho aquella misma noche si lo hubiera sabido.
—Pero entonces yo no era nadie...
—Eras Keira al-Issidri. La chica más bella que

había visto jamás.

Ella nunca se habría imaginado que habría alguien que la comprendiese. Ella había abandonado sus sueños de héroes y príncipes valientes.

Pero oyendo a Kalen volvía a tener esperanza, algo que la llevaría a una nueva decepción.

—No puedo hacer esto, Kalen. Sigo pensando que es mejor que nos separemos. Quiero volver a Dallas.

—Será difícil para nosotros vivir una vida normal, *laeela*, si vivimos cada uno a un lado del Atlántico.

—Una vida normal para mí es una vida sin ti.

Kalen se quedó callado un momento.

Keira se giró y lo miró.

—No me divorciaré de ti —dijo Kalen, finalmente—. No puedo. Tú significas mucho para mí...

—¡No es posible! Si fuera así, no me habrías enviado a Londres. Si yo te importase, habrías venido en cuanto te hubieras dado cuenta del error. ¡Si te importase, no habrías roto mi corazón de ese modo!

—Mi corazón también se rompió.

—Yo vi tu cara. Vi cómo me mirabas. Estabas disgustado...

—Estaba en estado de shock.

—Por mí.

—Por lo que tú habías vivido. Te olvidas de que yo había oído la historia, el fanfarroneo, y cuando me di cuenta de que eras tú quien estaba en aquella habitación el día de la fiesta, tú con tus ojos azules, tu inocencia y tu dulzura, atrapada con ese desgraciado... No pude pensar en nada más que en matarlo...

Capítulo 13

KEIRA se sentó en el sofá.

—Es por eso que te hice marchar tan rápidamente. Tenía que enviarte a Londres cuanto antes, para que estuvieras a salvo, antes que yo cometiera un acto de violencia.

Ella no sabía qué decir. Lo miró a los ojos.

—Y lo habría matado. Pero el Jeque Tair no me dejó.

—¿Él estaba ahí?

—Fue testigo mío, por si yo me extralimitaba.

Keira se sintió preocupada. Intuyó que Kalen no estaba siendo totalmente sincero.

—¿Te castigarán?

—¿Quién? ¿Mi hermano? ¿Tu padre?

—Mi padre no lo sabe.

—Sí, lo sabe. Yo le he reprochado que te hiciera pasar por lo que has pasado. Por hacer un infierno de tu infancia.

—No fue tan mala, Kalen.

—Estuviste muy sola, y yo lamento haber agregado más pena y sufrimiento a tu vida.

—Kalen...

—Te amo, *laeela.* Te amo con toda el alma. Te amo más que a mi vida. Te amo más de lo que jamás he amado. Y el que te haya hecho daño, no me lo puedo perdonar. Me avergüenzo de ello.

Los ojos de Keira se llenaron de lágrimas, y ella se cubrió la cara con las manos.

—Te amo tanto —dijo Kalen—. Que me mudaré contigo a Dallas. Viviré contigo en tu casa. Te llevaré yo mismo a tus animaciones del equipo de fútbol americano para que bailes para sesenta mil extraños con ese traje que llevas...

—¡*Al-lah yister*! ¡Dios no lo permita! —protestó ella—. No puedes estar hablando en serio. ¿Tú, en Dallas, en mi casa? Kalen, tú no eres sólo un jeque, ¡eres un sultán! ¿Cómo podría explicárselo a los

vecinos?

—Con mucho cuidado.

Ella se rió, y gritó.

—Estoy confundida... Soy un desastre.

—Eso mismo has hecho con mi corazón.

—No.

—Sí.

Y allí, en el sofá, sintió deseos de ser mujer otra vez. El deseo de ser la mujer de Kalen. El deseo de que Kalen la poseyera otra vez.

Pero, ¿cómo podía perdonarlo?

Él debió notar su indecisión, porque de pronto notó que su gesto se endurecía.

Parecía el viejo Jeque Nuri. Distante, frío. Cínico.

Evidentemente, lo había herido. Lo había rechazado cuando él se había acercado.

Pero ella tenía que pensar.

—¿Y si lo hablamos mañana? Es tarde. Estamos los dos muy cansados... —dijo ella.

—No puedo irme. Todavía, no.

Keira notó su resistencia, su voluntad de hierro. Pero ella había cambiado. Había crecido, madurado. El único modo en que podrían estar juntos era siendo iguales. Y ella necesitaba tiempo.

—No quiero volver a sentirme presionada por ti.

Él sonrió.

—Antes siempre funcionaba.

Keira puso cara de disgusto. Él se rió. Y ella se dio cuenta de que estaba bromeando.

—He cambiado, Kalen. Será mejor que tú también cambies.

—Estoy de acuerdo —dijo él, serio.

Keira lo miró un momento. Parecía cansado. Aquélla no había sido una semana fácil para él tampoco.

—No puedes avasallar a la gente para conseguir lo que quieres —dijo Keira suavemente—. Tienes que ser justo. Tienes que respetar a los otros.

—Y lo hago. Siempre que la seguridad del sultán, y la tuya, no estén comprometidas.

—Yo no soy parte de la cuestión.

—*Laeela,* tú eres la cuestión. Tú eres mi corazón, mi alma, mi amante, mi esposa...

—Tu primera esposa —lo interrumpió Keira.

—Mi única esposa —respondió él con un brillo en los ojos.

—Eso lo dices ahora.

Él se rió, y agitó la cabeza.

—Si eres así de difícil como *yamal*, ¿cómo serás como *shayla*?

Ella se quedó con la boca abierta.

—No te habrás referido a mí como a un dromedario preñado, ¿verdad?

Él se volvió a reír. Keira nunca lo había oído reír tan profundamente ni durante tanto tiempo. Pero él se estaba riendo porque era feliz.

Porque estaba con ella. Porque le estaba tomando el pelo.

Él la amaba. Ella lo sabía. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tal vez podamos salir un rato... Cenar algo... —dijo Keira.

Kalen extendió la mano hacia ella, pero dudó, como si temiera algo. No podía ser que el Jeque Nuri tuviera temor de algo.

—Llamaré a algún restaurante para hacer una reserva.

Ella asintió.

—Me iré a duchar y a cambiar.

El restaurante estaba en un club privado. Había una banda de música.

Kalen se puso de pie de pronto, y le preguntó:

—¿Bailas?

Y ella se dejó llevar a la pista de baile.

Durante la cena y la copa después de la cena había estado controlada. Pero cuando Kalen la tocaba... Como en aquel momento...

Kalen le dio un beso en la sien.

—Siempre tan sensible —comentó él—. No he conocido nunca a nadie tan sensible.

Pero ella no era tan sensible. Era él quien provocaba aquella reacción en ella.

—Eres tú. Estoy segura de que cualquier mujer es así contigo —dijo ella, excitada.

—Eso sería muy cómodo...

Ella no supo qué contestar.

Él se aprovechó de su silencio y la apretó más.

Ella sintió los músculos de su pecho. Sus caderas rozándola, sus muslos musculosos. El corte de sus pantalones revelaban un cuerpo excitado.

El bulto de su erección hizo que se excitara más. Sus pezones se pusieron duros. Cada vez le costaba más respirar. Podrían haber estado desnudos, pensó ella, sorprendida. Kalen era tan físico, parecía sentirse tan cómodo con lo físico... Y ella se sentía una absoluta amateur.

—Estás temblando —le susurró él al oído.

—Estás provocando una reacción muy salvaje en mí.

—Eso es bueno.

—O malo. Depende de cómo se mire.

—¿Y tú cómo lo miras?

Ella recordó lo mal que lo había pasado la última semana, y le volvió el dolor y el miedo. De pronto ya no quería seguir bailando con él.

Necesitaban lógica. Disciplina. Sentido común.

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó ella.

—Por supuesto —él pareció sorprendido.

Volvieron en la limusina.

—Sé que nunca planeaste casarte conmigo, Kalen —la voz de Keira rompió el silencio.

—No es verdad. Tú has sido la única con la que he pensado casarme.

—Pero tú no querías casarte.

—Supongo que eso es cierto.

—¿Es tan triste el matrimonio? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

—El matrimonio requiere dependencia del otro, apoyarse en el otro. Algo difícil para mí.

—¿Tienes miedo de... engañar?

Él se rió otra vez.

—No es una cuestión de infidelidad. Sino de longevidad.

En la oscuridad de la limusina ella lo vio cerrar los ojos.

—Soy un jeque —dijo después de un momento—. Hijo de un sultán, hermano de un sultán, y he heredado un mundo de preocupaciones. Los hombres de mi familia no viven mucho. A menudo han muerto violentamente. Mi abuela quedó viuda a los cuarenta y siete años. Jamás olvidaré su dolor. Estaba destruida por la muerte de mi abuelo, todos nosotros lo estuvimos,

pero ella no hallaba consuelo. Nunca he querido herir a alguien de ese modo. No he querido causar ese dolor.

Instintivamente, Keira tocó su antebrazo.

—Pero si tú ni siquiera vives en Baraka. Hace años que no vives allí.

—Pero tampoco me he ido de Baraka —Kalen tomó su mano y la besó—. Yo me encargo del Servicio Secreto de Baraka, la agencia responsable de proteger al sultán y a su familia. Lo dejaría todo por Malik y su familia. Daría mi vida por él y sus hijos.

Ella se sintió emocionada por su lealtad.

—Claro, es natural... —respondió.

—Y como esposo tuyo, el padre de tus hijos, ¿mi lealtad al sultán no te molestaría? ¿no lo verías como un conflicto de intereses?

A ella le daba miedo pensar que pudiera sufrir, pero lo comprendía.

—Aunque sólo soy de Baraka a medias, cuando te miro no veo al jeque lleno de riquezas. Veo al hombre que es capaz de vivir en una tienda de campaña, que prefiere la compañía de los bereberes a los clubs ruidosos de la ciudad. Cuando te miro, sólo veo al hombre con el desierto en los ojos y la arena en las venas. Eres Kalen Nuri, segundo hijo del Sultán Roman Nuri, nieto del mártir Sultán Sherif Nuri. Sólo puedes ser lo que estás destinado a ser.

—¿Qué?

—Un hombre grande. Eres realmente grande.

—¿Grande? —se encendió la luz de la limusina.

—Eres un hombre que no tiene miedo a nada. Nacido para ser líder.

—¿Líder de quién?

—De la gente. De los bereberes. En Oahua, en Baraka —dijo ella con emoción—. Y siempre he sabido que lo sacrificarías todo por tu familia. He sabido desde el principio que tal vez no te tuviera siempre conmigo. Y lo he aceptado. Es posiblemente una de las razones por las que te amo tanto como lo hago.

—¿Todavía me amas? —preguntó él.

—Siempre te he amado, tonta de mí. No sé cómo dejar de hacerlo.

Kalen cerró los ojos, emocionado.

Cuando llegaron al ático, Kalen la alzó en brazos y la llevó al dormitorio. La dejó en el medio de la cama y se puso encima de ella. Sus besos fueron profundos, embriagadores. Kalen le sujetó la cabeza y volvió a besarla, como un hombre hambriento, sediento de vida.

De amor.

Kalen le quitó la ropa y luego se quitó la suya. Una vez desnudos, se extendió encima de ella. Era un placer volver a sentir su cuerpo musculoso, tan tibio contra el de ella.

La besó desde la boca, hasta la barbilla, hacia el cuello... Ella se arqueó, alzó sus caderas para sentirlo. No le alcanzaba su boca en su piel... Ella lo deseaba. Lo necesitaba.

Kalen bajó la cabeza y le besó el pecho, lamiendo sus pezones hacia arriba y hacia abajo. Ella atrapó uno de los muslos de Kalen y lo apretó con los suyos.

Kalen le besó nuevamente los pechos, su suavidad, su curvatura, y volvió a meterse el pezón en la boca, succionando duramente.

Ella se tensó, sintió un espasmo, y luego otro. Cuanto más duramente él succionaba, más tirantes eran las contracciones. Estaba tan caliente, tan húmeda, vergonzosamente deseosa.

Tenía que tocarla pronto, tenía que poner su mano entre sus piernas para aliviar su tormento, la tensión que se estaba formando en su interior.

Entonces la mano de Kalen se deslizó por su vientre, por el monte de Venus, a través de rizos oscuros hacia los delicados pliegues de su sexo.

Él la acarició, separando los labios interiores para comprobar que estaba lista. Lo estaba. Estaba madura, su cuerpo estaba ardiendo, deseándolo.

No podía más de deseo por él. Sus labios se aferraron a los de Kalen. Sentía el bombeo de su corazón, el galope de la sangre en sus venas.

Sintió que el cuerpo le temblaba. Ya no controlaba su cuerpo. Estaba desesperada de deseo.

—No más. No quiero más preliminares. Quiero que estés dentro de mí —dijo.

Y casi gritó cuando él la penetró, sobresaltada por la sensación de plenitud.

Se había olvidado de lo grande que era, de lo caliente y sedoso que sentía su sexo dentro de ella.

Contuvo la respiración. La sensación era maravillosa.

—*Laeela* —susurró Kalen—. Mi esposa, mi amor.

Lentamente, Kalen empezó a moverse dentro de ella, con movimientos largos y lentos.

La sensación intensa la transportó.

No era sexo. Era un baile, un baile en silencio. Todas las terminaciones nerviosas estaban alerta, todos los sentidos. Lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos y sentir. Y seguir el ritmo.

Y lo hizo. Se entregó al placer y a él.

Después del clímax fue difícil recomponerse. Había sido una sensación muy intensa y prolongada, y sus músculos y sus nervios necesitaban un tiempo para recuperarse.

Al rato se puso encima de Kalen y encendió la luz de la mesilla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, acariciando su brazo.

—Tengo que verte —respondió ella, apoyándose en un codo.

—¿Por qué?

Ella no contestó. Se quedó mirándolo.

Durante años había esperado mucho tiempo para verlo. Y cuando lo veía, era por un rato muy corto... ¡Era increíble!

Se quedó pensativa, recordando y reflexionando sobre lo sucedido.

—Dime —le dijo él. Le agarró la cara y la besó dulcemente—. ¿Qué ves?

No era fácil contestar, pensó Keira.

Ella pestañeó.

—Veo mi corazón.

—¿Tu corazón? —repitió él.

Ella asintió.

—Te pertenece —dijo.

—Me siento muy halagado por ello.

—Pero si me dejas...

Él la acalló con un beso.

—Nunca te dejaré. Sólo la muerte me separará de ti.

—No digas eso —dijo ella, apretando su cara

contra la de él.

—Es verdad. Amo a poca gente, pero a los que amo, los protejo con mi vida —le dio un beso en la sien—. Sabes que daría la vida por ti. Sin dudarlo.

—No es lo que quisiera...

—Pero es lo que te mereces. Amor verdadero. Amor duradero. Alguien que luche por ti cuando haga falta...

—No —ella lo besó—. Gracias, Su Excelencia, pero, no. Creo que al final he aprendido a librar mis propias batallas, a pelear por mí misma.

—Las batallas son un negocio sucio.

—Quizás. Pero no tengo miedo ya.

—¿No tienes miedo de pelear? —preguntó él con ternura—. Debe haber algo de bereber en tus venas, *laeela.*

Ella se rió.

—No, cariño. Sólo te he tenido a ti dentro de mí.

Kalen rodó con ella y se puso encima. Luego separó sus piernas y se colocó en medio. Ella exclamó al sentir su erección nuevamente.

Él le besó el cuello. Ella arqueó las caderas y abrió las piernas, desesperada.

Lo deseaba más que a nada en el mundo. Lo apretó contra ella, agarrando su trasero firmemente, y dijo:

—Kalen...

Sus palabras fueron acalladas por la sensación de Kalen dentro de ella.

—Eres mía —dijo él. Y lo serás siempre.

Y mientras empujaba dentro, llenándola por completo, la besó en los labios.

—Igual que yo soy tuyo, *laeela.*

Ella se aferró a Kalen cuando él se empezó a mover, pero aquella vez sus movimientos no fueron lentos, suaves, sino enérgicos y rápidos.

Ella cerró los ojos. Lo rodeó con las piernas para sentirlo más adentro, para satisfacer el deseo que parecía imposible de aplacar.

La fricción de su cuerpo dentro de ella, el calor de su excitación, la espiral de deseo, los condujo a más y más placer. Su deseo fue lo que marcó el ritmo.

Los milagros existían, pensó Keira. Los sueños se

hacían realidad.

Y la oleada de placer empezó en ella. Kalen lo notó, sintió su tensión, así como su instintiva resistencia.

Los empujes de Kalen se hicieron más rápidos, haciendo que ella estuviera al borde de su desintegración. Ella no iba a ser capaz de frenarse por mucho tiempo. Desesperada, se arqueó contra él, sus músculos tensos. Y entonces explotó en oleadas y oleadas de placer, convulsivamente una y otra vez.

Kalen la besó mientras ella se desintegraba, y entonces fue él quien se estremeció con su propia llegada a la cima del placer y de la satisfacción.

Keira dejó escapar unas lágrimas de felicidad. Kalen estrechó fuertemente su cuerpo tembloroso por la tormenta de pasión.

—¿Estás bien? —preguntó él, secando una de sus lágrimas.

—Sí, estoy muy bien.

—Entonces, ¿por qué estás llorando, *laeela*?

—Ouaha —contestó—. He encontrado finalmente mi propio oasis. Mi oasis eres tú.

Fin